

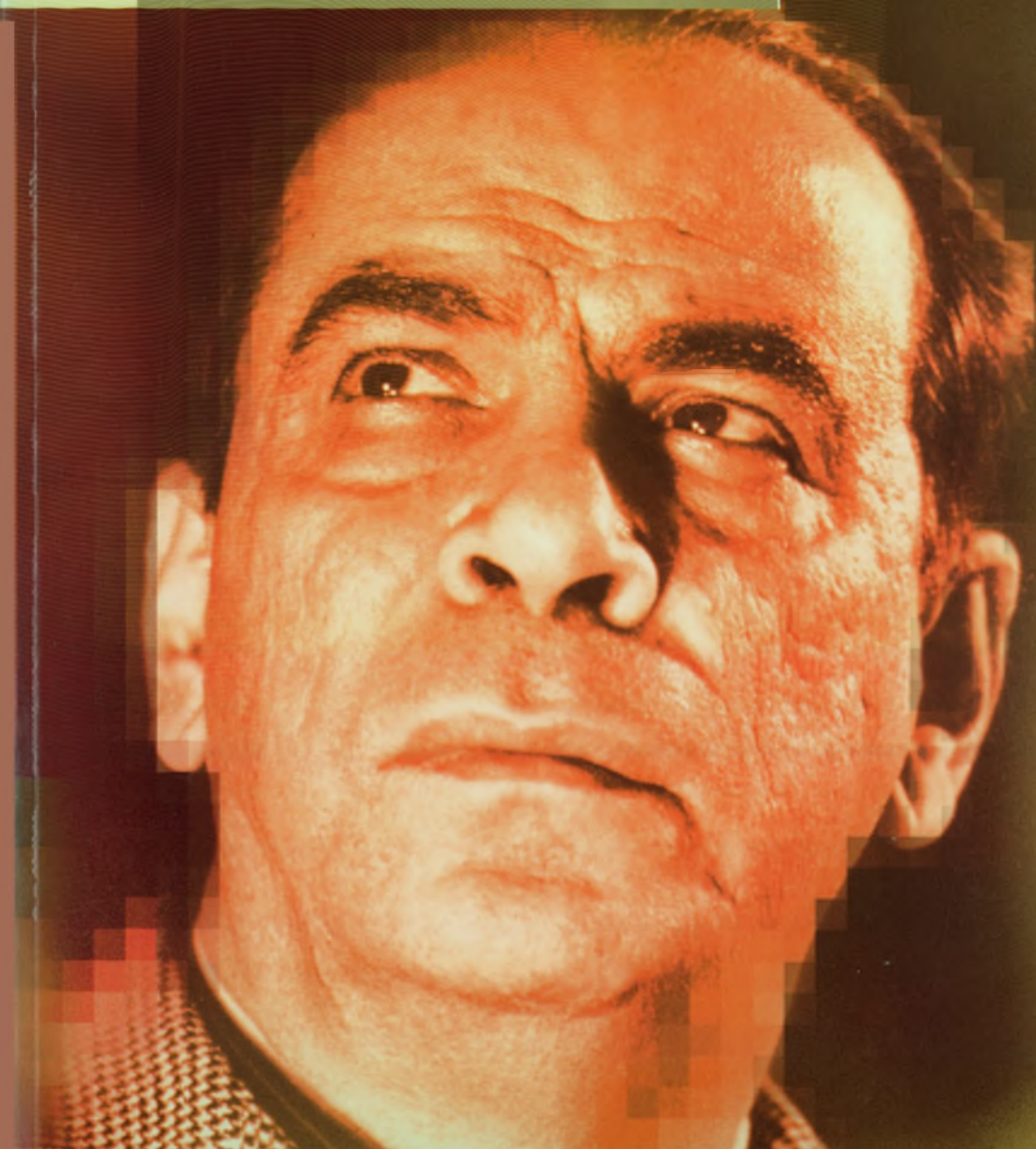
VOLUMEN

41

Rómulo Gallegos

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Simón Alberto Consalvi

Es Editor Adjunto del diario *El Nacional* y director de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Periodista de la UCV, e internacionalista graduado en la School of International Affairs de la Universidad de Columbia. Fue embajador en Yugoslavia, delegado permanente ante Naciones Unidas, representante ante el Consejo de Seguridad, y embajador ante el gobierno de los Estados Unidos. Durante dos ocasiones, 1977-79 y 1985-88 se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores, suscribió los tratados de delimitación de áreas marinas y submarinas con el Reino de los Países Bajos, República Dominicana y Estados Unidos de América.

Entre sus obras figuran *Auge y caída de Rómulo Gallegos*, un volumen en el cual analiza un importante conjunto de documentos de los Archivos Nacionales de Washington sobre la crisis política de Venezuela que desembocó en la caída del Presidente. Es autor, además, de la biografía de *George Washington*, publicada en la colección Historia General de América; *Profecía de la palabra / Vida y obra de Mariano Picón-Salas*, y *Augusto Mijares / El pensador y su tiempo*. También es autor de *La paz nuclear*, *El perfil y la sombra*, *El carrusel de las discordias*, colecciones de ensayos, 1989 / *Diario de Washington* y *El petróleo en Venezuela*. Desde hace diez años escribe una columna dominical en *El Nacional*.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Rómulo **Gallegos**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Iconografía Rómulo Gallegos

Ricardo Razzeti (portada)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf78920069202818

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-047-9

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Rómulo Gallegos

(1884-1969)

Simón Alberto Consalvi

Los funerales del **poder civil**



Rómulo Gallegos (c. 1912)

El discurso de las armas y las letras

En ese instante, el gran escritor debió sentir ira, menosprecio, indignación. Quizás se cuestionó a sí mismo, tanto o más que a los tres personajes uniformados que tenía al frente, en cuyos silencios, titubeos y miradas furtivas descifraba la traición que estaban tramando y que, para ese momento, 19 de noviembre de 1948, a las once de la mañana, ya era irreversible. Si él conocía como pocos la historia de Venezuela, ¿por qué había aceptado la Presidencia de la República para verse en aquellos trances donde, hasta entonces, los profetas desarmados no habían tenido destino? ¿Por qué aceptar la Presidencia de la República de un país donde el primer sargento se siente “gendarme necesario”? Las turbulencias de la historia pudieron haberlo ofuscado. Algunos personajes de sus novelas, los Mujiquitas, Ardavines, Pernaletes, quizás le sonrieron con sarcasmo, a cambio del que él había usado con ellos.

A la ira, al menosprecio, a la indignación, se juntó una trágica sensación de impotencia. En Venezuela siempre se había impuesto la fuerza, y él lo sabía porque lo había padecido, visto y escrito infinidad de veces. Los episodios del pasado desfilaron por su mente. En 118 años de historia republicana, ningún civil había podido gobernar como él pretendía y quería hacerlo, con una Constitución democrática que le

señalaba sus deberes y sus derechos, aprobada por una Asamblea Constituyente pluralista, elegida directamente por el pueblo. Ningún Presidente civil había llegado al poder como él.

Gallegos había tomado posesión de la Presidencia de la República el 15 de febrero en medio de un gran entusiasmo popular y de la admiración latinoamericana, porque ascendía al poder un novelista de su jerarquía. Apenas nueve meses después, la conspiración de los militares se disponía a acabar con todo aquello: con la primera experiencia de un gobierno civil elegido democráticamente, y con un régimen como no había existido antes, con un Congreso Nacional pluralista y con los poderes del Estado constituidos con sus debidos contrapesos. Gallegos extremó todos los recursos de la persuasión. Les habló a los militares en términos claros, ponderados y firmes. Fue histórica su presencia en el cuartel Ambrosio Plaza, donde pronunció un discurso destinado a convencer a los militares sobre la necesidad de mantenerse al margen del juego político y respetar el orden constitucional. Simularon haber comprendido su mensaje.

No obstante, poco después los jefes de la conspiración le solicitaron una audiencia personal. Ese 19 de noviembre Gallegos recibió en el Palacio de Miraflores a Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, en compañía del Secretario General de la Presidencia, el doctor Gonzalo Barrios, único testigo. El teniente coronel Delgado Chalbaud era el Ministro de Defensa del Presidente, pero no sólo eso, porque en los tiempos en que Gallegos vivía en el exilio en Barcelona, España, al poco tiempo de haber perdido a su padre, el general Román Delgado Chalbaud, en la trágica expedición del *Falke* contra Juan Vicente Gómez en 1929, Gallegos lo había acogido en su casa y lo había protegido como a un hijo. Por esos vínculos y por esa confianza, el Presidente lo escogió como su Ministro. Graduado en Francia, el Teniente Coronel era un hombre ilustrado y culto, conocedor de las democracias y de la vida civilizada de Europa.

Delgado Chalbaud contaba con la amistad del Presidente, pero no con la confianza de sus colegas militares que lo veían como a un extraño, graduado en un país lejano, y asimilado al Ejército por López Contreras, demasiado amigo de los civiles, huérfano de un padre que quiso derrocar a Gómez y quien, además, hablaba francés. Por esta

circunstancia, los comandantes Pérez Jiménez y Llovera Páez prefirieron permanecer mudos o monosilábicos en aquella entrevista con el Presidente, dejándole el papel al Ministro como para que se definiera, en última instancia, si mantenía su lealtad al jefe del Estado o se plebaba a la conspiración.

Y fue el amigo del Presidente quien en medio del silencio expectante sacó un papel del bolsillo, y lo leyó con voz entrecortada e insegura, a sabiendas de que estaba irrespetando al Presidente, de que pisaba terrenos prohibidos y a sabiendas, también, de que estaba perdiendo el tiempo, porque él como pocos conocía el carácter y el temple de Gallegos. El papel, en pocas palabras, no era sino un ultimátum al Presidente de Venezuela presentado por los tres conjurados en nombre de las Fuerzas Armadas.

Aquel momento ilustró la impotencia del poder civil frente a la audacia de quienes comandaban las fuerzas militares y confiaban en eso, en la (sin) razón suprema del poder de fuego de los tanques y las ametralladoras. De ahí que Gallegos bien pudo haberse preguntado con ira, indignación, menosprecio, por qué había aceptado la Presidencia de un país donde los profetas desarmados estaban condenados a tan trágicos desenlaces, incluso él que había sido elegido, la primera vez en la historia venezolana, mediando ya el siglo XX, por el voto universal, directo y secreto de cientos de miles de hombres y mujeres, apenas un año antes de estos episodios.

El ultimátum pretendía, más que un golpe de Estado, un golpe contra la integridad ética del Presidente de la República, porque le prometían dejarlo en el poder a condición de que traicionara sus principios, y le volviera la espalda a todo el mundo. Un Presidente rehén de los militares, peor que Victorino Márquez Bustillos o Juan Bautista Pérez en la época de Gómez. Los funerales, en una palabra, del poder civil en Venezuela. Con indudable torpeza, los conspiradores imaginaron que Gallegos podía ser Judas Iscariote. O, sea, que tramaron la muerte moral del gran escritor.

El ultimátum

El único testigo de este encuentro, Gonzalo Barrios, relató: "Lo más impresionante de esta entrevista histórica fue que Rómulo Gallegos,

abandonando la actitud de indignación e impaciencia con que había acogido hasta entonces los atrevimientos más o menos disimulados de los militares, se revistió de una serenidad y de una dignidad que lo imponían a simple vista como símbolo de la legalidad republicana, de la moral cívica y de la cultura amenazadas”.

Gallegos suponía que quien iba a llevar la palabra en nombre de los militares sería el teniente coronel Pérez Jiménez, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Suponía que Pérez Jiménez, de quien se decía que era uno de los jefes de la conspiración, sería el encargado de formular el “pliego de peticiones” de los alzados, pero no ocurrió así. Como los tres guardaran silencio en los primeros momentos, el Presidente los invitó a exponer sus planteamientos, y fue en ese instante en que el menos indicado, el Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, quien le había hecho ver al Presidente que luego del discurso en el cuartel Ambrosio Plaza la crisis se había dominado, sacó de su guerrera “un papel con apuntes manuscritos y con voz vacilante manifestó al Presidente Gallegos que iba a informarle de los puntos que constituían las demandas del Ejército”.

Aquellas demandas equivalían a la rendición incondicional del jefe del Estado y a la toma del poder por los militares. Lo que a la distancia resulta inverosímil es el hecho de que fueran formuladas por el Ministro de la Defensa que ocupaba ese cargo por ser amigo personal del Presidente, e, incluso, del propio Secretario General de la Presidencia, porque los tres habían compartido los días del destierro en Barcelona. La primera de las demandas debió dejar atónito al Presidente. Le pedían, simplemente, que expulsara del país a Rómulo Betancourt. Las otras peticiones resultaban ociosas comparadas con la primera, como, por ejemplo, la quinta y última, que le solicitaba al Presidente la “desvinculación con el partido Acción Democrática” como si después de expulsar a su gran líder todo iba a continuar igual en el país, en las relaciones del gobierno con AD, con sus ministros, con el Congreso Nacional y con todos los partidos políticos. Las tres condiciones restantes tocaban los límites de la necedad: a) prohibir el regreso del teniente coronel Mario R. Vargas, seriamente enfermo en Estados Unidos; b) la sustitución del teniente coronel J. M. Gámez Arellano, jefe de la Guarnición de Maracay, visiblemente

leal al gobierno, y c) la designación de los edecanes presidenciales por el Estado Mayor.

La osadía de los tenientes coroneles no había tenido precedentes, y se atrevían a ella porque contaban no sólo con la fuerza de las armas, sino también porque la conspiración les garantizaba toda impunidad. Actuaban, en efecto, como si ya el Presidente estuviera caído o prisionero. El profeta desarmado, al oír aquellas estrambóticas condiciones, les respondió de inmediato:

Quiero recordarles que de acuerdo con la Constitución que he jurado cumplir y defender, los dos únicos Poderes ante los cuales tengo que rendir cuenta de los actos de gobierno son, en primer término, el Congreso Nacional, y luego el Poder Judicial, si es que contra mi persona es incoado juicio en la forma legal. Pero de acuerdo con esa Constitución que ustedes también han jurado respetar, defender y hacer respetar, no puedo ni debo aceptar imposiciones ni rendir cuenta de mis actos ante ese otro organismo llamado las Fuerzas Armadas Nacionales, cuyos deberes y derechos de cuerpo no deliberante los define claramente la Carta Fundamental de la República y que no son, precisamente, los que ustedes en estos momentos están pretendiendo ejercer.

Luego de esta lección de derecho constitucional (y de catecismo republicano) que el Presidente les dictó a los conjurados, cuyos oídos estaban irremediablemente cerrados para tales alegatos, se refirió a las cinco condiciones, una por una. ¿La expulsión de Betancourt? Con ironía, Gallegos respondió que aquello equivaldría a la clásica inconsecuencia en la historia venezolana donde la traición pudo ser frecuente, y en la cual “no voy a incurrir por dignidad propia”. En la traición incurrieron los mismos interlocutores, y, en especial, el Ministro que llevó la palabra.

Si el teniente coronel Mario R. Vargas, enfermo de gravedad en Estados Unidos, deseaba regresar a Venezuela, Gallegos les respondió que no sería él quien le impidiera venir a morir a su país, si esos eran sus deseos. Del comandante de la Guarnición de Maracay, Gámez Arellano, la solicitud de remoción obedecía a la circunstancia de que “lo saben leal a mi gobierno”. En cuanto a los edecanes, “son jóvenes militares que se sientan a mi mesa, con lo cual queda dicho que no renuncio al derecho de escogerlos personalmente”. Lo que querían los tres

interlocutores no era otra cosa que despojar al Presidente de esa discreta prerrogativa, y designar ellos edecanes que lo espíaran las 24 horas del día.

El profeta desarmado

Estas tres condiciones pretendían incomodar, irrespetar al Presidente, provocarlo, ofenderlo. Se detuvo en la primera, la expulsión de Betancourt, y en la última, la quinta, la desvinculación con el partido Acción Democrática que lo había llevado a la Presidencia. Les dijo:

En cuanto a la desvinculación de mi gobierno del partido Acción Democrática, ya sé bien lo que eso significaría conforme a la reciente experiencia del presidente del Perú. Si doy la espalda a la fuerza política que me ha apoyado y entre cuyos miembros me cuento, además de cometer una deslealtad quedaría expuesto a las maniobras de cualquier ambicioso. Ya no serían ustedes, sino el mismo policía de la puerta, quien un día cualquiera me impediría la entrada a Miraflores.

Puestas las cartas sobre la mesa, el Presidente consideró pertinente dejar solos a los tenientes coroneles para que deliberaran y tomaran sus conclusiones. “Los dejo aquí para que tomen un acuerdo en conformidad con mi respuesta; ya mi suerte está echada, la de la República queda en las manos de ustedes”. Gallegos salió del despacho presidencial en compañía de Barrios, y ambos se retiraron a la oficina del último.

Transcurrido un rato largo, apareció el ministro Delgado Chalbaud, “aparentemente muy emocionado”, relató Barrios, y le expresó al Presidente que “ya habían llegado a un acuerdo: el Ejército respaldaba al Presidente y no se mezclaría en la política de ninguna manera, pero exigía que no hubiera intervención de los políticos en la selección y ascenso de oficiales”. Gallegos regresó a su despacho, y les dijo a los tres: “Es lamentable que hayamos perdido todo el día en estas conversaciones, pues las conclusiones a que se ha llegado no pueden ser objeto de compromisos personales, ya que son mandatos fundamentales de las leyes que hemos jurado cumplir y hacer cumplir”.

Los tres conjurados abandonaron el palacio persuadidos de que el Presidente no daría el brazo a torcer. Que el ominoso golpe de Estado

que pretendieron llevar a cabo ese 19 de noviembre había fracasado. Como el primer Presidente de la República elegido por el voto popular, directo y secreto a lo largo de toda la historia republicana, Gallegos se esmeró en privilegiar al poder civil, el orden legal y democrático. Desarmado y bastante solo, no ignoraba el desenlace de la crisis. Aquel memorial de condiciones equivalía a su aniquilación moral. El Presidente preservó lo que estaba en sus manos preservar: su dignidad. Los militares venezolanos nunca han sentido tanto arrojo como cuando un intelectual ocupa la Presidencia. Así pasó con José María Vargas en el siglo XIX, y así pasó con Gallegos en el XX.

Las pantuflas no se usan para correr

Ese 19 de noviembre, *El Nacional* publicó una breve entrevista del jefe de redacción, Miguel Otero Silva, con el Presidente de la República. Gallegos recibió al periodista “no obstante hallarse descansando, en pijama y pantuflas”. El titular del diario decía: “Totalmente infundados los rumores alarmistas”, declaró anoche el Presidente Gallegos a nuestro redactor jefe”. Con el primer café de la mañana, los nerviosos caraqueños leyeron lo siguiente: “En declaraciones suministradas anoche a nuestro redactor jefe Miguel Otero Silva, el Presidente Rómulo Gallegos desvirtuó los insistentes rumores que desde la mañana de ayer circularon por la ciudad y que se fueron intensificando mientras avanzaba el día”.

Según los rumores, un “golpe frío” estaba en marcha, “afirmándose prácticamente al atardecer que el actual gobierno había sido derrocado o estaba a punto de serlo”. En la calle ya estaba, pues, la noche del 18, la versión de que los militares le habían presentado un ultimátum al Presidente, como si se hubieran adelantado los relojes de la conspiración. “La imaginación popular fue acrecentando la magnitud de esos rumores en forma tal –escribió el periodista–, que a las ocho de la noche se respiraba una atmósfera de gran nerviosidad en toda la ciudad”.

Gallegos trató (en vano) de transmitirle un mensaje tranquilizador al país, y le dijo al redactor jefe: “Puede informar a los lectores de *El Nacional* que esos rumores alarmistas de que me habla son totalmente infundados”. El Presidente desvirtuó los rumores acerca del ultimá-

tum y se esforzó en proclamar la “absoluta normalidad en toda la República”, confiado, quizás, en la lealtad y la palabra de su Ministro de Defensa, y textualmente le dijo a Otero Silva: “Ni estoy caído, ni en plan de huida, amigo mío. Usted mismo me ha encontrado en pantuflas. Y las pantuflas no se usan para correr, –concluyó sonreído”.



Carlos Delgado Chalbaud

Las primeras **tentaciones**



Rómulo Gallegos (c. 1909)

Tiempos contrarios

Antes de los 20 años, Rómulo Gallegos recibió varias lecciones trágicas de lo que hasta entonces había sido la historia de Venezuela. En 1899, cuando andaba apenas en los 15 años, se enteró del despojo del territorio Esequibo por el Tribunal de París; fue testigo de la llegada a Caracas de extraños guerreros invasores al mando del general Cipriano Castro, y del establecimiento de un nuevo (des) orden político. Poco después, en 1902, tuvo la experiencia del bloqueo de las costas venezolanas por las fuerzas navales de Alemania y Gran Bretaña. Finalmente, como corolario de esos dramas, estalló la Revolución Libertadora, cruenta y devastadora, la última guerra civil que libraron los venezolanos, cuyo epílogo fue cantado en Ciudad Bolívar en 1903 por Juan Vicente Gómez, con la derrota de los revolucionarios.

En 1904 y para permanecer en la Presidencia, Castro anuló lo que había aprobado la Asamblea Constituyente de 1901. La Constitución señalaba que el Presidente ejercería sus funciones por un periodo de seis años, sin reelección inmediata; pero el general andino reformó la Constitución y, según su texto, podría ser reelegido por un Cuerpo Electoral integrado por 14 miembros del Congreso. Naturalmente, fue reelegido por unanimidad.

Una lección más de lo que era Venezuela la recibiría Gallegos cuatro años después, en 1908, con el golpe de Estado (en ausencia) de Gómez contra Castro. La última lección comenzaría entonces: la de vivir bajo el imperio de una dictadura que se fue haciendo cada vez más brutal, a medida que transcurrían los días, y el dictador despejaba el camino.

Cuando Gómez muera el 17 de diciembre de 1935, Gallegos será un hombre de 51 años, ya novelista y escritor de fama, dentro y fuera de Venezuela. Para quien había venido al mundo de la historia con tales experiencias, (revoluciones, golpes de Estado, bloqueos extranjeros, guerras civiles, dictaduras, exilios), la tentación política no podía serle ajena. Nunca lo fue, en efecto, porque Gallegos tuvo una extraña pero persistente relación con la política. A pesar de que la política nunca lo subyugó como pasión, nunca la evadió aunque pudo sentirse siempre como el pez fuera del agua.

No es fácil explicar esta relación: diremos sí, que Gallegos jamás perdió la perspectiva del juego en que se involucraba, y como es comprobable, nunca cayó en los espejismos de la política ni siquiera cuando ésta parecía sonreírle, menos aún cuando le fue definitivamente adversa. Si a manera de ejercicio nos imagináramos a Gallegos totalmente excluido de la política, no queda duda alguna de que su personalidad no habría adquirido el relieve que le confirió la historia.

Agosto, 1884

En la esquina de El Zamuro y en casa de gente de origen y condición discreta, el 2 de agosto de 1884 nació Rómulo Gallegos en Caracas, en la parroquia de Santa Rosalía, donde fue bautizado el 21 de septiembre, y fue largo el nombre que entonces le pusieron: Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire. Inauguraba entonces su primera Presidencia el general Joaquín Crespo; viajaba por Europa ya en vísperas de la decadencia el Ilustre Americano Antonio Guzmán Blanco, mientras en una isla muy cercana que por juegos del azar vino a poder de los ingleses, conspiraba para completar el trío constante de nuestras historias el general Venancio Pulgar. Y moría, viejo y después de mucho dar qué hacer, el periodista, ideólogo y, sobre todo, gran demagogo Antonio Leocadio Guzmán, fundador del periódico *El Venezolano*, y padre del gran caudillo liberal.

En esa Caracas de apenas 55 mil y tantos habitantes, a veces turbulenta, a veces confiada, nació Gallegos. En las postrimerías de la Guerra Federal, el padre de Gallegos se vino a vivir a Caracas cuando aún era un niño; se llamaba Rómulo Gallegos Osío, y era natural de Villa de Cura, en el Estado Aragua. La madre de Gallegos fue doña Rita Freire Guruceaga, caraqueña. Gallegos tuvo un tío que influyó decisivamente en su vida: don Emiliano Freire. Con igual nombre, don Emiliano entró a la novelística venezolana como tío de Manuel Alcor, en *Reinaldo Solar*. Fue el tío Emiliano quien lo enseñó a leer y a escribir. Solterón venerable, profesor de castellano en el Colegio Chávez, ataviado de levita y pumpá.

Rómulo fue el segundo de ocho hijos, de los cuales sobrevivieron cinco; la primera fue una niña, María del Carmen, nacida en 1882, quien murió poco después. A Rómulo lo siguieron dos niñas más, Carmen María y Carmen Teresa nacidas en el 86 y 88; otro varón, Luis, en 1890, también de vida muy breve, y Pedro José del Monte Carmelo, en 1891, y Carmen Elisa, en 1894. Dos años después, el 13 de marzo de 1896, en un parto infortunado, murieron la madre y su octavo hijo.

Los 20 años

Sobre la adolescencia y la juventud del escritor, Felipe Massiani registró estos recuerdos en *El hombre y la naturaleza en Rómulo Gallegos*:

Rómulo, como era el mayor, se quedaba en la casa toda la semana, acompañando a las hermanas. Inventaba juegos. La agencia de transportes para la mudanza de la casa de muñecas. Constituye el hermano la más seductora atracción de las chicas. El juglar del grupo tierno. Comenzó por donde comenzamos todos. Por la biografía de ese truhán de orejas largas y blancas, venezolano y popular como Negro Primero. Adiestróse tanto en lo de embobar a la gente menuda y alucinarla, que la fama de su maestría atrajo pronto a los primos que vivían lejos. Llegaban en escuadrón, alborozados, en las vacaciones, para oírle narrar la más reciente aventura de Tío Conejo.

Pero los domingos, relata Massiani, eran para él. No los compartía; se escapaba por los valles, con sus andarines zapatos de baqueta. A los diez años ingresó al Seminario Metropolitano. Se pensó que tendría vocación religiosa, pero al poco tiempo su vida tomó otro rumbo; lue-

go de la muerte de la madre, Gallegos abandona el seminario y su padre lo inscribe en el Colegio Sucre, donde una materia llama especialmente su atención: las matemáticas. Poco le interesan la historia y la literatura. Por esos días era un joven alto y delgado, a quien llamaban “Piernas largas”. Gallegos se graduó de bachiller porque algunos amigos lograron que la Universidad Central de Venezuela pagara los gastos de graduación, privilegio que sólo se concedía a los muy pobres y muy talentosos.

En 1903 Gallegos ingresó a la Universidad para optar por la licenciatura en leyes. Para unos biógrafos, fueron los apremios económicos de la familia los que lo reclamaron y, por tanto, hubo de abandonar esos estudios, aunque probablemente tampoco sentía por el Derecho una particular atracción, a pesar de que aprobó sus exámenes sin dificultad. En 1959, Julio Horacio Rosales dio una versión más verosímil:

Dejó Gallegos los estudios. Ya los había dejado Julio Planchart. Éramos bien pobres la mayor parte de los integrantes del grupo. Pero, subterfugio o estado de amargura, o reacción arrogante, Gallegos no soportó un desliz de ancianidad del más anciano de nuestros catedráticos; que de ser intencional, en otro habría configurado injusticia supina. Gallegos se marchó de las aulas universitarias.

Rosales lo describió así: “Larguirucho, tersas las mejillas, negro el cabello, chispeante la pupila, con la mirada de veinte años aventureros”. A los 21 años, en 1905, fue designado jefe de la Estación del Ferrocarril Central, pero ocurre también lo más importante de su vida: conoce a la señorita Teotiste Candelaria Arocha Egui, natural de Charallave, cuatro años menor que él, nacida el 2 de febrero de 1888.

Un solo y grande amor

Aquel personaje adusto, reservado, distante, cuya imagen de hombre poco dado a los sentimentalismos y a las proezas del corazón pudo haber predominado entre la gente, era otro cuando le escribía a Teotiste sus cartas de amor. Se conocieron en 1905 y se casaron en 1912, y Gallegos con toda probabilidad no tuvo ojos para ninguna otra mujer. El epistolario de aquellos años descubre a un hombre profundamente enamorado que no oculta ninguna emoción por ingenua que fuera,

ningún detalle por nimio, ninguna confesión por cándida. La primera carta disponible en su archivo tiene fecha del 14 de septiembre de 1905. A Teotiste la llama “Idolatrada Tistecita mía”, y vale la pena transcribirla en su integridad:

En medio del revuelto montón de insípidos papeles y libros áridos, recibos, cuentas, y guías de ferrocarriles que me aburren y me impacientan todo el día, hay sobre mi mesa uno, muy chiquito, ínfimo casi, una cosa querida y buena, única cosa que brilla en torno mío, y hace brotar de mi tedio una ingenua flor de alegría.

Menudito, apenas contiene tres renglones escritos en un idioma que habla y que muy pocos entienden, insignificante papelito que el viento más leve volaría y sobre el cual apenas se detendrían los ojos indiferentes, tan inmenso valor tiene para mí que con jirones del alma cada átomo suyo pagaría.

Déjame que lo bese y que lo quiera, como a una santa reliquia de amor, porque es santo y querido, porque ha dejado de ser un pedazo de papel para ser un pedazo de tu alma, esa alma buena y pura, tierna y amorosa en la cual he probado la miel, santa miel de delicias inefables, y con la cual se ha confundido la mía, tan íntimamente, de una manera indisoluble y para siempre, como si ambas desde el nacer hubieran sido una sola en dos pedazos.

Un mes después de esta carta, el 13 de octubre, Gallegos le escribe una nota a la madre de Teotiste y le ruega que acepte visitarla esa noche, y recibir, de su propia boca, “tan ansiada respuesta”: la de que pudiera frecuentar a la hija como su novio. Teotiste se va para Charallave. El 18 de enero Gallegos le escribe y le cuenta que, en algún piano de la vecindad, alguien toca un vals que bailaron juntos. “...he reconstruido en el recuerdo una de esas noches felices que pasaba contigo...” El 28 de febrero el novio escribe otra vez, y en su carta aparece el moralista: le hace fuertes críticas a las banalidades del carnaval. El 17 de abril, Teotiste vuelve a Caracas, pero las cartas no cesan. En uno de esos papeles se lee:

Esta mañana hurgando entre el montón de papeles y libros aglomerados con el metódico desorden de todas mis cosas, me hallé uno, un pedazo de papel, escrito ya hace muchos días, un año casi, cuando irradiaba la alborada de nuestros amores, y balbu-

ceando nuestras almas sus primeras confidencias, se acercaban una a otra por confundirse en una sola en la comunión inefable que ya el tiempo ni las cosas destruirán.

En 1907 Gallegos trabaja todavía en la estación del Ferrocarril Central, desde donde observa todos los movimientos del general Castro, las idas y venidas de generales y politicastros, episodios tan funambuleros como aquel de La Aclamación de 1906, cuando El Cabito decidió separarse de la Presidencia y dejar a su compadre encargado del poder, para que simplemente toda Venezuela le rogara que volviera, como en efecto sucedió.

Así transcurre en Venezuela aquel tiempo de tiranía y demencia. Al joven Gallegos lo domina el amor por Teotiste Arocha y se siente radiante, como lo confesó en un breve manuscrito del 1° de enero de 1908 donde confía: “En el mediodía. Un sol de felicidad encendido en unos ojos muy queridos ha pasado irradiando ante los míos y ha penetrado hasta el fondo de mi alma. Soy feliz”.

La felicidad es el amor obsesivo. Hay gran distancia en el estilo de sus cartas y en el estilo de sus textos políticos, durante o después de *La Alborada*, como éste de un día de 1911: el enamorado se va de excursión al Ávila por dos eternos días, pero antes le escribe una página a Teotiste: “Del novio que se va en pos de las cumbres, a la novia que se queda en el fondo del valle”. Retengamos esa página:

Me voy, mas no asomen en la noche de tus ojos estrellas de dolor, dos días tan solo duraría mi ausencia y tan poca nieve no extinguirá la hoguera.

Hoy y mañana descansarán tus orejitas –blancas palomitas ocultas en la fronda negra de tu cabellera– de la charla impertinente conque todas las noches hace dos años las fastidio y divierto; pero el lunes será la revancha, hablaré más que una cotorra hasta decir no más.

Para que no te aburras demasiado mándote este libro encantador y delicioso para que lo leas y saborees el exquisito dulzor de poesía que se derrama en sus páginas. Tú que posees un espíritu fino y tierno disfrutarás un suavísimo y grato deleite al recorrer las páginas de esos cantos de amor y belleza y mientras yo sufro las cumbres del Ávila frente al inmenso mar, tú correrás con el poeta las campiñas deliciosas de Provenza donde amó Mireya, y pensarás en mí.

Tiste mía, mañana a estas horas, las once de la mañana, yo, sobre las cumbres, frente a los vastos horizontes dejaré volar las águilas de mis ensueños, sobre la inmensidad del mar, y en el espacio lleno de sol, fulgurará ante sus ojos tu imagen como señuelo de luz al cual van en tropel todas las ansias de mi espíritu y con todas las fuerzas, en un hurra estentóreo tu nombre querido y santo llenará de júbilo los ámbitos, desde el monte hasta el mar.

Hasta el lunes pues mi dulce, buena y resignada muñequita, tu novio idolatrado, el hombre ideal que encierra para tí todas las alturas y perfecciones humanas, será mañana ni más ni menos que un chivo, un animal montaraz y bullero, que va a subir mucho, a sudar mucho, a gustar reír y comer mucho, y a pensar más en ti, y tú, ya que no puedes con otra cosa divertirme, leerás y pensarás en mí ¿qué día llegará en que juntos podamos subir hasta el picacho aquel adonde mi imaginación fogosa y enamorada me llevó una vez en alas de mi sueño de amor y belleza?

Hasta el lunes, vida mía.

Rómulo

De allá te voy a traer guardado en el alma, un paisaje de cielo, de mar y montaña bañado de sol. Y el corazón del que te pide permiso para divertirse un poco, aunque sea un poco porque no puede haber felicidad completa si no se está al lado tuyo. Adiós.

En enero de 1912, Gallegos fue nombrado director del Colegio Federal de Varones de Barcelona. Ahora la separación es más penosa. Las cartas son más extensas y variadas. El novio escribe una carta tras otra. El 2 de febrero le dice: “Aunque hace apenas dos horas que despaché la carta que te escribí ayer tarde, empiezo esta para hacerme la ilusión de que estoy conversando contigo...” Tiene nueve retratos de la novia y los ha puesto sobre la mesa. “...nueve caras que no pueden besarme”. Ella cumple ese día 23 años. Gallegos hace una detallada y bella descripción de Barcelona. Le gusta la ciudad, el río tranquilo, en el barrio Portugal está la iglesia inconclusa, “con su cúpula ya negra por el tiempo”. Las calles rectas, como trazadas a cordel, que según Laureano (Vallénilla Lanz) son “calles inquisitoriales”, “que, dice, así fueron hechas por la Inquisición para tener vigilado a todo el mundo”. Describe las ruinas de la Casa Fuerte, unos paredones derruidos donde se refugiaron, siendo entonces un convento, los patriotas en el terrible año de 1814.

El 6 de febrero aparece la palabra mágica: matrimonio. “Después que me he visto solo me he confirmado en la seguridad de que puedo

casarme sin temor”. “Yo pago en la posada en que estoy 30 pesos mensuales, casi lo mismo gastaríamos los dos viviendo en nuestra casa”. “Yo creo que en el primer vapor holandés de abril que saldrá de La Guaira a mediados del mes puedes venirte”. “En el vapor me informé de si podían viajar mujeres solas y me aseguraron que viajaban muy cuidadas y respetadas...”

Gallegos hace las gestiones para casarse por poder, así le escribe a su padre y a la madre de Teotiste. Gallegos pasa el tiempo, además, escribiéndoles cartas a sus amigos: a Salustio González Rincones, Henrique Soublette, Laureano Vallenilla Lanz, Manuel Díaz Rodríguez, Julio Horacio Rosales, a Julio Planchart.

En el carnaval, Gallegos cayó en la tentación del juego pagano. Como quien se arrepiente y cumple una penitencia, el miércoles de ceniza, 21 de febrero, le escribe una carta a la novia que dice así:

Mi querida Teotis:

Miércoles de cenizas. Tú no tienes idea de lo apenado que estoy contigo. Me he salido de cuerda en este carnaval. Pero el mérito según la máxima cristiana, no está en no pecar, sino en saber reconocer la falta y arrepentirse de ella. Arrepentido estoy yo; más nunca, más nunquita vuelvo a bailar, ni a jugar carnaval con las muchachas ni de aquí, ni de ninguna parte. ¡Qué canalla soy! ¡Qué canalla! ¡Qué canalla!

Para que me lo perdones, te lo contaré todo, mi nena.

Aquí se inauguró el carnaval el sábado; en la tarde no salí; en la noche fui a la plaza donde estaban las familias jugando. Aquí la costumbre es jugar con perfumes: muchachas y mozos se proveen de frascos de lociones y se dan mutuas duchas, procurando echársela a los ojos que es lo que llaman ellos: picar. Como te imaginarás es muy divertido verlos jugando; corren y se persiguen por la plaza, con los frascos en alto, y cuando se alcanzan se dan sendas empapadas de loción y agua colonia, por las caras, con lo que naturalmente salen ellos y ellas, ciegos, illorándoles los ojos! Yo no jugué, me estuve paseando con el Presidente y demás altos personajes... (...) Hasta aquí muy bien, muy correcto, entre la gente seria, más grave y doctoral que el burro comiéndose la consabida alpargata. Pero amaneció el domingo y ya no pude responder de mí.

En la noche va a un baile en la casa de don Manuel Planchart, conoce a unas muchachas, “pero como llegué tarde no encontré pieza que me comprometieran. Sin embargo, bailé, a fuerza de palomas, con

todas. Puedes creer que no bailé dos veces con ninguna. ¡Créemelo!, además, chica, aquí todo el mundo sabe que soy cohete quemado, muchas creían que yo era casado”.

Así fueron los pecados que tanto preocuparon a Gallegos aquel carnaval barcelonés de 1912. Ni mortales ni veniales. Ni siquiera pecados de la imaginación. No bailó con ninguna chica dos veces, luego no tuvo ocasión de avance alguno. Los pecados no fueron sino escrúpulos de su invención. El miércoles de ceniza hizo votos de fidelidad, se despidió de las tentaciones de este mundo para entregarse a la única mujer de su vida: Teotiste Candelaria Arocha Egui.

A inicios de marzo le envía el poder a su padre para que lo represente en el matrimonio. Le pide a ella: “Dime cómo quieres que se haga el matrimonio civil, si ante el Concejo en Caracas, o ante el Jefe Civil en tu casa, y díselo también a mi papá. En fin, para todo lo concerniente a la ceremonia tú y él que son los que se van a casar se entenderán como les parezca. Respecto a celebración, ya sabes, ninguna en absoluto, ninguna. Las circunstancias no son para celebrar...” El matrimonio se celebra el 15 de abril pero Gallegos no se entera, como lo atestigua una carta del 18 donde continúa hablando de la boda, y le dice al padre: “Ponme un telegrama antes diciéndome día y hora para yo consolarme pensando que asisto de corazón al acto, ese acto insólito que no se repite dos veces y del cual dependen tantas cosas, como que transforma la vida entera”.

Ahora sí, Gallegos es papel quemado. Es, además, el único sostén de la familia. Ese día le dice al padre: “Viejo. Como te dije en mi anterior yo te mando 60 (pesos) de mis 80 de sueldo; con los 20 restantes puedo yo mantenerme, pues la comida me cuesta 15 y los 5 restantes los invierto holgadamente en el lavado, estampillas y telegramas, que son todos mis gastos, pues tú sabes yo no tengo gastos de botiquín que son los más fuertes, y aquí me he acostumbrado a estar un mes con un bolívar en la faltriquera sin gastarlo”.

Ahora encabeza sus cartas con gran reverencia: “Señora doña Teotiste Arocha de Gallegos”. A fines de abril le escribe que no ve al matrimonio sino como una mera fórmula que nada ha venido a agregarle a la unión, “indisoluble, profunda e íntima, antes de que la sociedad y el cura nos lo dijieran (o te lo dijieran) con el ridículo énfasis que acos-

tumbran, creyéndose que ciertamente son ellos los que atan o desatan destinos, cuando en realidad es el amor que se ríe de ellos”.

Poco duró la estancia de Gallegos en Barcelona; en Caracas lo esperaba la esposa, quien no llegó a viajar a Oriente, y, al poco tiempo, la muerte del padre, el 4 de junio, a los 53 años. En ese mismo 1912 entró a formar parte, en agosto, del profesorado del Liceo Caracas (ahora Andrés Bello), en donde dictará las cátedras de Filosofía e Historia de la Filosofía y Álgebra. Según Felipe Massiani, ejerció la subdirección desde 1912 al 18, y la dirección del 22 al 30. El más feliz de los esposos se dedica febrilmente a la escritura que ya había practicado desde las páginas de *La Alborada*, tres años antes.

En suma, 1912 fue un año clave en la vida de Gallegos: contrajo matrimonio con la mujer que lo acompañó durante medio siglo, murió su padre, envió a la Imprenta Bolívar su primer libro de cuentos, y se dedicó a escribir ficciones y a enseñar durante veinte años en el liceo que le dio fama como profesor de los más destacados líderes de la histórica Generación del 28.



Cipriano Castro

1909, *La Alborada*



Julio Planchart, Rómulo Gallegos
y Enrique Soublette

Un paréntesis inesperado

En la pequeña ciudad que era Caracas no había manera de escapar de las turbulencias generadas por el caudillo andino. De modo que esos años fundamentales para su formación transcurren bajo los desmanes de un gobierno en estado permanente de alteración de la vida política, de una oratoria altisonante y retórica y de un personalismo con pocos precedentes.

Cuando Washington rompió relaciones con el gobierno de Castro en junio de 1908 la situación adquirió una tensión impredecible. A esta crisis se añadió la ruptura de Venezuela con el reino de los Países Bajos. Varios barcos de guerra fueron enviados a Curazao para fortalecer su posición en el Caribe, pero esencialmente para asediar a Castro.

Esta situación internacional, inmanejable para un país como Venezuela, tuvo su culminación el 24 de noviembre de 1908, cuando el Presidente tomó un barco, el *Guadaloupe*, con destino a Europa en busca de médicos que le salvaran la vida. El vicepresidente Juan Vicente Gómez quedó a cargo del poder. No bien Castro se alejaba de las costas venezolanas que no volvería a ver nunca más, diversas conjeturas tradujeron los deseos y los intereses de quienes auspiciaban un cambio radical en el país. Mientras los barcos holandeses desfilaban frente a las costas venezolanas, Gómez asumía el poder. El 19 de diciembre dio

el golpe de Estado, condenó a Castro al exilio indefinido y le declaró la guerra dondequiera que estuviera en alianza con varios poderes extranjeros y, en especial, con Estados Unidos.

El país sin Castro

En ese ambiente de distensión y quizás de falsa armonía, comparecen en la escena los jóvenes escritores de *La Alborada*. Además de muy jóvenes, son desconocidos, y por esto ajenos a las traiciones y los dueños suscitados por la caída de Castro y el ascenso de Gómez. Tienen la mirada limpia, escriben con ingenuidad lo que otros no se atreven, y aquí radica el enorme valor de lo que dicen sobre aquel momento político que quiere hacer de la realidad subyacente un espejismo grato.

El primer ejemplar de *La Alborada* del 31 de enero de 1909, apenas 65 días después de la ida de Castro y 41 del golpe de Estado, trae dos notas editoriales que resulta preciso glosar. La primera, “Nuestra intención”, es la necesaria declaración de principios. La otra se titula, quizá con algún escándalo, “Castro no es el mal”. Ambas tienen una gran significación porque indican que los jóvenes escritores de aquel amanecer comprendían el proceso político y sabían a dónde apuntaban. En la primera se lee:

Salimos de la oscuridad en la cual nos habíamos encerrado dispuestos a perderlo todo antes de transigir en lo más mínimo con los secuaces de la Tiranía. Muchos de nosotros hemos estado a punto de ahogarnos bajo la presión de aquella atmósfera negra, pero nunca de ceder un ápice en nuestra integridad; hemos de hacer mucho hincapié en esto. Nuestro oscuro pasado nos ha robustecido, nuestro silencio nos da derecho a levantar la voz; puesto que hemos sido víctimas podemos ser acusadores.

Pintan el desenlace de la caída del dictador como obra del azar, pero de un azar oportunamente secundado por el pueblo. Fue, en sus palabras, una sacudida general que conmovió hasta los más remotos, “y cada cual, al ver apuntar en su horizonte la alborada de esperanza, sintió como si despertara de un sueño de cien años”. Fue como una resurrección porque “hubo emociones que ya nadie recordaba haber sentido, y arrebatos, de los que días antes nadie se hubiera creído capaz”.

Los escritores de *La Alborada* no sucumben sin embargo ante tanto entusiasmo; en el horizonte vislumbran algunas nubes que completan el paisaje y consideran prudente pintarlas con sus propios colores:

...ahora que la alborada empieza a poner luz en todas partes y a evidenciar cavernas, en las que aún pueden quedar rezagados muchos restos del pasado: es necesario serenarse, recogerse en sí mismo y atender resueltamente el absoluto saneamiento del ambiente. (...) Los nueve años de satrapía, no pudieron menos de infiltrarnos profundamente el tósigo, y así como quedaron, por ejemplo, en la plena luz, los absurdos monumentos que levantaron los esclavos del Sátrapa, así en la oscuridad de las conciencias persiste la desmoralización infundida por los mismos, para poder afincar bien el trono de su señor.

No se necesita ser muy perspicaz para distinguir a trechos los indicios de la nefasta herencia: a veces asoma en la prensa una palabra, una frase hiperbólica, en la cual puede verse el espectro de aquella literatura de rufianes encumbrados; todavía sobreviven algunas reputaciones de aquellas que se elaboraban artificialmente para galardonar al que superara a todos en vileza.

La infección ha sido general, dicen. No es fácil persuadir que un hombre acostumbrado a medrar a costa de todo se decida a pensar qué no se trata de él sino del país, y que no se ha reaccionado (contra Castro) para enriquecerlo a él. Lo que haya que hacerse, o se hace ahora o no se hará nunca, coinciden los jóvenes con una consigna puesta en boga.

Ambas notas responden a una misma idea: el nuevo tiempo que ahora empieza. En “Castro no es el mal” se ahonda en el diagnóstico. Castro, dicen, nos embarga el ánimo y nos obsesiona su recuerdo. “En la prensa con sus epigramas y caricaturas, en los corrillos públicos, en lo más íntimo de las conversaciones familiares, siempre flota con su sutilidad de un íncubo en una mala pesadilla ese recuerdo de pasado bochornoso”. Con todo, Castro no es sino un accidente en la vida de la nación venezolana. Los jóvenes escritores le dan un voto de confianza a los nuevos gobernantes porque se manejan con habilidad en el campo político. No obstante, parece “que el pasado régimen nos hubiera compenetrado hasta los huesos, y no pudiéramos deshacernos de los males que nos dejó”.

Los redactores de *La Alborada* se resisten a pensar que se aproxime el fin de la patria. (...) “...pensamos por el contrario que la patria se levanta

ta, que luce una alborada de triunfo en el porvenir de la República. Pero debemos buscar el mal; buscarlo hasta encontrarlo”. Con este propósito termina la nota. De que “Castro no es el mal” se encargará de confirmarlo Juan Vicente Gómez cuando termine la luna de miel de 1909-1912 y se afiance en el poder, y ya no habrá más alboradas hasta el 17 de diciembre de 1935. Con su agudo aliento crítico, Julio Planchart definió el momento venezolano en el cual vivían, y la influencia que ejercía la realidad sobre sus expectativas juveniles:

La tiranía de Cipriano Castro, sus monopolios, sus bloqueos y sus revoluciones, sus orgías y sus mujeres, sus cortesanos y la codicia y la adulación que lo rodeaban nos parecían un desastre, y lo eran, para nuestro espíritu, tan grande como la generación española del 98 vio la pérdida por España de sus colonias y de la guerra con los Estados Unidos. Nuestro estado de espíritu era semejante al de aquella generación y de ello surgía nuestra diferencia con el modernismo. Estos fueron simplemente artistas, todo lo posponían al amor a la belleza y entendían que ella residía en la palabra y el estilo.

La Alborada no entró en el clima de armonía reinante, porque quedaban aún rezagos del castrismo y lo que se escribía en sus páginas perturbó de algún modo al régimen naciente, según lo confesó después el mismo Julio Planchart: “aquella alborada murió de asfixia”.

“Éramos cinco...”

¿Quiénes eran esos novicios de las letras que llevaban por dentro el fuego de la imaginación, que nacieron en el siglo de los caudillos y de las guerras civiles y pretendían hacer del XX un siglo civilizado y democrático? Eran Julio Planchart, Henrique Soublette, Julio Horacio Rosales, Salustio González Rincones y Rómulo Gallegos. Veamos el autorretrato:

Éramos cinco en una misma posición ante la vida y paseábamos nuestro cenáculo errante por todos los caminos de buen mirar hacia paisajes hermosos... Salíamos del ensueño universal y milenario en que nos iniciaron los grandes libros leídos y comparábamos a toda voz los nuestros propios... Éramos cinco y a todos se nos ocurría imaginar, como a todos los jóvenes les acontece, que con nosotros comenzaba un mundo nuevo, originalísimamente nuestro, donde ya sí valía la pena vivir.

Teníamos alimentada nuestra mocedad con la milagrosa sustancia de las buenas letras, devoradas o saboreadas, y estábamos adquiriendo la costumbre de enderezar las que luego fuesen nuestras hacia la dolorosa alma venezolana.

Así lo confesó Gallegos en su texto “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas”, escrito en La Habana en 1949 (revista *Bohemia*), en la primera escala de su largo exilio, al referirse al grupo. El “otro superviviente” era Julio Planchart, el amigo que acababa de morir en Caracas, 21 días después del derrocamiento de Gallegos, el 15 de diciembre. Existen razones para suponer que fue el primer texto que escribió el novelista en sus años de exilio, escrito con la pesadumbre de ser, ahora él, junto con Julio Horacio Rosales, los únicos supervivientes de *La Alborada*.

En el seno de la vieja Universidad trabaron amistad los inseparables compañeros de afanes intelectuales. Juntos pasaron largas horas, hurtadas seguramente a los Digestos y al Derecho Romano; se iban al Ávila y allí leían a Nietzsche, Pérez Galdós, Zolá y Ganivet. Luego entraron de lleno, ávidos y voraces, en el mundo de los novelistas rusos: Dostoyevski, Andreiev y Tolstoi, tal como lo relataron. En algún momento Gallegos lamentó que los familiares de Henrique Soublette le hubieran quemado sus papeles (entre otros, los dramas *La Selva*, *La estrella*, *Como en sueños*), poco después de haber muerto, a los 26 años de edad en 1912. Quedó su novela *La Blanca*. A Salustio González Rincón, dijo, lo sedujo Francia y allá se consumió, convencido de que debía emigrar porque en la Venezuela de Gómez la existencia no tenía sentido. Planchart, Rosales y Gallegos se dedicaron a las letras; Rosales, además, se consagró como un gran jurista. Planchart escribió *La República de Caín* (comedia en verso), *Estos hombres de ahora*, *Los Montijos*, (ficciones), pero fue en la crítica y en la historia de las letras, *Reflexiones sobre novelas venezolanas*, *Temas críticos*, donde florece su legado. Rosales escribió *Caminos muertos*, *Historia de rapaces y otros cuentos*, *Cuatro novelas cortas*, *El mejor rábula*, y un extenso ensayo sobre *El Cojo Ilustrado*. Murió en 1970, el último superviviente de *La Alborada*. El crítico Jesús Semprum dijo de Rosales: “...el más artista, el más delicado, más esta de su generación”.

Los textos de Gallegos

Cuando *La Alborada* sale a la calle, un mes y tantos días después de la caída de El Cabito, los barcos estadounidenses todavía están anclados en aguas venezolanas o desfilan frente a las costas en son de advertencia. Después de leer la descripción que se hace en *Venezuela, política y petróleo* de ese episodio, citada in extenso, José Vicente Abreu se preguntó por qué tan poca reacción frente a los barcos y lo que representaban, en su excelente introducción a una Antología de textos de la revista. Abreu encontró en uno de los escritos de Gallegos, en la IV edición, la respuesta. Retengamos la observación del autor de *Guasina*: “Saltamos al número IV de la revista porque allí encontramos el artículo titulado ‘La Alianza hispano-americana’ (dedicado por Gallegos a la Sociedad Patriótica, fundada, entre otros, por Manuel Díaz Rodríguez), donde se hace ‘un llamado a la unidad frente al yanqui invasor’”. Abreu cita este párrafo del texto galleguiano:

Sería la más grata ofrenda que pudiéramos presentar a los manes del Libertador al cerrarse la primera centuria de nuestra independencia, ver lograr en la práctica aquel ensueño de confederación americana que prematuro disipó el fracaso desataviándolo de todo lo que en él era y aún es utopía, dándole forma de cosa practicable; y este deber a que nos obliga hacia el pasado la gratitud sería al propio tiempo, si llegáramos a cumplirlo, el acto inicial de nuestro engrandecimiento futuro.

Gallegos se va lejos en la historia, escribe Abreu, invocando la cercanía futura del Centenario, con la proposición de un viejo sueño del Libertador, que hizo fracasar entonces, entre otros, Estados Unidos. Veamos cómo interpreta el texto sobre *La Alianza hispano-americana*:

Los alborados escribían un año antes del Centenario y no podían adelantarse a los acontecimientos. Pero proponen ingenuamente una vuelta a la proposición bolivariana –en esos momentos más que utópica–, para atacar al yanqui que aún está en La Guaira y merodea por el Caribe cada cierto tiempo con la coartada de una invasión de Castro. Los alborados protestan la protección del yanqui y proponen la creación de una fuerza de contrapeso, capaz de oponerse al poderoso invasor.

Fue Gallegos quien tuvo la percepción de lo que significaban y de lo que perseguían aquellos barcos de guerra. El delirio anticastrista y también el temor frenético al desterrado contribuyeron quizás a que la mayoría silenciara ese episodio. Pero cuando se auscultan las razones de por qué, en un momento de armonía, tolerancia y reacomodos, la revista de los jóvenes escritores terminó prohibida por orden oficial, se entiende que se trataba de una peligrosa herejía. En el texto de Gallegos se leen palabras que no podían agradar a quienes en ese momento firmaban los Protocolos de Febrero con el plenipotenciario Buchanan:

Harto se ha ponderado el peligro que para las jóvenes nacionalidades suramericanas representa en el Norte el afán conquistador del yanqui, siempre en acecho, atisbando la oportunidad para adueñarse de nuestro territorio a nombre de una protección que no necesitamos, mientras el patriotismo aconseje la muerte como remedio extremo y mucho se ha hablado también de la unión suramericana como único remedio capaz de conjurar el peligro común.

Desde ese enero de 1909, cuando Rómulo Gallegos escribe su primer artículo para *La Alborada*, Venezuela y los temas venezolanos serán principio y fin de sus desvelos. Es Venezuela quien está presente en sus novelas y en sus reflexiones, y con excepción de los personajes de *La brizna de paja en el viento* y *Tierra bajo los pies* todos los personajes de Gallegos son venezolanos, pero no de simple ficción: los tomó del mapa humano de su tierra y los recreó con su imaginación poderosa.

Del 31 de enero hasta el 28 de marzo, cuando tiene lugar la octava y última entrega de la revista, Gallegos escribe “Hombres y principios”, “Las causas”, “El respeto a la Ley”, “Los poderes”, “El cuarto poder”, “La alianza hispano-americana”, “El verdadero triunfo”, “Los congresos” y, en varias entregas consecutivas, “El factor Educación”. Escribió en los ocho números de la revista, a veces abordando temas paralelos en la misma entrega.

El joven escritor condena el caudillismo como hipertrofia del poder, aboga por los partidos, por la educación como liberación, por la cultura y el papel de los intelectuales en la sociedad. Su aparición en las letras en 1909 fue eminentemente política. Sus ensayos de entonces querían ir al fondo de los asuntos sociales y de los dramas de la histo-

ria venezolana. Gallegos tiene apenas 25 años y, sin embargo, aquellos ensayos suyos de *La Alborada* son los de un escritor que quiere pensar con seriedad y agudeza, a quien las cuestiones sociales y políticas inquietan más que las simplemente estéticas. La política, naturalmente como ejercicio intelectual, estará presente en Gallegos desde sus inicios como escritor.

Una revisión de estos ensayos revela cómo lo sedujeron desde joven y cómo lo inquietaron los temas sociales y las cuestiones políticas. Entonces comenzó su examen de Venezuela, durante los años de estudio y elaboración, mientras buscaba caminos expresivos que le dieran nuevas formas a su imaginación, pero no distintos materiales. Pronto, desde la etapa de *La Alborada*, opta por la ficción, pero no por la evasión. Sus personajes serán distintos a los de Díaz Rodríguez, como escribió Picón-Salas, “seres exóticos y como desarraigados en un medio que encuentran bárbaro”, o se suicidan o se van para Europa, mientras los otros, los de Gallegos o José Rafael Pocaterra, se sumergen en el tumulto y la pasión desordenada, aunque sean vencidos. Los personajes de *Ídolos rotos*, no obstante, piensan con lucidez y no pocas veces con rudeza sobre aquel país de generales y guerras civiles que dejó el siglo XIX.

Lo que intriga inicialmente a Gallegos cuando escribe su primer texto para *La Alborada*, “Hombres y principios”, es la unidad que surge a la superficie como consecuencia de la caída de Castro. Sospecha que es una unidad falsa y, por consiguiente, puede hacer zozobrar el “milagro” del advenimiento de otro tiempo. Quizás, en el fondo de su espíritu y contra la oleada de optimismo que prevalecía, no veía diferencias sustanciales entre el caído y el sustituto ahora glorificado. Gallegos, a pesar de esas reservas, está dentro del ambiente predominante, por eso “cabe abrigar –dice– la más alta esperanza y ella está en todos los espíritus, aun en los de quienes, adiestrados por la experiencia de repetidos fracasos dolorosos, aprendieron a desconfiar de toda promesa y a dudar de la buena fe de los hombres, hasta en presencia de los hechos consumados”. No obstante, mientras no nos persuadamos de la penetración en la conciencia social de las “causas absolutas”, o sea las leyes y la Constitución:

... todo se habrá reducido a una simple suplantación que, si bien se imponía como apremiante necesidad y cuyo beneficio ha sido, por otra parte, a todas luces evidente, sí quitaría a este movimiento el carácter de verdadera transformación política que exigen las necesidades del presente y las del porvenir, más dignas aun de ser tenidas en cuenta y, fuerza es repetirlo, nada habremos hecho mientras no trabajemos para el porvenir.

Gallegos señalaba el predominio de los hombres sobre los principios. “Hombres ha habido y no principios”. De ahí la tendencia funesta de esperararlo todo de los caudillos como un ejercicio de magia tribal. A esperararlo todo y a resignarse. Lanza este postulado como un requisito indispensable para revertir esa tendencia venezolana de que a cada esperanza la haya sucedido un fracaso: “y un caudillo más en cada fracaso y un principio menos en la conciencia social”. Por tanto, el cambio requería de un gran esfuerzo colectivo:

Apresurémonos todos a reparar, aunque tarde, este error. Los momentos actuales señalan un cambio radical para la República; urge reformar las instituciones, darles un valor efectivo y urge también, no menos imperiosamente, despertar las corrientes estancadas de la opinión; llevar hasta el fondo de las masas tardías é ignoras el empuje y la luz que las encaminen y conduzcan por los senderos nunca transitados. Llevemos hacia los principios a quienes fueron arrastrados por los hombres.

Los textos de Gallegos constituyen una extensa e intensa meditación sobre la historia de Venezuela y sus características sociales. Cuando llegó Castro al poder cambiaba el siglo, pero la historia no cambió, el caudillo andino fue una prolongación del siglo XIX. En “Las causas” hay una doliente reflexión de Gallegos: a lo largo de su historia, Venezuela no ha conocido sino guerras y caudillos. Es la confesión del hombre que ha estado atrapado (hasta ese momento, 1909), en los círculos de la guerra:

Temida y odiada como a una Divinidad aciaga, a quien fueron gratos el rencor y la sangre de los hombres, ha sido la perpetua amenaza suspendida sobre nuestra suerte, y más aún: el corolario fatal de todas nuestras crisis políticas. Una experiencia de largos años –tantos casi como los de nuestro vivir mismo– ha desarrollado en nosotros una muy aguda perspicacia pesimista; nuestra mayor esperanza, ha tenido siempre mucho de zozo-

bra y nuestra paz, paz de campamento en la que importa estar alertas, mucho de la ansiedad mortal del receso. Entonces todos los ojos parecen hurgar en los horizontes preñados de amenazas, el punto donde habrá de brotar la llamarada de la nueva, de la inevitable rebelión; los oídos se aguzan, cual si quisieran percibir el rumor que efervesce debajo del silencio y la calma y cada ciudadano es un soldado que porta un arma secreta.

Diríase que en Venezuela, la sola vía expedita es la que conduce al campamento, y la guerra el único sistema de solución que conocemos, pero error sería atribuir a una supuesta índole guerrera del pueblo venezolano, este fenómeno característico de nuestra incipiente nacionalidad; guerreadores más bien que guerreros, muy lejos estamos de poseer las virtudes y condiciones típicas de las razas bélicas. Nuestro pueblo odia la guerra, y si mal de su grado ha ido a ella en busca de un remedio perentorio, es porque de natural perezoso, está incapacitado para el esfuerzo perseverante que exige la labor cívica.

En “Las causas”, Gallegos señala la breve experiencia civil del siglo XIX y la beligerancia de los partidos, promesa que pronto cayó en el silencio y se regresó a los antiguos métodos. Es un texto pesimista: apenas la gente sí sabe el nombre de los caudillos, pero lo que es la entidad abstracta de una idea, “es cosa que no ha llevado aún a sus conciencias nuestra evolución social”.

Otro texto de Gallegos es “La violación de las leyes”. El escritor piensa que las viola el mandatario porque las considera como un obstáculo, una limitación a los poderes que siempre imagina (o anhela) discrecionales. “El desconocimiento de las verdaderas raíces del mal, nos ha llevado siempre a ver, en motivos y circunstancias accidentales la razón de esta larga serie de desaciertos y desmanes políticos que casi pudiera decirse forman la historia de la República”. Vienen luego sus reflexiones sobre los partidos políticos y su papel en la sociedad. En este ensayo, “Por los partidos”, reaparecen otra vez sus aprehensiones. Los partidos representan elementos que preservan el equilibrio de las fuerzas del Estado. Gallegos tiene una visión contemporánea de las organizaciones políticas. Postula el libre juego de las ideas, pero advierte con gran idealismo:

No basta el hecho de que los partidos puedan mañana medir sus fuerzas de paz en los comicios, ni aún la conquista moral que obtengamos, cuando éstos puedan llevarse a cabo

libres de la coacción del poder, porque este mismo triunfo, de toda legalidad, puede fácilmente convertirse en causa de nuevas violencias, si los contendores no son capaces de enfrenar sus pasiones ante el imperio de la Ley. ¿Se llegará a dar el caso de que al día siguiente de la justicia, vaya el vencido, sin menoscabo de su dignidad, ni claudicación de su doctrina, a ofrecer al vencedor su cooperación desinteresada en obsequio a la Patria?

El escritor piensa que éste sería el verdadero triunfo, “el primer día de la República”. Un día elusivo ciertamente en los anales venezolanos, que sólo a partir de 1958 tuvo vigencia hasta el final del siglo, cuando el sol volvió a sus obstinados eclipses. Gallegos escribe luego sobre “Los Poderes”. Un asunto crítico de los sistemas constitucionales en Venezuela, el secreto o la clave de lo que ha sido la política en el país: un equívoco gramatical. ¿Por qué poderes, si sólo ha existido uno, y su preponderancia se consolida con el tiempo, e, incluso, fue así en las etapas democráticas? El equilibrio y contrapesos que han hecho posible la democracia y la estabilidad en otras naciones, no ha existido en Venezuela en su plenitud en ninguna época. Al Poder Ejecutivo han estado subordinados siempre los otros dos, piensa Gallegos, y aquí está una de nuestras calamidades. La experiencia era en sí un buen argumento. A su juicio ese “ejecutivismo no es un producto de causalidad social, sino la forma más fácil de preponderancia de un individuo y si algo hay que destruir es esta funesta privanza, elevando los otros poderes a la categoría de entidades reales”. Como nadie, Castro ilustraba el drama como antes lo habían protagonizado Páez, Monagas, Guzmán Blanco, Crespo, y después de Castro, Juan Vicente Gómez hasta 1935:

La experiencia nos acaba de enseñar otra vez, como fue de fatales consecuencias para el país aquella atribución omnímoda que se arrojó el ex-Presidente Castro, de legislador y Juez Supremo, creando leyes que a él sólo le favorecieran, administrando justicia según su propia conveniencia.

Y Castros habrá mientras el Presidente de la República no vea en torno suyo más que hombres dispuestos a todas las transacciones y nombres sin valor de poderes irrisorios, y —es necesario decirlo— bondad será de quien ejerza el Ejecutivo reconocer en los otros una soberanía que hasta ahora no han tenido.

Después de “Los Poderes”, Gallegos escribió sobre “La alianza hispano-americana”, texto que, como antes se dijo, debió suscitar inquietud por sus referencias a los barcos de guerra del plenipotenciario Buchanan en los epígonos de la nueva situación. El escritor, en su larga reflexión sobre los problemas venezolanos, arriba a imaginar “El verdadero triunfo”. ¿Cuándo puede o podría hablarse de triunfo en un país con las características de Venezuela? Simplemente, cuando el pueblo descubra su poder. El pueblo ignora que es él quien le transfiere su fuerza a los caudillos, a los gamonales, a los gendarmes necesarios. “...cuando lo descubra, el imperio de estos se vendrá a tierra, y nosotros debemos decirse-lo”. Aun cuando no es extenso, en este ensayo de Gallegos se expresan con gran énfasis sus tesis contra el gendarme necesario.

“Los Congresos” es el último texto de Gallegos escrito en la última edición de *La Alborada* del 28 de marzo de 1909. Si el Ejecutivo manipuló siempre a los otros poderes del Estado, bien valía la pena preguntarse qué eran y cómo se formaban los congresos o las asambleas constituyentes que, por cierto, Castro había utilizado con tanta audacia. Esta es la visión de Gallegos:

Harto sabido es que este Alto Cuerpo, en quien reside, según el espíritu de la Ley, el Supremo Poder, ha sido de muchos años a esta parte un personaje de farsa, un instrumento dócil a los desmanes del gobernante que por sí solo, convoca o nombra los que han de formarlo, como si se tratara de una oficina pública dependiente del Ejecutivo y cuyas atribuciones están de un todo subordinadas a la iniciativa particular del Presidente. Naturalmente éste escoge aquellos delegados entre los más fervorosos de sus sectarios, seleccionando, para la menor complicación, aquellos partidarios incondicionales cuyo más alto orgullo cifran en posponer todo deber ante las más arbitrarias ocurrencias del Jefe. Estos son los hombres propios para el caso y como además, en la mayoría de las veces, adunan a esta meritoria depravación moral, una casi absoluta incapacidad mental, la iniciativa del Presidente, después de ser posible llega a convertirse en necesaria.

No vale la pena mantener esos congresos, piensa el escritor. Si se aceptan como tales, Castro habría tenido razón al alargar el plazo que señalaba la Carta Fundamental para la reunión del Congreso. Con ironía alude al argumento de algunos cínicos que invocaban como signo

de progreso el hecho de que no se hubiera repetido el episodio de 1848, cuando Monagas, a sangre y fuego, metió en cintura al Congreso que tramaba su derrocamiento.

En la historia política de Gallegos esta visión de los congresos será confirmada por la realidad, como habrá de verse cuando fue “designado” senador por Juan Vicente Gómez, cuando fue diputado en la época del post gomecismo, y cuando, en 1941, fue “candidato simbólico”, justamente porque el Congreso seguía siendo, como en los tiempos de Castro o del siglo XIX, un apéndice del Poder Ejecutivo.

En los números 3, 4, 6, 7 y 8 de *La Alborada*, Gallegos abordó los problemas de la educación en un largo texto titulado “El factor Educación”, mientras paralelamente escribía sobre los asuntos ya glosados. Desde la primera entrega va formulando críticas abiertas y severas contra el sistema educacional imperante. Gallegos responsabilizaba a la educación de todos o casi todos nuestros males. “Obra suya –escribe– es la falta de iniciativa personal que nos caracteriza, causa a su vez del estancamiento económico y moral de Venezuela y a la cual hay que referir también la razón de nuestro funesto personalismo político”. El venezolano formado bajo ese sistema, según Gallegos, está condenado a entregarse a “los desmanes del primer capataz enseñoreado que ya puede constituirse árbitro supremo de nuestros destinos...” Así, la falta de iniciativa y de independencia, la atrofia del carácter, la indisciplina, son consecuencias de la educación que recibe, cuando la recibe, el venezolano. No postula una simple reforma, sino una revolución educacional:

Restablecer a su genuino carácter estos valores depreciados, sería dar el primer paso en el sentido de las reformas radicales que urge llevar a cabo en la organización de nuestras sociedades, despertando con un impulso de Revolución que necesariamente ha de ser violento, como que se trata de echar por tierra prejuicios hondamente arraigados, las fuerzas latentes de la evolución que esperan desde largo tiempo en la inercia.

En este primer texto sobre la educación como factor, Gallegos promete algo que revela cómo la cuestión educativa era ya para entonces (1909) no sólo una preocupación simple sino una **vocación** profunda. El asunto no le era ajeno, puesto que promete que para ver llevar a cabo esas

reformas “...trataremos de divulgar las ideas modernas más sensatas a este respecto, tomando para suplir nuestro escaso acervo, cuanto tenga de autoridad de criterio recto y experimentado”. A este propósito dedicó todas las otras entregas de “El factor Educación”. Uno de sus postulados consistía en distanciarnos del sistema que rige en los pueblos latinos y acercarnos en lo posible al de los pueblos sajones. Gallegos buscó sustentación en las ideas de Gustave Le Bon, y con palabras de Eliseo Reclus concluyó su último texto: “... Tratemos de salvar a nuestros hijos de la triste educación que nosotros mismos recibiéramos; tengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que aún no tenemos de la libertad sino la vaga esperanza”.

La clausura

1909 fue un año de luna de miel de Juan Vicente Gómez con la sociedad venezolana y, sobre todo, el año de los Protocolos de Febrero y de las grandes transacciones con los intereses internacionales que ya fijaban su mirada en las riquezas secretas del subsuelo. No se puede decir sin embargo que fuera el año de *La Alborada* porque la revista de Soubllette, Rosales, González Rincones, Planchart y Gallegos apenas sobrevivió del 31 de enero al 28 de marzo, cuando fue clausurada por orden del gobernador de Caracas. La clausura suscita interrogantes. Si en los textos de los jóvenes escritores predominaba lo teórico, si ellos no pertenecían al mundo político que se jugaba el rumbo y el ajedrez de la transición, si no abogaban por un puesto en el banquete y si, por el contrario, prometían mantenerse dentro de los límites del intelectual que contribuye al esclarecimiento y a la discusión, ¿por qué fue clausurada *La Alborada*, y clausurada con tanto apremio? ¿Acaso porque uno de ellos acariciara la idea de fundar un partido político, o porque se atrevieron temerariamente a afirmar que “Castro no era el mal”? Ninguno de los cinco tenía vínculos con el caudillo derrocado, la revista lo condenaba, al tiempo que advertía –sí– los riesgos de que la dictadura o el dictador apenas cambiaran de nombre. Eso fue exactamente lo que sucedió. Veamos la versión de Julio Planchart:

...el gobierno de Gómez no veía ya con buenos ojos la libertad de prensa, y necesitaba un diario continuador de la labor de El Constitucional de Gumersindo Rivas del tiempo

de Castro; ya estaban hechos los arreglos para fundarlo y en breve aparecería. Entonces el Gobernador citó a los periodistas, los reunió y les increpó y les dijo cuáles eran las normas a que debían sujetarse en sus publicaciones, y hasta uno de ellos, Leoncio Martínez, fue enviado a la cárcel. A la reunión provocada por el Gobernador asistimos Enrique Soubllette y el que esto escribe, y al salir de la reunión, ambos nos dijimos: *La Alborada* ha muerto.

La Alborada murió, en efecto. Pero no los cinco quijotes que supusieron que la caída y destierro de Castro significaba un amanecer impen-sable en la historia de Venezuela. ¿Quiénes eran ellos y qué significa-ron? Nadie mejor que Gallegos para dibujar el perfil de los otros y lo hizo -como se ha dicho- en la revista *Bohemia* de La Habana el 2 de enero de 1949, a semanas apenas de su derrocamiento, con motivo de la muerte de Julio Planchart: "Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas". El superviviente era Julio Horacio Rosales, y su perfil se confunde con el del propio Gallegos en ese plural que los identificaba tan profundamente: "De aquellos que juntos hicimos nuestra primera salida al campo de las letras, con preocupaciones de algún contenido social y político en nuestra revista *La Alborada*, sólo quedamos vivos ya, Julio Horacio amigo, tú y yo. Éramos cinco en una misma posición ante la vida..." Gallegos recuerda a Soubllette, González Rincones, Planchart, y lo hace en estos términos:

Henrique Soubllette. ¿Se sabe, acaso, cuánto les frustró su temprana muerte a las letras venezolanas? Aquel hermoso talento, aquella imaginación prodigiosa, aquel ímpetu de vida hacia arriba que no le habría permitido nunca pararse a descansar en la mediocridad. Fue él -hagámosle justicia- quien descubrió que el Ávila de nuestras contemplaciones desde los arrabales caraqueños tenía cumbres y picachos a los cuales era conveniente treparse con frecuencia para respirar alturas; pero como de leídas sabía de otros montes de los cuales habían bajado tablas de leyes dictadas entre el tronar de los rayos del cielo, un día le dio por bajar de Galipán, tierra de dulces duraznos y flores olorosas, con la sobrehumana ocurrencia de fundar una nueva religión, no obstante sus convicciones positivistas fieramente arraigadas ya en su espíritu. ¡Cuánto fuego alimentarían los papeles de Henrique Soubllette, cuando el consejo de familia piadosa le sacrificó sus letras librepensadoras al descanso de su alma!

Pero como sabía poner el corazón sobre la realidad venezolana y llevaba patronímico vinculado a la buena historia de nuestro país, otro fue la ocurrencia de descender al campo de la política con las bases programáticas de un partido para dar pelea de oposición a la dictadura ya visible de Juan Vicente Gómez.

Salustio González. Comenzó por versos, escribiendo en francés porque era ya un desadaptado, un fugitivo de su realidad esencial y circundante. Se empeñaba en hacernos creer que no quería nada ni con románticos ni con soñadores y había adoptado la convicción naturalista de que arte que no fuese copia fiel de la realidad sin añadidura alguna, no valía nada...

Pero en una estaban perfectamente de acuerdo: que Venezuela, tal como nos la habían puesto desgobiernos y dictaduras, ya no ofrecía sino vida imposible y que era necesario emigrar.. Y Salustio González abandonó la patria, en la tercera clase inmundada de un trasatlántico, aun así propicio para la gozosa fuga, y se llevó a Francia su gana insatisfecha de contemplar realidades amables. París se apoderó totalmente de él...

Julio Planchart. Pero en este recuerdo que voy a dedicarle ya no pongo memoria consecuente, sino corazón dolorido, porque acaba de ocurrir su desaparición y porque fue mi mejor amigo, entre los muchos buenos que he tenido.

Compartimos la idea y el sentimiento ante todos los aspectos que nos presentara la vida, así fuesen los pequeños motivos de comentarios superficiales de la realidad cotidiana, como los acontecimientos de la extraordinaria, exigente de empleo a fondo del pensar o del sentir. Nunca nos enturbió el afecto recíproco ni el más raudo paso de la más leve sombra de desconfianza y nunca encontré mejor consejero en mis dudas ni mejor apoyo en mis convicciones, aun cuando él y yo no viniésemos haciendo, hace algunos años, el mismo camino.

Porque su fino sentido crítico, su bien definida vocación de analizador reflexivo del espectáculo de las obras humanas, de pensamiento o de acción, pretéritas o actuales, no podían coexistir, sin contradicción de naturaleza, con ninguna tendencia poderosa a la producción de obra propia o a la adopción de actitudes positivas ante los problemas de su medio y de su tiempo, la capacidad para juzgar casi siempre supone limitación de la espontaneidad para hacer. Pero afinó y empleó bien el instrumento de que fue dotado, adquiriendo una vasta cultura literaria, sin escatimarle entusiasmos generosos al hallazgo de lo bien logrado por los demás, en obra o conducta, porque aun más que un crítico fue un espectador comprensivo del acontecimiento humano. Cultivó su dolor de patria, que es forma sacrificada de amor, sin vehemencias desnaturalizadoras, hizo derechamente camino recto desde el principio hasta el fin y de su ejercicio de letras, de creación y de crítica, nos dejó un admirable ejemplo de dignidad intelectual.

Así fueron y concluyeron tres de aquellos cinco, le dice Gallegos a Julio Horacio Rosales. El novelista y el otro superviviente siguieron siendo amigos, pero sus caminos se fueron bifurcando, y apenas se veían de vez en cuando. Ahora Gallegos, en la soledad del destierro, vuelve al antiguo interlocutor. “...si a ellos he vuelto los ojos en este brusco regreso de la acción ha sido para revisar mi bagaje, no sea que algo me falte de lo que junto con ellos tuve en las horas generosas de la vida”. Y como había algo más que nostalgia en el gesto de Gallegos, le confía al amigo: “Más también para invocarlos a presenciar esta rendición de cuentas que quiero hacer ante ti, Julio Horacio Rosales, que te has añadido grave y severa condición de Juez”.

Con afecto, Gallegos le pregunta a Rosales por “sus escondidas letras” y su obra de escritor de estilo e imaginación:

¿La destruiste de un todo y para siempre? Yo creo que no. Tu fino instrumento literario de captación de alegrías y tristezas nuestras ha debido de continuar tras tu aparente dejamiento de las letras; pero en todo caso, ellas han tenido que ser, por la virtud de los bellos ejercicios, las alimentadoras de tu rectitud en las de la justicia. Y es, por consiguiente, ante juez severo que vengo a rendir cuenta de los gastos de mí mismo que por el camino recorrido haya hecho.

En esa escala de La Habana, Gallegos está en un momento crucial; el momento de la incertidumbre del desterrado que no vislumbra sino un largo alejamiento de su país y el retorno a su tierra de viejas tormentas y de obstinados tormentos. De ahí la significación política y humana de este desgarrado “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas”. Allí explica Gallegos por qué de las letras pasó al mundo de la política, pues, al fin y al cabo, en aquellas había mucho de sus afanes ciudadanos:

Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana y uno de ellos fue leído dentro de las cárceles donde se castigaba con grilletes y vejámenes la justa rebeldía de los jóvenes de hace veinte años contra la tiránica barbarie que oprimía y deshonoraba nuestro país y fue por obra de esa lectura que, más tarde, en ocasión propicia, algunos de aquéllos ya enfrentados con responsabilidades de hombres hechos y derechos, se me acercaron a reclamarme:

—Se te necesita ahora en el campo de la acción.

Habían sido, además, discípulos míos, los más de ellos y en retribución de la enseñanza recibida me condujeron, ellos entonces, a mi aprendizaje mejor; que tanto más se pertenece uno a sí mismo cuanto más tenga su pensamiento y su voluntad, su vida toda puesta al servicio de un ideal colectivo.

Y héteme ya préstamo de las letras a la política, sin plazo fijo de devolución total. ¿Una salida de Quijote aquella de entonces a plazas públicas donde no se podían alzar sino molinos de viento? Bueno. Pero, ¿qué mejor manera de emplearse gente salidora a buena empresa, cuando todo era entuertos y agravios en el campo de los derechos del pueblo venezolano?

Así le explicó Gallegos a Rosales su salida al campo de la política en 1941, cuando aceptó ser “candidato simbólico” a la Presidencia de Venezuela. No había solución de continuidad entre el escritor de ensayos o novelas, o el parlamentario de 1937, y quien se aventuró en aquella primera “salida de Quijote”, y quien presidiría un partido democrático. Su destino político estaba escrito en las páginas de *La Alborada*.

La Alborada murió en marzo de 1909. No obstante, los alborados no parecieron resignarse porque en los *Escritos* de Henrique Soublette (editados por la USB en 1986), hay una nota de Soublette, fechada en 1910, que se titula “Reaparición de *La Alborada*” y allí se expresa todo lo que alentaba a los jóvenes escritores, lo cual queda resumido en estos fragmentos de lo que era, en gran medida, un programa:

Después de haber atravesado la primera etapa subterránea de nuestra gran jornada, volvemos a aparecer en la luz, alegres, resueltos y llenos de esperanzas como el primer día (31 de enero de 1909).

Venimos cargados de libros y de nuevas ideas, cosechadas en el seno favorable de las sombras; nuestra energía y nuestro afán de actividad se han cuadruplicado en la contemplación muda e inmóvil. Y traemos también de nuestra oscuridad una terrible convicción atenuada por una esperanza...

¿Es que no se ha de hacer nada por atajar el desmoronamiento interior?

¿Es que debemos dejar sólo a los gobiernos el deber de compartir los males que asesinan la raza? El mejor de todos los gobiernos, sin la ayuda de la iniciativa privada es quizás impotente para combatir un mal que está en las entrañas de la raza.

Es necesario dar a la iniciativa privada, todo el valor y la eficacia de una potencia; y trabajar también, fuera de la política, por salvar el porvenir.

Como *La Alborada*, por las razones que fueren, no volvió al camino, Henrique Soublette editó el 20 de junio de 1910 *La Proclama / Semanario de combate*, en el cual aparece como su director, y llevaba este motto: “Órgano de la Revolución de las ideas”. En la nota editorial se le decía a los venezolanos: “Venimos a lanzaros una serie de proclamas de guerra. Cien años habéis vivido en medio de la guerra, y el estado marcial no debe ser cosa nueva para vosotros”. Veamos a dónde querían ir los de *La Proclama*:

Pero la guerra de que os hablamos no es la guerra en que hasta ayer hemos vivido, guerra de cabecillas, pugna de aventureros empeñados en conquistar fortuna y predominio bajo el pretexto de partidos engañosos, autorizados por banderas vacías de sentido, a costa de la vida, del pueblo y de la honra de la Patria.

En nuestros ejércitos no hay generales, nosotros no usamos más armas que las plumas, ni más reductos que las tribunas, los escenarios y las imprentas.

La guerra que proclamamos es LA REVOLUCION DE LAS IDEAS. Es necesario modificar, renovar las ideas, o mejor dicho: es necesario desarraigar y tirar lejos los tercios prejuicios, los positivismos interesados, y sembrar en su lugar ideas, ideas sanas, ideas serias, ideas fuertes. Las ideas, oídlo bien, son las únicas, las únicas semillas que pueden desarrollarse y florecer y dar frutos para el mañana.

En *La Proclama*, Gallegos escribió un texto titulado “La herencia de Alonso Quijano”, donde alude a esta salida quijotesca: “Sea porque lo hayan heredado del hidalgo abuelo, o porque la vida oscura y silenciosa no sea cosa soportable para gente amiga de meter ruido como son los poetas, lo cierto es que éstos la han dado por la manía de hacer salidas”. Gallegos describe a los poetas, “...no son poetas solamente los que escriben en verso, sino los que viven en verso, y en verso viven todos los que combaten por generosos ideales”.

En *La Proclama* aparecen poemas de Salustio González Rincones, “Sobre las nubes y las copas”, y del director Henrique Soublette, “La nueva poesía”, un canto a la libertad donde solicita: “Venga el alma del siglo a ser nuestra musa”. Además, la revista incluyó seis notas con

moralejas y alusiones sarcásticas de gran agudeza. Una rezaba: “*La Proclama* saluda a un espectro”, y allí se lee:

La Proclama saluda el espectro de La Alborada. Fue éste un periódico semanal que cabalgó su Rocinante y salió a desfacer entuertos por el mundo. Pero, confiado en que los caballeros andantes son bien recibidos y alimentados donde quiera que llegan, salió con muy poco dinero en sus alforjas... y se murió de hambre.

Murió una alborada en ciernes, porque no quiso tener sino luz... y hay que tener otras cosas.

En su corta vida dio muchos nimbos y traspiés, giró alrededor de muchos soles, y sobre todo, tuvo la santa intención de hacer el bien.

¡Fue una alborada que se convirtió en relámpago!

En un recuadro y en tono un poco humorístico, con el título “Para la biblioteca de la gran confederación cervantina”, *La Proclama* anunciaba la aparición de las siguientes obras: *Teatro venezolano* que contendrá “El informe sobre el Teatro Nacional Venezolano”; *El Motor*, drama en tres actos de Rómulo Gallegos; *El puente triunfal*, drama en tres actos de Salustio González Rincones; *Los héroes modernos*, comedia en tres actos de Julio Rosales, y *La selva*, drama en cuatro actos de Henrique Soublette.

Los de *La Alborada* fueron tocados por la tentación del teatro. Los cinco escribieron teatro, en boga entonces en la Caracas que recorría su transición entre una dictadura y otra. Gallegos escribió *El Motor* y *Los Ídolos*; Soublette *La selva*, *Hacia la mar sin orillas*, *La estrella*, *Como en sueños*; Rosales, *Los héroes modernos*, González *El puente triunfal*, *Naturaleza muerta*, *Las sombras*, (sobre el suicidio de Rafael Rangel), y Planchart (aunque más tarde, en 1936) *La República de Caín*.

Alrededor de 1910, los alborados se dispersan en la geografía: Salustio se va a Europa (Barcelona y París, donde morirá en 1933), luego Soublette que sigue sus pasos y se va a España, donde muere poco después. Los otros permanecen en Caracas, pero sólo por su pobreza y su incapacidad para la aventura. No obstante, permanecen fuertemente unidos, como lo atestiguan sus cartas, recogidas algunas en Salustio González y *la Generación de La Alborada*, en cuyas páginas Jesús Sanoja Hernández escribió la introducción, una interpretación inteligente del

tiempo y de los protagonistas. Salustio fue como el embajador o adelantado que gestionaba en Barcelona la representación de *El Motor* por una compañía y un director de fama como Rusiñol, o el acceso a las páginas de *Mundial*, el magazine de Rubén Darío que cobraría renombre y fama. Al escritor lo cautiva el drama de Francisco Ferrer, un profesor anarquista que atentó contra el Rey Alfonso XIII, y fue condenado a muerte. González escribió el drama *Germinál* o *El sembrador*. Para documentarse –escribió Sanoja– Salustio frecuentó a la familia de Ferrer, haciéndose sospechoso ante los ojos de las autoridades y, de seguidas, recibió la invitación de abandonar España, en donde compartía con los pintores Rafael Monasterios y Armando Reverón.

Las cartas de los alborados tienen un denominador común, la desesperanza. Ya no pensaban “sustituir la noche por la aurora”. Gallegos está entre los pesimistas. Desde El Valle, le escribe a Salustio el 19 de noviembre de 1910: “–Camará qué peor se ha puesto esto! En cuanto a mí, nunca he estado tan sin esperanzas como ahora, y esto que contigo, hay del lado allá la posibilidad de poder tenerlas alguna vez. Mientras tanto escribiendo de nuevo, puentecitos para *El Cojo*, por lucro únicamente, como que los hago para sacarles unos pesos mensuales que necesito”.

Gallegos le confía que ya no quería escribir más dramas. ¿Por qué? No quería que le pasara lo que a Henrique (Soubllette) con *La Selva...* Le da noticia de los otros: Planchart anda por el Táchira, Julio Horacio “de la corte a la imprenta y de la imprenta a su casa”, y Henrique en Valle Abajo, (la hacienda de la familia), y él en El Valle, tratando de escapar de la peste. A causa de esta dispersión no le había podido enviar algunos “duros”. En carta del 3 de febrero de 1911, Gallegos le reitera sus deseos de viajar, pero quiere saber si Buenos Aires es también un destino o no, como lo piensa Díaz Rodríguez:

De mí te repito lo que te dije en mi anterior; la cosa apremia más cada día, de tal manera que te exijo me des ahora que los has visto con tus propios ojos, que siempre han sido los mejores para esto de ver, junto con datos precisos de lo que cuesta allá la vida y las probabilidades que haya de ganársela literalmente, tu opinión, que en este caso ni tendría valor de un juicio.

El 22 de febrero de 1911 ya Soublette debía estar en Barcelona, porque Gallegos le dice a Salustio que por él “habrás sabido de nuestros achaques, más y mejor de lo que puede decirse en una carta”. Con tono desesperanzado le confía que “lo inminente, lo inaplazable, lo imprescindible para mí es conseguir una ocupación, cualquiera que ella sea, que me proporcione 75 pesos mensuales para casarme, sí, para casarme, y no estoy loco”. El 16 de mayo Gallegos le cuenta a Salustio que está trabajando en la Imprenta (Bolívar), “pues puedo decirte que ya soy todo un cajista, y de provecho, dicho sea sin modestia, que sabe ganarse 15 o 16 pesos semanales”. Trabaja en la impresión de las memorias ministeriales y, por eso, la temporada es buena. No ha contribuido en la colecta que los amigos le hacen porque sus gastos se le han disparado: Teotiste ha estado enferma, “y si no fuera por la imprenta providente, quién sabe en qué apuros y desesperaciones estaría yo a éstas”. Le confía: “Me tienes, pues, convertido en un tipógrafo, como cualquiera que lo sea de verdad”. Gallegos no se amilana e inventa. Quiere fundar un Internado en Los Teques, porque eso le permite escribir, y tiene también la idea de un cinematógrafo, pero le faltan los 1.600 o 2.000 bolívares que cuestan los aparatos. Le pregunta: ¿cómo va el drama Ferrer? Sobre las crónicas que Salustio escribía para *El Universal*, Gallegos le expresa:

Por tus últimas crónicas veo –con placer– que te resuelves a exteriorizarte. Éstas han gustado mucho y a mí más que a nadie, como partidario y defensor de este género que llamo: arte trascendental, y literatura trascendental que es más propio y que comprende lo mismo, la crónica ligera que la novela de estudio o la crítica científica (?). Yo creo que el arte que perdura no es el que sólo tiene verdad, sino el que además tiene, por una parte: personalidad; es decir: que sea la expresión de la manera propia de sentir el artista, el cual tiene tanto derecho a ser tenido en cuenta como la naturaleza, o sea el mundo de las realidades o apariencias, que dije más atrás; y por otra parte: trascendencia, alcance, profundidad, raíces o como quiera llamarse a esto que, a mi manera de entender, no es sino armonía, perfección, y que para mí consisten en tener tanto de emoción como de intelectualidad.

El 10 de febrero de 1912, Gallegos les escribe a sus compañeros trasatlánticos una carta colectiva, querido fulano y fulano, pero ahora des-

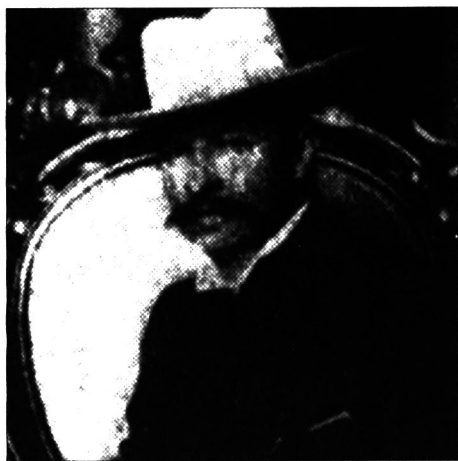
de la capital de Anzoátegui: “Parece que las Barcelonas fueran el destino de los alborados, aquí me tienen Uds., los de la Condal, en la homónima ciudad del Alto Llano”. Es el primer viaje de Gallegos fuera de la ciudad que lo vio nacer. Lo primero que les cuenta el enamorado es que se casará en abril. Que nada tiene el paisaje de Caracas con el de Barcelona:

Nada del azul de Caracas, más bien un tono pardo, tampoco se consigue ni para remedio el ocre que allá se derrocha; vegetación escasa: apenas cujíes, chamizales, cardones, muchos cardones, puede decirse que Barcelona está “Entre cardones”. Faltan asimismo los cerros, aunque los hay, pero no tan notables ni tan característicos como en Caracas. (...) Antier asistí a un crepúsculo en uno de estos peladeros, o terrales, para referirlos a los arenales de los desiertos a los que se deben parecer como una desolación a otra, y digo asistí, porque, sin romanticismo, ni pose, aquello era tan imponente que me conmovió profundamente. Sin embargo, todo era muy sensible, unos funerales del sol con el menor aparato posible. El cielo limpio, nada de cortinajes, solo una mancha resplandeciente como una plancha sobre la cual reposaba el enorme disco solar, exageradamente rojo...

Cuando ya desde Caracas Gallegos le vuelve a escribir a Salustio, ahora a París, el 5 de septiembre de 1912, ya Henrique Soublette ha muerto en Santa Cruz de Tenerife en mayo, y al amigo le dedica párrafos sensibles, dramáticos, contradictorios, porque Soublette, a quien llamaban cariñosamente “el loco”, no sólo era el único con fortuna del grupo, sino el más aguerrido, inteligente y de iniciativas más audaces, a quien en gran medida se debió la edición de *La Alborada*:

...El que parecía más garantizado para la vida y para el éxito, morir tan pronto. Henrique se mató y de la peor manera: sin darse cuenta de que se mataba, y pensando en su muerte a veces me da rabia contra él por haber malbaratado una vida tan bien dotada y, a veces, creo que hizo bien porque todo es preferible antes que vivir en este país. Pero bien o mal, lo cierto es que con la muerte del loco, hemos perdido algo de mucho valor. Todavía no sé decirte si se publicará algo suyo, pero sería conveniente que hicieras un presupuesto de un libro para ver si María Teresa se resuelve a editarle algo y mandártelo para que lo hagas allá, porque aquí, ya sabes, es tiempo y dinero perdidos.

Gómez echa las **redes del poder**



Juan Vicente Gómez

Luna de miel con epitafio, 1914

Juan Vicente Gómez dio un golpe de Estado el 19 de diciembre de 1908 que los historiadores han juzgado como un episodio de gran astucia. Prefirió dejar intocable el Congreso (tal como lo haría López Contreras en 1936), y pactar también con astucia con antiguos adversarios o rivales, a quienes les abrió las puertas del Consejo de Ministros, mientras el desterrado Castro entraba pronto en el ocaso, apenas resucitado cuando la reaparición del fantasma le fuera útil al propio Gómez. La Corte Federal y de Casación despoja a Castro de su título de Presidente (los magistrados habían sido designados por él).

1909 es un año de equilibrios al borde del abismo. El historiador Francisco González Guinán funge, según confiesa en sus *Memorias*, de eminencia gris del general. A fin de allanarle el camino a Gómez, el Congreso reforma la Constitución en agosto para que el Presidente de la República sea elegido por los propios diputados y senadores, cuyo destino estaba en sus manos porque habían sido puestos allí por el desterrado. El periodo constitucional se reduce a cuatro años y deberá comenzar en 1910, con lo cual el general quedó ungido como Presidente provisional, pero con poderes extraordinarios, mientras llegaba el gran año del centenario de la Independencia, cuando entre las figuras estelares brilló como Ministro de Relaciones Exteriores justamen-

te uno de sus más conspicuos adversarios, el banquero Manuel Antonio Matos, jefe de la Revolución Libertadora.

Aquellos “poderes extraordinarios” no eran sino la abdicación del Congreso, y el reconocimiento de que diputados y senadores actuaban por gracia y favor de Gómez. Fue creado asimismo el Consejo de Gobierno, en donde Gómez concentró a los caudillos supervivientes, el cual fue llamado popularmente “el potrero” porque allí Gómez los reunía y alimentaba. La luna de miel le va abriendo al nuevo hombre de las circunstancias el camino del poder absoluto. Fatigado el país del estilo y de las pendencias de Castro, opta por darle a Gómez carta blanca y el general no se duerme. Quedó autorizado “para organizar el país política y administrativamente durante el interregno de la provisionalidad”. Dio los primeros pasos para “organizar el país” de modo que no se le saliera de las manos. Así, el año de *La Alborada* de 1909 no fue sino el inicio de una noche oscura y prolongada. Un paréntesis de libertad para que Castro fuera castigado y exorcizado su régimen. El 3 de junio de 1910 Gómez fue elegido Presidente Constitucional de la República para el periodo 1910-1914, sin reelección inmediata.

De 1911 al 14 se abre un periodo de apuestas silenciosas y batallas subterráneas. A ver quién se queda con el poder. En 1912 la situación ya tiene otros colores. Gómez persiste en su táctica del sube y baja de ministros, pero inesperadamente los rostros del gabinete resultan impensables. Para 1913 ya no había generales, sino civiles entre los miembros del consejo de ministros, y, sobre todo, intelectuales de prestigio como César Zumeta, Román Cárdenas, José Ladislao Andara, Felipe Guevara Rojas y Pedro Emilio Coll. Paralelamente, ya entonces el general es “Gómez Único”, y se prepara para la contienda final que libra con el cambio radical del Consejo de Gobierno, al cual eleva ahora, junto a viejos generales, a escritores de fama como el gran historiador José Gil Fortoul, a Francisco Tosta García y a políticos como Francisco Baptista Galindo. En 1913, Diógenes Escalante fundó *El Nuevo Diario*, y aunque nunca fue estridente como *El Constitucional* de Castro, cumplió un papel semejante hasta 1935, con directores como el propio Escalante y Laureano Vallenilla Lanz.

El último test de los sueños democráticos tuvo lugar ese año cuando desde las páginas de *El Pregonero*, el viejo periodista Rafael Arévalo González lanzó la candidatura presidencial (para 1914) del doctor Félix Montes. Fue evidente que el país (o los sectores que deciden en la sociedad), no querían a otro que no fuera Juan Vicente Gómez. Para impedir las elecciones se crea una crisis, el régimen suspende las garantías y el fantasma de Castro vuelve a balancearse sobre el horizonte. Castro, el “hombre sin patria”, fue retenido ilegalmente al llegar a Estados Unidos y confinado a Ellis Island, donde recibió el Año Nuevo en la soledad, siendo liberado el 7 de febrero de 1913.

El candidato presidencial Montes tuvo que huir del país y su promotor Arévalo González se convirtió en pionero de las lóbregas cárceles de Gómez. El general se fue de campaña (militar, no política), estableció sus cuarteles en Maracay, y dejó como encargado de la Presidencia al doctor José Gil Fortoul. Con el historiador en Miraflores, ingresó al gabinete otro gran escritor, Manuel Díaz Rodríguez, como Ministro de Relaciones Exteriores. Era el autor de *Ídolos rotos*, aquella singular novela que describió las escenas de horror de la llegada de los andinos al poder en 1899-1900 y uno de los escritores más admirados por los jóvenes de *La Alborada*. Con el ingreso de Pedro Manuel Arcaya al gabinete ministerial en 1915, y al mismo tiempo, con Vallenilla Lanz en la dirección de *El Nuevo Diario*, los escritores positivistas rodearon a Gómez, y Gómez se rodeó de ellos, siendo consagrado como el “gendarme necesario”.

Nunca las ironías de la historia habían sido más sardónicas: fue José Gil Fortoul, el autor de la *Historia Constitucional de Venezuela*, el letrado y gran viajero, el escritor de *Filosofía Constitucional*, quien presidió el proceso de desconocimiento de la Constitución y de la tramoya armada para que Gómez despejara su camino hacia la perpetuación en el poder, con la aprobación del inverosímil Estatuto Provisorio Constitucional que le dio paso poco después a la Constitución de 1914, la cual, entre otras conquistas para Gómez, consagró la reelección presidencial. El Congreso proclamó al general Gómez como Presidente Electo y Comandante en Jefe del Ejército, mientras designó al doctor Victorino Márquez Bustillos como Presidente provisional para que el general fuera eximido de los aburrimientos del poder. Gómez hace mutis y se

establece en Maracay. Vino la Primera Guerra Mundial, apareció el petróleo, y la gran alianza petróleo-poder se encargó de consagrar a Gómez como dueño y señor de Venezuela.

Este fue el epitafio de la luna de miel que comenzó en 1909.

El escritor de cuentos: 1913, *Los aventureros*

La clausura de *La Alborada* obligó a los jóvenes escritores a buscar otros ventanales por donde asomarse al país y al mundo. Gallegos se convierte en colaborador frecuente de *El Cojo Ilustrado*. En enero de 1910, la gran revista promueve su primera colaboración, el cuento “Las rosas”, al tiempo que advierte que “tenemos en cartera tres hermosos artículos” de Julio Planchart, González Rincones y Soubllette. Una especie de asilo literario. Sobre “Las rosas” escribió Lowell Dunham: “Era más bien la sórdida y lúgubre historia de un artista desilusionado que no ha logrado el propósito de crearse un nombre en Caracas. Estaba escrito bajo la señalada influencia de la escuela naturalista. Si bien el primero de enero de 1910 no nos da un anticipo del autor de *Doña Bárbara*, señala, de todos modos, su entrada en el campo de las obras de imaginación”. De entonces a febrero de 1915, Gallegos publicó en *El Cojo Ilustrado* siete cuentos, dos esbozos de novelas que tenía en la imaginación, y un ensayo político que contribuyó a consolidar su perfil de hombre de ideas.

En 1913 apareció el primer libro de Gallegos. Un libro de cuentos titulado *Los aventureros*, y en el pie de imprenta se lee: “Se terminó de imprimir en Caracas, el dos de enero de mil novecientos trece, en la Imprenta Bolívar”. O sea, que fueron los cuentos que Gallegos escribió entre los años 10 y 12, el año de su viaje a Barcelona, de su matrimonio, de su regreso a Caracas, de la muerte del padre, y de su ingreso como profesor y subdirector al Liceo Caracas. Un año de muchos ajetreos que indica cómo Gallegos sentía gran pasión por su obra y, paralelamente a los otros episodios, avanzaba en ella, incluso en los breves meses pasados en Anzoátegui, mientras escribía sus románticas cartas de amor a la señorita Arocha, con un estilo que nada tiene que ver con el de sus cuentos. Se dijo que allá escribió “El milagro del año”. *Los aventureros*, además del que le daba título al volumen, contenía “El apoyo”, “Estrellas sobre el barranco”, “La liberación”, “Las novias del men-

digo”, “Sol de antaño”, (el cuento “Las rosas” con nuevo nombre) y “El milagro del año”.

El cuento “Los aventureros” es como un manifiesto de lo que será la obra de Gallegos o como el preámbulo de lo que vendrá en el mundo de sus novelas. Es como una parodia de la historia venezolana: barbarie contra civilización, guerras civiles, asaltos al poder. En una montaña que da al mar por su vertiente opuesta, habitaba un cacique de nombre Matías Rosalira, a quien llamaban El Baquiano. Matías se erigió en el poder supremo de la montaña, metió en cintura a los otros caciques y les cobraba impuestos a los terratenientes. Tal fue su audacia que edificó su casa en el único lugar preciso que permitía el tránsito a todos los montañeses y la convirtió en alcabala. Matías consolidó su poder oponiéndose a la construcción del ferrocarril a través de la montaña, apelando a la violencia para sabotear el trabajo de los ingenieros.

Inesperadamente se aventuró a través de la montaña el doctor Jacinto Ávila, también llamado Avilita, en procura del gran cacique Rosalira. Arduo fue el viaje a lomo de incómoda “bestia alquilona”, pero coronado con fortuna. ¿Qué buscaba aquel Avilita, doctor en leyes? Pues, muy simple: una revolución. Retengamos la escena y el diálogo:

...Y Matías Rosalira se paseaba atusándose el bigote. Luego salió del rancho llegando hasta el borde del despeñadero, desde donde se veían, allá abajo: el peonaje del ferrocarril perforando la montaña y los campamentos de la tropa que protegían las obras bajo banderas extrañas.

—Pero, señor, es mi cuestión: por qué vamos a dejar que los musiúes se cojan la tierra de uno.

—Ahí tiene usted una bandera prestigiosa para una revolución.

—Ahora todos la han cogido con lo de la civilización; como si la civilización no pudiera andar sino en ferrocarril. Lo que pasará es que se morirán de hambre los pobrecitos arrieros, para que los musiúes se lleven todos sus riales pa su extranjero. ¡No digo una revolución!

—¿Por qué no la hace usted?

—¿Yo?

—Es el único que puede hacerla hoy.

—¡Ah!, imalaya!

No pierde tiempo Matías Rosalira y le pregunta al letrado que si, en serio, él cree que aquella “parada es tirable”. Para hacérselo comprender, el doctor en leyes comenzó por despertarle una ambición que hasta entonces no había tenido, escribe el cuentista, “...y lo hizo tan mañeramente que el caudillo no distinguía cuándo le hablaba de la Patria y cuándo del rico botín que le aguardaba en la aventura, y lo hizo con tal éxito que a poco rato no era posible saber quién inducía a quién”. Matías Rosalira tocó el cuerno de alarma y a su sonido los montañeses acudieron a su casa.

Así que estuvieron reunidos, Avilita, a nombre del general Matías Rosalira, les explicó el motivo de la convocatoria y les leyó la proclama de guerra, en la cual se mentaban las Instituciones, la Soberanía nacional, los fueros sagrados de la Patria y otras cosas más, altisonantes y arrebatadoras, que nunca habían oído nombrar los montañeses, a quienes, sin embargo, les pareció muy bueno todo.

—Muchachos, lo que les ha dicho el doctor es la pura verdad, y por eso yo los he convocado pa que nos alcemo contra el Gobierno, porque el Gobierno ha faltao a las leyes y nos quiere quitá la montaña de nosotros pa vendérsela a los musiués.

¡Abajo el ferrocarril! ¡Muera el Gobierno! ¡Muera los musiués! —gritaron entonces los amotinados, y con gran tumulto salieron al camino.

Los aventureros retrata las tantas y tantas revoluciones y guerras del siglo XIX, incluida la que en 1899 había traído a los andinos al poder, o las ocurridas durante el régimen de Castro. El cuento termina así:

Luego, armados ya los que no lo estaban y borrachos todos, se pusieron en marcha, apenas comenzaron a perfilarse sobre la incierta claridad albeir las recias siluetas del monte, y con esto comenzó la aventura.

Matías a la cabeza y a su lado el doctor Jacinto Ávila, ahora bien montado y convertido en respaldero intelectual del Caudillo, bajaba la horda por los senderos frágiles como un alud que nadie sabía adónde iría a parar, ni cuántos estragos haría, mientras en la noche remisa de las hondonadas los gallos desesperaban sus clarines en dianas triunfales.

De los siete cuentos, sólo “Los aventureros” abordó la historia política en este primer libro de Gallegos. Cuando se publicó poco después

en *El Cojo Ilustrado* se añadía al título “esbozo de novela”, lo cual no figuraba en el libro. La revista hizo esta advertencia, quizás no ajena al escritor:

Los más de los lectores encontrarán la narración trunca, pues el autor, después de lanzar sus aventureros a la guerra, los abandona al misterio... (...) Aunque bien pudiera ser que el cuentista no hubiera querido presentarnos sino un símbolo de las dos fuerzas contrarias que mueven el cuerpo social venezolano: la barbarie y la mala fe del ambicioso sin escrúpulos, representadas por el bandolero y el leguleyo; y la cultura y el progreso, representados por el ferrocarril que va penetrando en la montaña bárbara.

¿Fue el propio Gallegos el autor de esta nota que con tanta agudeza definía el denominador común de sus novelas por venir? Civilización contra barbarie: el desenlace de *Los aventureros* tomará tiempo, pero vendrá: Venezuela es esa montaña bárbara que Gallegos tratará de interrogar de manera obstinada como hombre y como escritor.

La revuelta del Círculo de Bellas Artes

Mientras Juan Vicente Gómez teje los nudos del poder, los intelectuales y los artistas buscan refugios propicios. Leoncio Martínez –escribió Enrique Planchart en *La pintura en Venezuela*– publicó una nota en *El Universal* el 1° de agosto de 1912 que encendió la llama, y antes de terminar el mes ya estaba fundado el Círculo de Bellas Artes. “La fundación de este centro es uno de los hechos más trascendentales en la historia de nuestra pintura”, anotó Planchart. En su biografía de Leo, Juan Carlos Palenzuela analiza aquel momento. Leo tiene apenas 24 años, pero percibe con certidumbre que deben romperse las cáscaras.

El Círculo fue una especie de revuelta contra la Academia de Bellas Artes: la conquista de pintar una modelo desnuda en lugar de imitaciones griegas de yeso. Leoncio Martínez dijo: “Buscando libre vuelo constituimos el Círculo de Bellas Artes sobre bases liberalísimas...” No sólo se trataba de liberarse de los yesos, también de la herencia heroica de don Martín Tovar y Tovar y de sus batallas artificiosamente geométricas, o, como dijo Picón Salas, de “la historia vestida de casaca”. “El Círculo de Bellas Artes –escribe Juan Carlos– es el primer gran movimiento de la plástica y de la cultura en Venezuela. Allí hay espacio

para todos los artistas... concentrados en su trabajo creador... (...) Aquí se forman personalidades para resistir los oscuros tiempos por venir, cuando la mínima actividad cultural será anulada". En el Círculo militan los que serán grandes nombres de la pintura y de las letras en la primera mitad del siglo. Entre ellos está Rómulo Gallegos. No es pintor, y, sin embargo, pinta como pocos. En sus cuentos y en sus novelas alienta el paisaje venezolano y de modo obsesivo el paisaje del Ávila que él conocía como las líneas de su mano.

En el Círculo está Manuel Cabré, el pintor del Ávila. Allí están Bernardo Monsanto, Próspero Martínez, Pablo W. Hernández, Marcelo Vidal, Armando Reverón, Rafael Monasterios, Federico Brandt y Luis Alfredo López Méndez, el más joven. Están Gallegos y Leo, que es dibujante y escritor, y el poeta Job Pim. Son pobres y el lugar donde se reúnen es costoso. Buscaron un local más modesto en Pagüita, pero en el barrio los vecinos se escandalizaron con unos jóvenes obscenos que entraban al salón con cartones y creyones a pintar a una mujer desnuda. Sospecharon que se trataba de una extraña secta y los denunciaron a la policía.

Así fue el final del gran Círculo de Bellas Artes. Llegó la policía y se llevó a la modelo y a algunos de los pintores. Entre ellos estaba Gallegos, pero quizás por no tener en sus manos los objetos del delito (cartones y pinturas) no fue hecho preso. El Círculo de Bellas Artes, de todos modos y sin un lugar que los congregara, siguió existiendo en la amistad y en el propósito común de artistas e intelectuales que atravesaron así la tempestad del gomecismo.

Una pequeña república subversiva



Rómulo Gallegos en la década de 1910

Vidas paralelas: el profesor Gallegos, 1912-1930

A partir de 1912, el joven Gallegos comparte sus afanes entre el profesorado y la escritura que nunca abandona. En un semanario ilustrado (de literatura, arte, ciencias, historia y variedades) llamado *La Revista*, dirigido un tiempo por Luis Alejandro Aguilar, administrado por P. Valery Rísquez y otro por Adriano Riera y Jesús Semprum, publicó sus cuentos “Un caso clínico”, “La Esfinge” y “El piano viejo”. De *La Revista* sólo sobreviven en la Hemeroteca Nacional dos números de 1915.

En ese mismo año 1915 Gallegos dramatizó su cuento barcelonés del mundo de los pescadores, “El milagro del año”, el cual fue presentado en el Teatro Caracas por la compañía Mendizábal-Ros. En 1923, “El piano viejo” fue reproducido por *Fantoches*. Lowell Dunham piensa que es el mejor de los cuentos de Gallegos; el biógrafo relata que en un momento, y en la redacción del semanario, José Rafael Pocaterra criticaba la calidad de los cuentos que por entonces se publicaban en Venezuela, pero expresó su entusiasmo y admiración sin reservas por “El piano viejo”. Tanto que exclamó ¡cuánto le habría gustado haberlo escrito!

Paralelamente Gallegos ejerce el profesorado, como subdirector entre 1912 y 1918; como subdirector de la Escuela Normal y, luego, de vuelta como director del Liceo Caracas entre 1922 y 1930. Refiere Juan Liscano que cuando el Ministro de Instrucción Pública le llevó el nom-

bramamiento a Gómez, el dictador le dijo: “Ese no es amigo mío, pero ya lo nombró y déjelo allí”. Entre otras materias, el escritor solía dictar las cátedras de Filosofía e Historia de la Filosofía. Ésta es una etapa fundamental de su vida, tanto por el magisterio que ejerce como por todo lo que escribe en esos años, incluida su gran *Doña Bárbara*. Algunos de sus discípulos lo describieron como huraño, de pocas amistades, “no estaba a gusto sino en la intimidad, ...entonces era expansivo, jovial y, en ocasiones, se dejaba arrastrar por gente joven a una juerga ruidosa. Lo que desvirtúa la leyenda (falso reflejo del hombre ríspido) de que Gallegos no se permitía en torno suyo el menor desvío de la más estricta austeridad”. Quien dibuja este perfil es uno de los discípulos más inteligentes y fieles de Gallegos, Isaac J. Pardo. Está entre los estudiantes de 1922; el autor de *Fuegos bajo el agua* dejó un testimonio invalorable de aquel momento:

Los no muy dóciles alumnos del Liceo Caracas estaban agazapados en cautelosa expectativa ante el rostro áspero, la voz fuerte y el gesto autoritario de un nuevo director con fama de literato y de experimentado profesor que irrumpía por 1922 en la acostumbrada algarabía del plantel. Las fuerzas habían de medirse cuando algunos audaces discutieron utilizar sulfuro de carbono en una de las aulas como instrumento de prueba. Se daban por seguras la desbandada general y la interrupción de las clases. Pero aun en los planes mejor trazados hay lugar para lo imprevisto. Sin alzar la voz, sin recriminaciones ni amenazas, pero con decisión y prontitud, el director hizo cerrar puertas y ventanas y sometió a sus agresores a cuarenta interminables minutos de tortura. Rómulo Gallegos había ganado la partida y su autoridad en el Liceo no sufriría ya provocaciones o desacatos mayores. La imagen que prevaleció entonces (el ceño amenazador y el carácter, como el rostro, todo aristas) fue la de un personaje casi intratable.

Más allá del rostro adusto que reclama respeto y la primera lección de disciplina que así dictaba, Isaac Pardo comenzó a intuir que detrás de aquella rigidez “estaba un hombre bondadoso y cordial, pronto a desbordarse por las vías de la emoción y del afecto”. Describe al director como un hombre marcado por la timidez. Sin negar la percepción del gran discípulo, es probable que Gallegos sintiera los apremios del tiempo. Escribía incesantemente, una novela tras otra, y nada mejor que la timidez o la aspereza para escapar de la banalidad que asalta a

los escritores. Tímido o áspero, quien le dedicaba al trabajo pedagógico diez horas al día, el resto de tiempo que dejara tanta fatiga era su tiempo de escritor.

El autor de *El hombre y la naturaleza en Rómulo Gallegos* fue otro de sus alumnos. Escritor de fino espíritu, a veces irónico y sutil, Felipe Masiani fue galleguista consecuente y sus textos tienen ese sello (y esa calidez) de la vinculación personal, y sin duda, de la admiración afectuosa. Quien con el tiempo fue un gran pedagogo y un político popular, Luis Beltrán Prieto Figueroa, fue también discípulo de Gallegos en los años 1925, 26 y 27, ya al final de sus días en el Liceo Caracas. Prieto estudiaba el tercero y cuarto año de Educación Secundaria. Gallegos dictaba las cátedras de Psicología y Filosofía para esos cursos, mientras en otros daba lecciones de Álgebra. “Es decir que combinaba la exactitud matemática con el conocimiento psicológico y filosófico que se abandonan a la interpretación los vuelos de la inteligencia y de la imaginación”, según el alumno. Prieto dibujó esta silueta donde coincide con Pardo y Massiani en la visión del rostro adusto y la comprensión inteligente del profesor:

Gallegos, director del Instituto, era un hombre huraño, de cara hosca, de modales reposados, de palabras fáciles, deseoso de impresionar a los alumnos que escuchaban sus lecciones o pedían sus consejos, por la actitud que asumía dentro del establecimiento. Para nosotros, los alumnos, Gallegos era un símbolo, el del maestro, que cumplía la tarea fundamental de formar juventudes, por tantos olvidada, porque del magisterio toman la parte adictiva de dictar lecciones sin adentrarse en cuanto a la función que dirigir significa para las nuevas promociones. Rómulo Gallegos a veces ahorra la sonrisa, acaso, con criterio de la época pensaba que para los jóvenes las personas que rien mucho no son gente respetable.

Cuando escuchábamos la palabra de Gallegos o sentíamos próximos sus pasos, silenciábamos todo ruido, toda forma de bullicio. Era el homenaje que los alumnos rendíamos al hombre en quien representábamos al maestro y al conductor. Cariñosamente le apodábamos, por su cara adusta, “el Chivo”. Algún compañero se colocaba en la puerta del aula cuando realizábamos actividades de esparcimiento, durante los recesos o cuando faltaba algún profesor, con el fin de que avisara la presencia de Gallegos. Un gesto o una palabra de ese compañero era suficiente para que no se oyera ni el ruido de una mosca.

En una conversación de los escritores Miguel Otero Silva y Juan Liscano con Gallegos, en vísperas de tomar posesión de la Presidencia de la República, y cuya versión fue reproducida años después por *El Nacional* (el 3 de agosto de 1964), se describe al Liceo Caracas como un secreto mundo subversivo. En parte fueron confesiones de Gallegos y, en parte, referencias de testigos o protagonistas. En aquel “espantoso marasmo” que era Venezuela, y Caracas en especial, la rebeldía parecía haberse refugiado en el Liceo Caracas, pequeña república sometida al asalto de una horda de indomables adolescentes:

Cada día Troya volvía a arder. Cada día los muchachos amotinados ampliaban el radio de sus expediciones de conquista y se posesionaban de nuevos territorios. Ayer había sido la invasión de las despensas vedadas. Hoy, de la mismísima Dirección. Aquellos bárbaros imponían su dominio sobre las venerables calvas de los ancianos del lugar. Volaban a pedradas los vidrios de almacenes adyacentes al Liceo. Desaparecían en los albañales las gafas de los profesores. Tocaba a rebato la campana destinada a anunciar severamente la entrada a clases. Estallaban en los pizarrones, como granadas de combate, los rojos tomates y las doradas naranjas. Irrumpía súbitamente en el recinto del Liceo, un combatiente cargado de trofeos –manos de cambur o melcochas succulentas– jadeante, desaforado, perseguido por una turba de dulceros o frutereros. Directores y profesores que todavía resistían, alcanzaban, a veces, a obtener una tregua en la contienda. Pero ésta era de corta duración. La tribu implacable volvería a tomar las armas en son de guerra. Era un país mandado por los jóvenes. Los rezagados defensores de la disciplina estaban a punto de capitular cuando advino el Pacificador.

Así encontró Gallegos el Liceo Caracas cuando regresó como director en 1922. El pacificador era el novelista. Al verlo entrar, uno de los estudiantes se adelantó y en tono zumbón le dijo: “–A sus órdenes, bachiller”. La respuesta fue relampagueante: “–Usted está expulsado del Liceo”. Y así fue como Pedro Julián, a quien sus amigos Otero y Liscano llamaron “Atila a pie”, egresó involuntariamente del Liceo Caracas. Al pacificador, no obstante, los estudiantes no se le rindieron de buenas a primeras. “Le adjudicaron un apodo caprípedo e hirsuto y se prepararon a la guerra total”. En el reportaje se describe cómo volaban frutas podridas, cómo estallaban triqui-traques debajo de los asientos, pintaban de improperios los pizarrones, y puestos un día de acuer-

do, todos exclamaron a una: ¡Temblor, temblor, temblor! Apareció el pacificador, inmutable, y les dijo: “¿Con que tenemos temblor?” Escrutó los rostros estudiantiles, no se equivocó, y les dijo: “-Usted...y usted, y ustedes dos...para afuera. ¡Salgan de la clase”.

Con carácter y discreción, Gallegos fue serenando aquellas aguas turbulentas, sin tampoco pretender que los estudiantes calcaran el mar muerto de la calle. Fue tan buen Liceo el Caracas y sus directores (Luis Espelozín, y, por último Rómulo Gallegos), y tan excelentes los educadores, que quienes salieron de sus aulas fueron los protagonistas estelares de 1928, los que se rebelaron, no contra el pacificador, sino contra Juan Vicente Gómez, y dominaron la política venezolana durante la segunda mitad del siglo XX. Retengamos algunos nombres: Raúl Leoni, Armando Zuloaga Blanco, Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva, Jóvito Villalba, Isaac J. Pardo, Felipe Massiani, Clemente Parparcén, Elías Toro, Inocente Palacios, Enrique García Maldonado, Rafael Vegas, Carlos Irazábal, Ricardo Razetti, Edmundo Fernández, Víctor Brito, Nelson Himiob, Antonio Anzola Carrillo, Simón Gómez Malaret, Enrique Fierro, José Tomás Jiménez Arráiz, Ramón Rojas Guardia, Miguel Acosta Saignes, Luis Beltrán Prieto Figueroa, y alguien al cual ninguno de los anteriores habría querido recordar: Germán Suárez Flamerich, Presidente de la Junta de Gobierno que los militares instalaron a la muerte del teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, en 1950.

Encuentros con la Esfinge

Hay en estos años un periodo clave en la vida literaria de Gallegos y es su paso, desde 1920, por la revista *Actualidades*. Fundada en 1917, su primer ejemplar circuló el 9 de septiembre, con un equipo integrado por Manuel Díaz Rodríguez, Andrés Mata, Eloy G. González, Jesús Semprum y Lino Sutil. A partir del 19 de mayo de 1918, con el N° 20, apareció como director el italiano Aldo Baroni. En septiembre de 1919 asumió como director (interino) Luis Correa. Ese año, Gallegos publicó siete cuentos en *Actualidades*: “Las Mengánez”, “El cuarto de enfrente”, “Alma aborigen”, “El paréntesis”, “La ciudad muerta”, “La encrucijada” (que sería uno de los capítulos de *El último Solar*), y “La muerte del justo”. Así fue escribiendo un conjunto extenso de relatos que le pagaban a razón de veinte bolívares. “A veces no le ocurría ninguna idea

hasta última hora”, le confió Gallegos a Dunham. De modo que tenía que escribir los cuentos con el reloj en la mano porque debían aparecer cada jueves, lloviera o relampagueara y, por lo general, relampagueaba la imaginación del escritor, aunque como anotó Dunham en un análisis pormenorizado de todos y cada uno de los cuentos, no todos lo eran; a veces resultaban ser más bien simples bosquejos o ideas de relatos o novelas. En todo caso, ejercicios de letras, y de la más urgente: “aver mantenencia”.

En 1920, Gallegos y Eduardo Coll le compraron *Actualidades* al editor Baroni, y Gallegos sustituyó al director del momento, Luis Correa. En el N° 16 del 19 de abril de 1920, en su editorial se anuncia que: “Por compra hecha a sus propietarios y fundadores, esta revista pasa a nuestras manos”... Dice que seguirían con la misma línea editorial, y se le hace un llamado especial a la mujer venezolana para que haga sus aportes a la revista, “cuya fina intelectualidad nos hará gracioso don para complacencia y regalo de nuestro lectores”.

Entre quienes escriben en la revista figuran Enrique Bernardo Núñez, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, J. T. Arreaza Calatrava, Agustín Avelado Urbaneja, Alfredo Arvelo Larriva, Luis Enrique Mármol y Augusto Mijares. Hay un paréntesis de cinco meses, y la revista reaparece el 10 de diciembre de 1921, con esta explicación: “Después de un receso de cinco meses, durante el cual se instaló y organizó el taller de fotograbado con cuya cooperación cuenta ahora la revista, *Actualidades* reanuda sus tareas periodísticas con un formato más amplio y un plan más cónsono con su índole de semanario gráfico”. Gallegos escribe un perfil del pintor Manuel Cabré, y los cuentos “El huésped”, “Ahí está ese hombre”, “La honra de Ño Grisanto”, “Tejadita”, “Noche de año nuevo” y “La iniciación”.

Los nuevos redactores decidieron dedicarle cada entrega de la revista a un estado de la República. La edición sobre el Estado Aragua le fue confiada a Gallegos, y como cuenta Dunham, “se dispuso que fuera a Maracay y de allí a Las Delicias, finca propiedad del general Juan Vicente Gómez. Allí conocería al general, a la sazón Presidente de Venezuela –si no de nombre, de hecho– y recogería color local para el reportaje”. Era secretario de Gómez el doctor Enrique Urdaneta Maya, y a su cargo estuvo gestionar la entrevista. Cuando Urdaneta hizo la

presentación, según el biógrafo, dijo: “El señor Gallegos acaba de llegar de Caracas. Muy inteligente y muy amigo”. Gómez estrechó la mano de Gallegos y se la sacudió diciendo “Mucho gusto”. Como Urdaneta Maya repitiera. “Muy inteligente y muy amigo”, Gómez, con su mano enguantada tomó nuevamente la mano del presentado y se la sacudió repitiendo: “Mucho gusto”. Así está referido por Dunham, quien obtuvo la versión del propio Gallegos:

A la mañana siguiente Gallegos apareció en Las Delicias para observar y tomar notas para su reportaje. Gómez y su comitiva estaban dentro del corral viendo el ordeño, conversando y oyendo los corridos que cantaban los peones. Gallegos prefirió permanecer afuera, alejado del grupo. Gómez tomó buena nota de esta actitud; era evidente que Gallegos no era amigo suyo.

Dunham añade que ese fue el primer contacto, pero que no sería el último, y ya se verá por qué: tuvo que volver en 1921. El biógrafo refiere que la revista atravesó ciertas dificultades, una de ellas porque en la edición dedicada al centenario de Carabobo, un relato escrito por Gabriel Espinosa perturbó u ofendió al clero. La revista fue clausurada “por orden superior”. Hechas ciertas gestiones ante el Arzobispo, éste les dio luz verde, siempre y cuando contaran con el asentimiento del general. Retengamos lo escrito por Dunham:

Gallegos hizo un viaje especial para ir a ver a Gómez en Maracay. Se unió al grupo de amigos personales y aduladores políticos que el general arrastraba en torno a sí, formando el acostumbrado semicírculo en Las Delicias. Como se sentara al final de la línea, saludó con una inclinación de cabeza al general Gómez, que le contestó en la misma forma. La conversación giraba en torno a los asuntos nacionales relativos al Banco de Venezuela. Para ilustrar determinado punto, Gómez señaló una planta de bugambilia que, al crecer, había cubierto casi totalmente un mango, y dijo: “Ya la trinitaria se le montó encima al mango y ya no se le apea más. Así soy yo”. Gómez siguió comentando la cuestión del banco; ni una sola vez miró hacia donde estaba Gallegos, pero éste comprendió el sentido oculto de la gráfica frase del viejo general. Actualidades pudo reemprender su publicación.

Desafortunadamente, la colección de Actualidades perteneciente a la Biblioteca Nacional está incompleta, y muchos de los ejemplares so-

brevivientes se hallan en gran estado de deterioro. Las ediciones especiales dedicadas a los estados no figuran. En el itinerario del escritor como editor aparece de pronto otra aventura: *La novela semanal*. Era de formato muy pequeño, apareció el 9 de septiembre de 1922, administrada por Henrique Chaumer, y en su primera entrega Gallegos publicó *Los inmigrantes*, una novela breve. Como ocurría con frecuencia, el enunciado de los propósitos, las promesas y las ambiciones pretendían conjurar la realidad, si la ignoraban. *La novela semanal* duró poco, pero quedó la declaración de principios que ya, en sí, vale como testimonio del tiempo y de la afirmación de las letras venezolanas, según la perspectiva y la comprensión de Gallegos:

La Novela Semanal inicia sus ediciones estimulada por el movimiento favorable del público lector hacia las obras de los escritores nacionales. Ya está naciendo entre nosotros el gusto por la literatura que refleja las modalidades de nuestra vida y tal predilección es augurio de un franco y vigoroso florecimiento de las letras patrias, que ya contaban con dignos representantes y se enriquecen ahora con la pléyade de escritores nuevos, en cuyos sólidos talentos y segura orientación artística se fundan legítimas esperanzas.

El editor de *La Novela Semanal* promete autores exclusivamente venezolanos, e indica que cuenta con la colaboración de muchos de ellos. De modo que las páginas de *La Novela Semanal* quedaban abiertas “para los buenos literatos venezolanos, no sólo para los que están ya consagrados por el éxito, sino también para los que comienzan y están en el número de los escogidos”. La nota equivalía a un manifiesto. En sus páginas escribió Julio Rosales su relato “Aires puros”, Julio Planchart, “Estos hombres de ahora”, y Henrique Soublette, “La Blanca”, con un texto que decía: “*La Novela Semanal* rinde con esta publicación un cariñoso homenaje a la memoria del malogrado escritor venezolano, cuya muerte en la flor de la edad restó a las letras patrias uno de los talentos más vigorosos y nobles”. Si la revista se rindió antes de lo esperado no fue por falta de escritores: una escasez de recursos que obligaba al escritor a ser su propio financista y editor. Gallegos sucumbió ante la tentación: *La Alborada*, *La Revista*, *Actualidades*, *La Novela Semanal*. Cuando no eran propias, buscó siempre la vinculación con revistas como *El Cojo Ilustrado* o el semanario *Fantoches*.

El mundo **imaginario**



Sentado en un caimán

1920, *El último Solar*

La primera novela de Gallegos apareció en Caracas con el nombre de *El último Solar*, dedicada a Julio Planchart, "con quien he compartido la emoción esencial de este libro". En el colofón se lee: "Este libro se acabó de imprimir en la Imprenta Bolívar, a cargo de Eduardo Coll Núñez, el 6 de enero de 1920". Según Dunham, fue escrita en 1913. Con "La rebelión", publicado en *La Lectura Semanal*, dirigida por José Rafael Pocaterra, el 30 de abril de 1922, y "Los inmigrantes", publicada en *La Novela Semanal* el 9 de septiembre del mismo año, el escritor clausuró su primer ciclo de ficciones, y a partir de entonces no volverá a escribir más cuentos.

A propósito de *Reinaldo Solar* escribió Mariano Picón-Salas en *Formación y proceso de la Literatura Venezolana* que la obra del novelista era como un inmenso caudal: "Con reflexiva paciencia y documentada ambición, Gallegos aspira a ceñir en sus novelas, en gran esfuerzo cíclico, toda la variedad de ambientes, paisajes y tipos de la tierra venezolana".

En El último Solar o Reinaldo Solar...un grupo de artistas y escritores que recuerdan a los de La Alborada, discuten en Caracas, y sin salir mucho más lejos, acerca de la aventura de su arte y la reforma de nuestro descompuesto país. Algo de lo que se sentía y se ha hablado en aquel momento en que los hombres de La Alborada -Gallegos, Soubllette,

González, Julio Planchart, Julio Rosales— tenían veinte años puede reconstruirse a través de las figuras juveniles y románticas, de un romanticismo social, de esa novela. Pero la realidad venezolana (ya lo dice *El Último Solar*) es muy diversa de la que aparece en los diálogos de aquellos intelectuales caraqueños. El héroe del libro que se llama Reinaldo, como para acentuar su estirpe caballeresca, cae de pronto en una revolución en el interior del país. Y la tierra dura y bravía, el reclamo de aquellos hombres enfermizos y famélicos que siguen la revolución, ¡cómo rectifica el plan utópico de los intelectuales! En el desengaño de sus sueños habrá de morir Reinaldo Solar.

Reinaldo Solar Allende tenía algo de cada uno de los cinco navegantes de *La Alborada*, como si el novelista hubiera armado con ellos un rompecabezas, pero predominaba la visión de Soubllette. Era hijo de Daniel Solar y de Ana Julia Allende, y nieto de un mantuano venido a menos:

El último de aquella esforzada legión fue Hermenegildo Solar, el abuelo. Perseguido por los odios políticos que la Guerra Federal había desatado contra el apellido mantuano, con él dejan de figurar los Solar en el Gobierno de la República y llegar hasta perder el rango principal que siempre tuvieron en la sociedad; pero la honra de la familia se salva incólume porque el viejo se aísla, lleno de altivez, y metiéndose en la hacienda, único resto de la cuantiosa fortuna de sus mayores, se consagra a restaurarla de la ruina en que se la dejaron el odio y la rapacidad de sus adversarios.

El último Solar es un retrato de Henrique Soubllette. Entre los primeros críticos de la novela aparece el fino y agudo Julio Horacio Rosales, quien escribe en *Actualidades*, el 18 de enero de 1920, quince días después de la aparición de la novela, un ensayo sobre “Gallegos y su último libro”. Un alborado escribe sobre otro alborado, ¿o dos sobre un tercero? Rosales conoce a fondo el estilo de Gallegos y, sobre todo, conoce al personaje Reinaldo Solar o Soubllette, y en su crítica hace observaciones que conviene retener. Sostiene que en la novela hay un solo personaje, y los demás son rápidos escorzos de Manuel Alcor (Salustio González Rincones) y de Antonio Menéndez (Julio Planchart), según Gallegos se lo confió a Lowell Dunham. Rosales escribió:

Sólo que, en esta novela, no hay, si se quiere, sino un solo personaje que está acabado, Reinaldo Solar. Los otros son más o menos anecdóticos y hasta caricaturescos algunos,

simples líneas traviesas y desfiguradas, que se salen del carácter literario del autor, del escritor serio; pero que aún así desentonan apenas, por ser una nota alígera y solazante en el hermético tejido de la obra novelesca. Tampoco resulta verdadero pecado, a mi ver, esto de dejar en boceto los personajes secundarios –y todos lo son, a excepción única del protagonista– porque yo pido para el artífice la libertad completa de cánones y recetas, la hegemonía personal del procedimiento, la original elección de los recursos y la libertad sincera en el modo de hacer, que no por esconder la mayor parte de sus aristas en el secreto no violado de la piedra inerte, son menos maravillosas esas figuras atrevidas de Rodin, nacidas a la plenitud de la emoción a medias con el hechizo de la vida condensada en líneas armoniosas.

Rosales se conmueve con el protagonista de la novela porque lo vio desfilar por la vida y porque desfiló a su lado. Era otro alborado, y el primero que, muy joven, abandonó el reino de este mundo. El que un día decide cambiar de rumbo y se entrega a la tierra en Los Mijaos, la hacienda del abuelo que sobrevivió a la tormenta federal, “ávido de empezar con el día la nueva vida que se había propuesto”. El crítico identifica su retrato, en tono de confesión:

Otro ascendiente tiene, especialmente para mí, la novela de Gallegos: ese personaje central, que no sé si a todos los lectores enternecerá con su lamentable fatalidad quijotesca, alentó tan de cerca, tan íntima y dolorosamente de cerca; y respira allí tan a lo vivo, tal como tuvimos la gracia de contemplarlo algunos, día por día, como un espectáculo trascendente, que basta a llenar por sí solo, con exclusión de todo otro elemento convencional o novelesco, el interés y finalidad de la obra. Gallegos ha ceñido con un empeño en que podía haber fracasado el interés de su novela, de no haber salido tan airoso su talento como de una prueba esforzada, al documento humano, siguiéndolo paso a paso, en toda su verdad, hasta en el orden natural de los acontecimientos de su modelo, que casi no ha creado, ni ha compuesto, sino que ha reconstruido y con sabia lógica y con agudo criterio ha hecho elocuente el personaje misterioso y malogrado que le dio motivo a su obra; puntualizando en cada uno de sus gestos el sentido trascendental de ellos; desvelando en cada una de sus acciones la significación moral de ellas y poniéndolo a vivir de nuevo, en medio a las circunstancias que lo rodearon, como un ejemplar sintético y definitivo del alma nacional.

Reinaldo Solar era la última rama de un árbol mantuano, heredero de las ruinas de una gran fortuna, para lo que eran las fortunas en esta tierra de gracia. Todo lo intentaba, todo lo dejaba a mitad de camino. Una de sus últimas promesas fue rescatar la hacienda de la familia, lo que escasamente les habían dejado las fogatas de la Federación, una hacienda en el valle de Caracas llamada “Vuelta abajo”. De ahí las primeras palabras de la novela: “Apenas comenzaban a perfilarse las cumbres avileñas en la luz de la albada, cuando Reinaldo estaba de pie, ávido de empezar con el día la nueva vida que se había propuesto”. Se trataba, si se quiere, del retorno a la naturaleza. “Era la teoría de Rousseau y de todos los escritores que recomiendan como una infalible terapéutica espiritual los puros gozos de la vida descendida al nivel primitivo”. Gallegos escribe como el profesor de Filosofía que era mientras redactaba la novela. De ahí su erudición: Kempis, Renán, Tolstoy, Rousseau, Nietzsche, Darwin, Byron, Goethe, Zolá. Para Julio Planchart, Reinaldo Solar “es la concentración de la ideología de *La Alborada*”. O, sea, *La Alborada* en novela.

Si bien Reinaldo se confiaba a la tierra y sus soledades, no abandonaba por eso el proyecto de novela, *Punta de raza*, que llevaba en sus cuernos. En *Reinaldo Solar*, Gallegos dibuja la vida intelectual de los jóvenes de *La Alborada*. Los escritores que leían y bajo cuyo influjo aparecieron en el mundo de las letras. Aceptemos, sin embargo, que sólo retrataba al último Solar; cada autor lo tiraba por un rumbo y todas las influencias se apoderaban de su espíritu. “Lee a Tolstoy, y la *Sonata a Kreutzer* lo vuelve misógino y nihilista; las páginas de *El Trabajo* lo hacen irse a la hacienda...”, “las de *El Hombre Libre* lo impulsan a poner en práctica el místico socialismo del gran apóstol ruso”. Mientras Rousseau lo desorienta, otros lo vuelven escéptico y ateo, y cae por fin en manos del energúmeno de Nietzsche. Darwin lo aleja del misticismo. “Cada libro nuevo le impuso un rumbo; en su perenne búsqueda de lo trascendental, cayó bajo todas las influencias”, tal como se lee en la novela.

Pero fue Resurrección la obra de Tolstoy que más lo impresionó. Un día anunció a su familia que pensaba repartir la porción de sus tierras entre los campesinos que las trabajaban, pues eran ellos sus legítimos propietarios. Al mismo tiempo púsose a recorrer

los prostíbulos de Caracas, en busca de una Máslowa criolla a quien redimir. En uno de ellos conoció a una muchacha llamada Vidalina, que se enamoró de él, locamente. Él la llamaba Vida y le decía cosas edificantes e inútiles, al cabo de las cuales ella saltaba a su cuello y lo besaba ruidosamente. Reinaldo jamás devolvía aquellos besos y en llegando a su casa, se daba en la cara fuertes restregaduras con agua de Colonia.

Quiso ser pintor, novelista, poeta, amante, editor, viajero, agricultor, fundador de una religión, líder civil. Afortunado con las mujeres, las cortejaba y dejaba a mitad de camino, como le sucedió con la bella mestiza América o con la pianista desconsolada, Rosaura Mendeville, tan bella como la Gioconda, a quien llevó al adulterio, y después no supo qué hacer con ella, luego de la seducción de la intérprete de Chopin y de Beethoven. Sucumbió a la utopía, fundó una Asociación Civilista (y apolítica) que los cínicos liquidaron antes de nacer. Reinaldo Solar terminó (negándose a sí mismo), como nadie lo había imaginado: como guerrillero sin destino, en compañía de bárbaros cuyos crímenes lo aterraron. Un Reinaldo borraba a otro Reinaldo. La novela se inicia con el alba y se cierra con el crepúsculo. Simplemente, el símbolo de la inconstancia del venezolano. En suma, la “fatalidad quijotesca” señalada por Julio Horacio Rosales.

1925. *La Trepadora*

Gallegos comparte sus afanes de conductor de la “pequeña república subversiva” que era el Liceo Caracas mientras persiste con sistematización en el universo de sus novelas. No habían transcurrido cuatro años cuando ya abordaba la segunda de sus obras, *La Trepadora*, editada por la Tipografía Mercantil en 1925. *La Trepadora* es una novela de amor y de odio, cuya trama fluye y cautiva. Dos figuras prevalecen: Hilario Guanipa y Victoria, su hija. Hilario es el hijo bastardo de don Julián del Casal y de una recogedora de café llamada Modesta Guanipa. La novela tiene tres partes: “El hombre de presa” (Hilario Guanipa), “La de la voluntad abolida” (Adelaida, su mujer), y “Victoria” (la hija bella, impetuosa y resuelta).

Como en *Reinaldo Solar* aquí también hay un mantuano, una gran hacienda, Cantarrana (salvada también de los estragos de la Guerra Federal), y una stirpe condenada a la desaparición: un heredero ta-

rambana, Jaime del Casal, en cuyas manos sucumbirá “Cantarrana”. El bastardo se casa con Adelaida Salcedo, mantuana caraqueña, sobrina de su padre, que se rinde a su primitivismo, y Guanipa se va apoderando de la heredad como la gran venganza, a través de medios no siempre lícitos, como el de utilizar al guerrillero Rosendo Zapata para que alejara a los recogedores de café, simulando un ataque. Hilario odia a uno y a otro, es una fuerza oscura que vence, pero de alguna manera bárbara ama a su mujer y ésta termina prevaleciendo. Cuando en un momento Guanipa tiene una explosión de ira, el novelista pregunta, ¿de dónde le vendría este odio? Gallegos escribe: “Sería tan difícil como explicar de qué punto del espacio sale el viento que se enfurece de pronto, trepa y grita en la loma y se precipita por las laderas y azota y descuaja la montaña y se va silbando ciego y loco”.

La hija Victoria tiene mucho de Guanipa y poco de del Casal, pero cuando se asoma al mundo aristocrático de Caracas, pasados los quince años, prefiere ponerse el nombre mantuano, el cual termina adquiriendo porque se enamora de Nicolás del Casal, hijo de Jaime, formado en Alemania, despojado de traumas familiares. Al final triunfan los tres. Quizás por esto, desde sus inicios, la crítica vio en *La Trepadora* una novela optimista. Esta percepción se debió al hecho de que el propio escritor varió el final violento de la novela: Hilario Guanipa moriría a manos del guerrillero Rosendo Zapata porque le cortejaba a su hija Florencia. Así lo reveló Gallegos en la dedicatoria al poeta Fernando Paz Castillo en la primera edición:

La Trepadora es ansia de mejoramiento y, por lo tanto, implica confianza en el porvenir. Hasta ahora nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero creo que ya es tiempo de amar y de confiar un poco.

El hábito pesimista me llevó a darle al boceto de esta novela una solución trágica... mas, por sobre mi voluntad consciente, la trama del asunto y el determinismo de los caracteres tendieron ellos solos, puede decirse, a la solución optimista.

Así, llena de alegría en Victoria y de sereno gozo en Adelaida, la Trepadora que brotó de la gleba y creció para ahogar cuanto se dejara aprisionar entre sus bejucos, termina adornando con un florido festón la aristocracia de la Casa Grande.

En 1926, Julio Planchart escribió extensamente sobre *La Trepadora* en un ensayo titulado “Reflexiones sobre novelas venezolanas”. Allí contó que como el menester pedagógico tiene un descanso anual, Gallegos se propuso escribir la novela en treinta días, pero sólo logró las primeras dos partes, pero ya enviadas éstas a la imprenta, se vio precisado a escribir la tercera con premura. Al señalar la amenidad de *La Trepadora*, el crítico observó que Gallegos atendía la advertencia de Voltaire: “Todos los géneros son buenos menos el fastidioso”. Planchart observó:

Ahora este novelista no busca el interés sólo por la acción, sabe conducirla moderadamente como autor cuidadoso de no extralimitarse de las lindes del arte; pero ella es siempre progresiva y a veces rápida como en la tercera parte de La Trepadora, novela en la cual siempre está pasando algo a punto de convertirse en tragedia. Parece que la contención ante el recurso dramático extremo no era el primer propósito del escritor, porque por el boceto mencionado en la dedicatoria a Paz Castillo, el desenlace hubiera sido la muerte del personaje principal, Hilario Guanipa, si el “determinismo de los caracteres” no impone solución distinta; esto es, que el escritor subordinó la acción a los caracteres y procura por ellos el interés del lector. La intención de realizar uno distinto en cada parte del libro está indicada por los títulos de ellas. “El hombre de presa”, “La de la voluntad abolida” y “Victoria”. Este último, nombre de una niña, simboliza al propio tiempo el triunfo del carácter de ella y del de la madre, sobre el del padre, hombre de presa, imperioso y terco.

Cuando Gallegos escribió su conferencia “La pura mujer sobre la tierra” (La Habana, 1949), la primera de sus mujeres que privilegió fue la “dulce Adelaida Salcedo, de *La Trepadora*”. “¿Será necesario que insista mucho para que se entienda, después de lo que se me ha oído, dónde fue que se me ocurrió el hallazgo de ella? Con tiernos recuerdos de la infancia le compuse la silenciosa dulzura”. Retengamos estos fragmentos de sus referencias a Adelaida:

Y ya está dicho que es mi criatura predilecta. Pero Adelaida fue el tipo de mujer de fina clase espiritual en quien se complacieron las modalidades sociales de una época de mi país. De nuestros países mejor dicho, entre ellos especialmente esta Cuba vuestra y nuestra, de la estrella solitaria, bajo la cual han encontrado doloridos corazones venezolanos iluminado sosiego. Tiempo cuando, por múltiples razones ya bien conocidas, no se

entendía mujer bien educada –aparte lo moral, esencialmente unido a lo religioso– sino como figura de adorno de casa adentro y salón de encuentros...

Y resultó lo que tenía que resultar: Victoria Guanipa. Y digo así porque soy optimista, porque creo en la eficacia de las hechuras de la vida, que todas pueden ser buenas si bien se las dirige. Victoria, producto de fuerza y de ternura, con voluntad de pelea para cuando fuere necesario darla, pero con disposición a sacrificio en las oportunidades de alma serena y confiada, no era un triunfo de los Guanipas trepadores y violentos, ni tampoco de los Salcedos de casa vieja y leyenda nobiliaria, más o menos auténtica, sino de imperecedera bondad acompañada de alegría.

No se me malogró, pues, tristemente, mi dulce Adelaida entre las manos garrudas de Hilario Guanipa, sino que, antes bien, éstas, de tanto oprimir y exprimir aquella ternura, olvidaron aspereza y aprendieron suavidad. (...) Yo no he querido hacer en La Trepadora un planteamiento de lucha de clases sociales, con partido tomado, sino una pintura de formación de pueblos, que puede realizarse con alegría si se procura con bondad.

1929, Doña Bárbara

A renglón seguido de sus nostalgias por Adelaida Salcedo, de sus confesiones autobiográficas de “La pura mujer sobre la tierra”, Gallegos relató la historia de la más grande de sus novelas y del proceso y circunstancias que lo condujeron a esa figura diabólica tan opuesta a la dulce señora de “Cantarrana”:

Pero ya viene por ahí Doña Bárbara, ceñuda, sombría. Trae crímenes a cuestras, dicese que anda asistida de poderes infernales y ya tiene entre ceja y ceja el mal propósito de devorar a Santos Luzardo, que acaba de saltar del bongo a tierra de “Altamira”.

¿Que de dónde saqué esta monstruosa criatura, que no es hombre, que no parece mujer, que debería ser abominable y, sin embargo, interesa y seduce? Voy a explicarles cuándo, dónde y cómo me la tropecé.

Sucedió el Domingo de Ramos de 1927. El escritor decidió irse esos días santos a los Llanos a ver el paisaje, la gente y las costumbres a fin de tomar notas para una novela que estaba escribiendo, y la cual desechó desde entonces. Estaba en San Fernando de Apure, y en la tertulia tomaba parte un señor Rodríguez y le refirió la historia de un abogado caraqueño que se fue a los Llanos a rescatar el hato de la familia, lográndolo al poco tiempo. “Pero como en toda vida hay horas men-

guadas” –continuó Rodríguez– ...”se descuidó con las primeras ganas que le dieron de saborear el aguardiente, no tardó mucho en entregarse a él por completo, olvidándose de todo”. Así surgió en Gallegos la imagen de Lorenzo Barquero, y cuando el relator le dijo que dos familias famosas llevaban a cabo la tradicional guerra llanera por linderos de tierras, Gallegos percibió la imagen de sus Barqueros matándose contra sus Luzardos. No era esto sólo lo que ya surgía en la mente del novelista, no eran los Llanos donde imperaba la barbarie sino en toda Venezuela sometida a una dictadura oprobiosa, epílogo de las guerras civiles. Rodríguez le da las claves. Gallegos lo refirió así en La Habana:

–Ha oído usted hablar de doña...

Es Rodríguez, que ya está presentándose a doña Bárbara. El secreto profesional me obliga a callarme el nombre de la mujerona auténtica de donde yo saqué mi apasionante copia; pero les doy palabra obligada a veracidad de que sólo fue hermosura atrayente lo que yo de cosecha le puse a la mujerona de “El Miedo”, codiciosa, supersticiosa, lujuriosa. La devoradora de hombres, la llanura bárbara ya en carnes apetecibles de mujer.

Eso y aquel comienzo de vida bárbaramente maltratada. Aquel amor de Asdrúbal frustrado por el crimen y aquel festín de doncellez, a orillas del Orinoco, lejos el bronco mugido de los raudales de Atures, cuando cantó el yacabó. Porque violencia sólo de violencia puede naturalmente provenir y odio implacable debe de tener origen en daño monstruoso sufrido.

¿Símbolo? Sí. De cuanto entonces era predominio de barbarie y de violencia en mi país. La codicia y la crueldad campando por sus fueros; el espaldero siniestro, y no uno, sino todo un ejército que otra función no tenía; los Mondragones expertísimos en trasladar los términos de “El Miedo”, “Altamira” adentro, y no tres solamente, sino congresos de ellos, que hacían ceder los principios ante el empuje de los apetitos arbitrarios y ponían las limitaciones de las leyes donde lo quisieran las ganas del poderoso; el Balbino Paiba bribón, el Mister Danger aprovechador; el Pernaleta autoritario y bruto y el infeliz Mujiquita, encargado de prestarle intelectualidad a todas las apetencias del jefe:

– Sí, mi General. Sí, mi General.

“Dantesca –dijo el novelista– era la pintura de círculos infernales que así me iba a quedar, ...con aquellos personajes en busca de autor”. No podía quedarse sólo con aquel Lorenzo Barquero, “devorado por el sensualismo de la hembra bárbara, codiciosa, supersticiosa, lujurioso-

sa...”, y, por eso, inventó a Santos Luzardo y a Marisela, las únicas figuras suyas de aquellos círculos diabólicos. En sus palabras, “la idea-voluntad civilizadora de la barbarie y el fruto inocente de los contubernios culpables, que no debía perderse también en el tremedal de las depravaciones”.

Doña Bárbara apareció en Barcelona, España, editada por Araluce, en febrero de 1929. Vale decir que Gallegos trabajó intensamente en su novela a partir de aquella Semana Santa de 1927 y, sobre todo, el año 1928, año de conmociones en la “pequeña república subversiva” que era el Liceo Caracas, porque gran parte de quienes habían estudiado en sus aulas, bajo la dirección de Gallegos, jóvenes de veinte años – Jovito Villalba, Rómulo Betancourt, Joaquín Gabaldón Márquez –, oradores fogosos de las jornadas de febrero, ya alumnos de la Universidad Central, acababan de ingresar a la historia por la puerta de su primera cárcel, rebelándose contra Juan Vicente Gómez, y muy poco después irían al destierro y a la política como destino.

En 1928 Gallegos volvió por segunda vez a Europa con su esposa; fueron a Bolonia, donde doña Teotiste fue operada de una rodilla. En 1926 habían hecho un primer viaje con similar propósito, pero la operación no se hizo porque su complejidad y sus costos disuadieron a los esposos. En aquella ocasión habían estado en España: Toledo, Arévalo, Ávila, Madrid, y luego pasaron mes y medio en París. Ahora estuvieron también en España porque les interesaba conversar con los editores de Araluce y, en mayo, la señora Gallegos fue operada en Bolonia.

Navegando hacia el viejo mundo, en la mitad del Atlántico, el inconforme novelista quiso echar al mar los originales de la novela, cuyo título era entonces *La Coronela*. Desconfiaba de esa versión, y en un momento de dudas quiso desprenderse de ella. Veamos la confesión del propio novelista sobre Doña Bárbara:

–Se titulaba entonces *La Coronela* y ya la tenía en las manos para arrojarla al mar, –quizás también debido a lo subconsciente de la fundamental incompatibilidad de mis letras con lo que de ejercicio de armas implicase ese título infeliz–; pero iba junto conmigo la compañera de mi vida para quien nada mío podía ser sino precioso objeto de su amoroso cuidado y me la quitó del arrebató de aborrecimiento.

Salvado así el manuscrito (según relató Lowell Dunham) durante la convalecencia de la esposa, el novelista trabajó intensamente los meses de junio, julio y agosto, revisó una y otra vez la trama, escribió tres versiones diferentes, y envió finalmente a sus editores la que más lo satisfizo, con el título famoso de *Doña Bárbara*. Así apareció el 15 de febrero de 1929 con el sello editorial de Araluce.

Gallegos adquirió gran fama con *Doña Bárbara*, y se consagró como uno de los grandes entre los escritores hispanoamericanos: *Doña Bárbara* fue declarada en Madrid la “mejor novela del mes” (septiembre) por un jurado integrado, entre otros, por Azorín, Gabriel Miró, Eduardo Gómez de Baquero, Pedro Saínz, Ricardo Baeza, José María Salaverría y Enrique Díez Canedo, figuras de gran relieve de las letras de España.

Sin embargo, la fama del escritor no había tenido en Venezuela los ecos que eran de suponer. Cuando regresó encontró un clima de reacciones encontradas. Hasta el general Gómez llegaron los rumores sobre el simbolismo de la novela que tanto ruido hacía en España y sobre la cual, extrañamente, guardaba silencio la prensa de Caracas y, particularmente, *El Nuevo Diario*. Una nota de Pedro Sotillo en *El Universal* y otra de Fernando Paz Castillo en la revista *Elite* dieron noticia de *Doña Bárbara*. A pesar del silencio, la gente la devoraba con deleite. El propio dictador hizo que su secretario, el doctor Rafael Requena, se la leyera. Ya entrada la noche, Requena propuso suspender la lectura hasta el día siguiente; pero el dictador, embebido en el relato, ordenó que se encendieran los faroles del auto y continuara la lectura. O al general le interesaba la trama, las diabluras de doña Bárbara terrófaga como él, o quería descubrir por sí mismo la alusión enemiga.

Al terminar, cuentan que el dictador dijo: “Eso no es contra mí, porque eso es muy bueno”. Y como aquello era muy bueno, el escritor tenía que “ser amigo”. Así, Gallegos sería acorralado. En la Venezuela de Gómez no se podía vivir ni siquiera como antes había vivido Cecilio Acosta. De esa manera, y con segunda intención, Gallegos fue nombrado senador por el Estado Apure. O, sea, senador por las tierras de doña Bárbara. Tenía que saltar la talanquera, como se dijo en el lenguaje de la época, alineándose con el dictador. Para evadir la asistencia al Senado, el escritor volvió a España en 1929, y regresó a fines de

julio, cuando ya el Congreso había clausurado sus sesiones. El círculo se estrechaba con rapidez. Dunham se hace eco de una versión según la cual el general Gómez quería hacerlo Presidente del Congreso, y luego Ministro de Educación. Eran los métodos del general. Quien no está conmigo está contra mí. A Gallegos le quedaba poco tiempo en Venezuela. 1929 fue un año de grandes tensiones políticas, el año del intento de invasión del “Falke”, suficiente para crear un ambiente de terror.

“Nombrado por Gómez –escribió Mariano Picón-Salas– Gallegos habría sido representante de doña Bárbara. Había sido padre y también discípulo de Santos Luzardo; agradeció y renunció ante el general y puso tierra y mar por medio hasta que el siniestro ‘Hato del Miedo’ se pudiera trocar en ‘Altamira’”. Venezuela era el hato de Gómez. Con lucidez y sensibilidad, el escritor dibujó en su ensayo “A veinte años de Doña Bárbara” (1949), la significación de la gran novela:

Con la fuerza de auténticos arquetipos en que viviera, dialécticamente, lo afirmativo y lo negativo del alma venezolana; lo que debía redimirse y lo que debía aprovecharse se yerguen así las figuras de Doña Bárbara. Ellas resumen: el valiente Carmelito, el rapaz Pernalete, el cobarde Mujiquita, el generoso Santos Luzardo, no sólo lo que era la vida nacional en tan duros años, sino hasta el nuevo destino que debería trazarse a la historia venidera. Sobre la inmensidad de su tierra, geómetra bajo la Vía Láctea, Santos Luzardo es el buen rumbeador. La fórmula de América, dentro del viejo y conflictivo problema que ya estudiara Sarmiento en su *Facundo*, no era tanto que el culto Santos Luzardo, con su flamante título universitario y en nombre de una presuntuosa civilización, impusiese su exclusivo y absorbente módulo a la vida llanera –la fórmula de todos los “despotismos ilustrados”–, sino tratara más bien de entenderla, mejorarla e incorporarla a su experiencia vital. Si Luzardo debe reeducar a tantos llaneros que se acostumbraron a la violencia y al abandono, el Llano también le reeduca por obra de viriles maestros como el viejo Melesio, el osado Carmelito o la centenaria sabiduría apodíctica que habla en la lengua invencionera de Pajarote.

“A tierra extraña donde goce las libertades de vivir”



Rómulo Gallegos y su esposa Teotiste
en su estancia española

Escala en Nueva York

Gallegos tiene 45 años. El viaje al extranjero cuando se sabe que no hay regreso es un salto al vacío. Interrogada, la rosa de los vientos enmudece. Contra esta incertidumbre, los Gallegos toman un barco en La Guaira el 4 de abril de 1931, rumbo a Nueva York. Fuere lo que fuere y lo que les deparase el porvenir, no tenían otra alternativa. La vida, al fin y al cabo, es una aventura. En todo caso, a él lo alienta secretamente la convicción de que ya, al menos fuera de su país, es un escritor de fama. Tiene tres novelas escritas, todas exitosas, más la última, considerada obra maestra. Sus cuadernos iban repletos de notas y nuevos proyectos. No había, por tanto, razones para temerle al mundo. No obstante, en el país de destino, se vivían tiempos aciagos, en medio de la Gran Depresión desatada por el *Crash* de la bolsa de 1929. ¿Un desempleado más, en medio de aquel panorama devastador? Nueva York sería, a lo sumo, una escala.

Al voltear sus ojos a la tierra roja y quemada, y al monte Ávila que miraba al mar, cuyas laderas y canchilones se sabía de memoria, Gallegos pensó en el país que dejaba atrás. Sintió alivio y respiró a fondo aquel aire de sal. Lo reconfortaba la certidumbre de las libertades de vivir. Se había cumplido el período constitucional, y todos los maquiavelos se interrogaban sobre los designios del general Gómez, y, sobre

todo, cuál sería la fórmula secreta que propondría para 1929-1936. Acabada de reformar la Constitución, su texto consagraba que, para este periodo, el Comandante en Jefe del Ejército Nacional y el Presidente de la República debían ejercer paralelamente las facultades ejecutivas.

Una comisión del Congreso viaja a Maracay a persuadir al general de que asuma la Presidencia. Pero Gómez se niega, con su habitual zamarería. Él no es más que un agricultor y "las energías que le quedan no son sino para hacer algo grande a favor de la Patria". Les aconseja elegir a otro ciudadano, eso sí, "el individuo que ustedes escojan tiene que obrar en todo sentido de acuerdo conmigo y de esa manera tendrá que marchar todo perfectamente bien". Muy ladinamente, casi les pide licencia para sugerirles el nombre de ese personaje. A poco ya se sabía que el dictador tenía ese nombre *in pectore*, y era el doctor Juan Bautista Pérez.

Sin embargo, elegido el doctor Pérez, no funcionó la dupleta Comandante en Jefe y Presidente de la República, y el Congreso destituyó a Pérez por instrucciones del propio Gómez. Fue acusado de incompetente frente a un país con muchas crisis. La disposición transitoria del poder bicéfalo fue anulada: el Congreso eligió al general Gómez como Comandante en Jefe y Presidente de la República con todas las atribuciones del poder, hasta 1936.

Entonces ocurrió la ruptura de Rómulo Gallegos y su denuncia de la situación; desde Nueva York, en un mensaje enviado el 24 de junio de 1931 al Presidente del Congreso. Obviamente, el escritor magnificó el episodio, porque no era grande la diferencia entre modificar la Constitución para crear los cargos paralelos a fin de que el Comandante en Jefe pudiera ejercer el suyo con igual o superior jerarquía que el Presidente, y ésta de poner en sus manos ambas posiciones, tratándose del mismo Juan Vicente Gómez. Pero en la primera ocasión, Gallegos no estaba debidamente preparado para abandonar el país; no obstante, y para evitar asistir a las sesiones del Congreso en 1929, volvió a España y allá estuvo hasta mediados de julio de 1930. Visiblemente, sus viajes tenían esa connotación política que se le fue haciendo cada vez más evidente al régimen. Cuando emprendió su viaje en abril de 1931 era difícil no imaginar que sería el viaje de la ruptura y que no habría, por el tiempo previsible, otra "vuelta a la patria".

Manhattan, 1931

En Manhattan, los Gallegos residieron en un apartamento de la calle 154 Oeste, entre Broadway y Amsterdam, en el barrio latino donde costumbres y gentes eran más amables y las nostalgias quizás menos insistentes. Vieron y compartieron los desastres de la Gran Depresión, campante entones en todo Estados Unidos, con miles y miles de desocupados que hacían largas colas para recibir un plato de sopa fría. En Nueva York está por ese tiempo la gran escritora chilena Gabriel Mistral; ella y Gallegos cultivan una amistad grata.

El escritor puertorriqueño Pedro Juan Labarthe, quien los presentó, refería alguna anécdota sobre el trato que el novelista le daba a la Mistral en su relación personal; a ella le extrañaba que Gallegos le dijera “doña”. Un día ella le preguntó: –“¿Y por qué me llama doña, doña Gabriela?” A lo cual respondió: –“Por el respeto y la admiración que le tengo”. Y ella: –“Entonces voy yo a llamarle a usted don Rómulo”. Y él: –“Bien. Llámeme como quiera”.

El cacharro y el ánfora

De los testimonios del año transcurrido en Manhattan quedó el texto de la conferencia “Las tierras de Dios” que Gallegos dictó en el Roerich Museum, el 1° de septiembre, invitado por la Federación Latinoamericana de Estudiantes. Esta extensa glosa se justifica porque es el primer texto de Gallegos en el exilio, una conferencia poco conocida, rescatada por el profesor Lowell Dunham y publicada en *Una posición en la vida*, en México, hace más de medio siglo.

Gallegos prometió que su conversación no se parecería en nada a una conferencia. Es un gran texto, en el cual el escritor se propuso la defensa del trópico y la defensa del individualismo. “...hay tierras donde todavía trabaja Dios y otras donde ya trabajan los hombres; tierras donde aún relampaguea la tormenta creadora y tierras donde ya sereno”. Había, por tanto, además de las de Dios, tierras satánicas también. La idea –dijo Gallegos– la tomaba de una expresión que poco antes le había oído a Gabriela Mistral, cuando ella le preguntó “si eran realmente mis tierras venezolanas tal como las he pintado en *Doña Bárbara*”. Gallegos dibujó este escorzo de su tierra venezolana, en respuesta a la amiga:

Tierras propicias al bárbaro brote, tierras que vuelcan el fondo del alma y abren la jaula a los pájaros negros de los torvos instintos; pero tierras recias, corajudas buenas también para el esfuerzo y para la hazaña. Tierras del hondo silencio virgen de voz humana de la soledad profunda, del paisaje majestuoso que se pierde de no ser contemplado como el agua de sus grandes ríos, de no ser navegadas, tierras de llano infinito donde el grito largo se convierte en copla, de selva tupida donde asusta el rajeo del pájaro salvaje y mete el corazón en un puño la campanada funeral del "yacabó", tierra de risco empinado y páramo solitario por donde hay que pasar en silencio para no despertar su furor.

No era de extrañar, por tanto, que de esas tierras hubieran surgido personajes como los que se apoderaron de su país. Gallegos completó su dibujo con la descripción de cómo habían aparecido sobre la tierra Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez:

Un día se desencadenó una tormenta sobre el páramo: viento, rayos y truenos dentro de una nube negra. El torbellino creador. De pronto se abrió la nube, pasó el torbellino y sobre el páramo quedaron de pie dos hombres flamantes. El uno, cetrino, simiesco, todo inquietud de sistema nervioso de deshechos; el otro, materia de alcornoque tallada a hachazos, zafio, zamarro, pacienzudo. Aquél, lascivia y crueldad; éste codicia y crueldad. El primero, con un dolmán azul, indumentaria de guerrillero y un pañuelo en la diestra saludante; el segundo, con un traje grotesco, a cuadros, paño burdo y de sastre aldeano, y un gallo de riña bajo el brazo. Cabalgaban dos mulas peludas, todos cuatro de la misma sustancia.

Se reconocieron, como partes de la misma broza caótica, y se saludaron:

—¡Ala, compadre Juan Vicente!

—¡Ala, compadre Cipriano!

—Vea, pues, ya estamos de por aquí.

—Sí, señor! Y para algo será.

—Mire, compadre. Allá abajo se ven ciudades. ¿Cómo le parece si cayéramos sobre ellas en son de guerra? Allá debe de haber mucha mujer bonita.

—¡Y mucha finca buena. Sí, señor!

—Pues vámonos de para allá,

—Busté alante, compadre.

Y fue como una avalancha del páramo, brote espontáneo de la tierra satánica.

Gallegos puso énfasis en su defensa del trópico. A pesar de las discrepancias y las críticas, confesaba que tenía fe, y sus palabras acentuaban un cierto desafío:

Tanta fe, que no vacilo en entonar el elogio del trópico, desafiando el desdén de los solsticios, con el mismo desdén con que el sol se detiene en ellos y les vuelve la espalda, dos veces por año. Pero no el de la zona geográfica que “al sol enamorado circunscribe el vago curso”; y donde “el ananás sazona su ambrosía” y “en urnas de coral cuaja la almendra que en la espumante jícara rebosa”, que con éstas y otras hermosas metáforas ya hizo este elogio mi Andrés Bello, –tuyo y mío, hermano de Chile–, sino el de la zona espiritual de lo tropical psicológico, que es, precisamente, lo más desacreditado allende los solsticios.

Gallegos contrapone el hombre de imaginación inflamable al de “las razas enfriadas que se les oponen inteligencia reflexiva y sentido”. Elogia a la imaginación que precede a los descubrimientos. Cuando a los latinos –dijo– se les reconoce que son imaginativos no se les otorga la facultad creadora, sino la menos útil y estimable de ellas: “la pirotecnia verbalista, el fuego fatuo del proyecto no realizado, la voluntad desparrramada por mil rumbos, la desgana de acción perseverante, la falta de espíritu práctico, y por todo esto, el no haber acertado todavía a procurarnos un bien positivo y estable”. Gallegos tomó como ejemplo la obra que entonces se emprendía en Nueva York, contra viento y marea, a pesar de la depresión desatada por el Crash de 1929: la construcción del Empire State, el rascacielos que seducía a los neoyorquinos y admiraban los extranjeros que como el novelista coincidieron con los inicios de sus trabajos. El día de San Patricio de 1930 se echaron las bases, y cuando Gallegos llegó a Manhattan en el 31, el furor de las máquinas atronaba a la ciudad. Era como un símbolo de la voluntad anglosajona de reaccionar contra la adversidad. Gallegos lo vio de manera muy cauta:

El Empire es grande. Grandioso. Dicen que en él cabrán cinco mil oficinas. Cinco mil moradas de afanes con sus correspondientes instrumentos de tortura para cinco mil mecanógrafas. Cinco mil bancarrota si continúa la crisis.

Pero, ¡Qué tonterías esta diciendo usted! –Replicará alguno. Esto no es argumentar, ni nada tiene que ver con esto el famoso rascacielos. Se trataba de demostrar que nuestras

virtudes son mejores. No, se trataba, simplemente; de defender nuestra modalidad. De decir que somos un hombre entre los hombres y con derecho al respeto del mundo, y si aludí al famoso rascacielos fue, primero: porque en la grandeza que él simboliza se sustenta el orgullo de quienes nos menosprecian, y luego: porque no deja de haber entre nosotros quienes piensen que no seremos grandes y felices mientras no tengamos rascacielos. Yo no soy de esta opinión y trataba de demostrar que, con todo y aquello de lo imaginativo, hemos hecho algo nuestro que no está del todo mal y que habríamos hecho más y mejor si no fuera porque...

Más allá de las historias, Gallegos abordó en el aparte titulado "El cacharro y el ánfora", su pensamiento sobre el individualismo del hombre del trópico. "A Platón le convenía afirmar –dijo– que el individuo no era sino apariencia y el Estado la única realidad; a Aristóteles le resultaba más cómodo sostener precisamente lo contrario. Y como a mí me sucede lo mismo, me quedo con Aristóteles". Reconoció que ese individualismo tropical estaba muy desprestigiado, pero tal circunstancia no lo amilanaba: "...me lanzo desde luego a afirmar que él es nuestra fuerza. Nuestra virtud. Nuestra esperanza. Así como suena, y con el perdón de ustedes".

Gallegos se remontó a la conquista de América para reforzar su elogio del individualismo. La conquista fue una empresa individual. O sea, que el individualismo existió antes de que existiéramos nosotros. No fue una organización española, dijo, "porque allá cojean del mismo pie y mucho más entonces" y habían sido españoles armados de fiero individualismo los que emprendieron la conquista y colonización del Nuevo Mundo:

Es Francisco Pizarro ambicioso, en la soledad del recio campo extremeño, todavía con la piara en torno suyo y ya vencedor de los Incas; es Vasco Núñez de Balboa alardoso, tomando posesión de todo un Océano; sólo porque ha hundido sus plantas, no más arriba de los tobillos, en las aguas que lamen la arena; es Lope de Aguirre, tratando de quien a quien a su rey en aquella famosa carta dirigida desde la isla de Margarita y que es la primera acta de la independencia americana; es la legión temeraria de aventureros hambreados a que hace mención Miguel de Cervantes en su obra genial, con aquellas áureas frases tuyas que lamento no poder citarlas textuales. Que no de otro modo, sino por personalísima expansión de la propia energía vital, se explica cómo un puñado de

hombres, “de ellos cojos, de ellos mancos”, cual dice Lope de Aguirre en su carta ya mencionada, hayan podido someter al pendón de Castilla todo un continente, habitado por una raza tan fiera de su autonomía como aún lo es el indio americano.

Pero lo admirable del caso es que todos aquellos hombres que acometieron la temeraria empresa porque ya no podían vivir en su patria, aun los más personalistas y hasta los francamente rebeldes, como Aguirre, adquirieron y mantuvieron en América como españoles y para España. Ya no era el caso del legionario, brazo de la formidable organización romana, que iba a vencer al bárbaro para conquistar a Roma el día del regreso triunfal, porque el conquistador de América o no regresó nunca a España, o allá no encontró sino indiferencia o cárceles, y ello porque el romano era y se sentía instrumento, más o menos ciego, de una organización, mientras que el español era Hernán Cortés o Francisco Pizarro, en sí y por sí mismo, y si conquistaba con y para el espíritu español, por no decir castellano, era porque en su individualidad estaba la España integral que creía en la Cruz y en la espada y él la suplantaba, totalmente, no simplemente la representaba, como el legionario a Roma.

Gallegos sostiene que la naturaleza no crea organizaciones sino individuos y que es una célula la que germina y se desarrolla, y es el instinto vital el que la hace viable. Da un ejemplo adicional de individualismo: el esfuerzo que él mismo hace en ese momento para que sus ideas sean aceptadas. “Por eso pensamos en voz alta, discurrimos y escribimos: No para que los demás se enteren, simplemente; ni para hacerles el favor (...) de sacarlos de una duda, sino para apoderarnos de ellos, para vivirles la vida suya”. En una palabra, para el escritor no somos sociales en el sentido de subordinación altruista del individuo a la sociedad sino, por el contrario, para subordinar ésta a nuestros fines personales.

De las reflexiones sobre América y España, Gallegos pasó a la historia de Venezuela e hizo observaciones que conviene retener por los personajes que trae a cuento y cómo los juzga:

Allá en Venezuela fue José Tomás Boves el verdadero caudillo de la españolidad. Puede que haya sido asturiano, como algunos opinan, porque otros sostienen que era venezolano oriundo de Maturín; pero de ninguna manera puede pensarse que Boves se levantó con los llaneros de Apure para defender al rey de España, porque si hay en nuestra historia dos hombres semejantes son José Tomás Boves y Lope de Aguirre. Españolísimos, sí. Pero:

—¡Quite usted allá! Qué rey ni qué ocho cuartos!

Y si no muere en Urica, contra él y no contra Bolívar hubiera tenido que ir la expedición de Morillo.

Y ya que nombré al Libertador. ¿Habrá existido en América otro caso de expansión de la personalidad tan formidable como el del Libertador Simón Bolívar? Yo creo que no hay nada comparable a la vehemencia de aquella naturaleza, ya no simplemente expansiva, sino más bien explosiva.

En pocas líneas, Gallegos traza un perfil vivaz de Bolívar, con sus luces y sus sombras; es, como Boves, otra manifestación de la fuerza individualista, el formidable instinto de expansión vital. Pero veamos la gran diferencia:

¿Lo mismo, entonces, que José Tomás Boves o que otro cualquiera tirano vulgar? Lo mismo, pero con una profunda diferencia: la forma del envase que contiene el líquido. El apetito desenfrenado de la bestia y el ideal del hombre superior; el burdo cacharro del alfarero bosquimano y el ánfora perfecta del armonioso artista helénico.

En Nueva York, ese año 1931, aparece *Doña Bárbara* en inglés, editada por Jonathan Cape and Harrison Smith. Bien valía la pena estar presente en el acontecimiento, y Gallegos disfrutó la ocasión. Se cuenta que en la gran metrópoli el novelista comenzó a escribir *Canaima*. A fines del 31 le fue ofrecida una cátedra en la Universidad de Columbia, pero la promesa le llegó cuando ya había decidido su viaje a España, para donde los Gallegos salieron en abril de 1932. Para ese momento, ya el Empire State se elevaba como el rascacielos más alto del mundo.

En las Españas **turbulentas**



Rómulo Gallegos con Andrés Iduarte

Cae un rey, cae un dictador

Cuando Gallegos llega a España, acababa de proclamarse la II República, había caído la dictadura del general Miguel Primo de Rivera y quedaba atrás el reinado de Alfonso XIII. El 14 de abril de 1931, España volvió a ser republicana. No son días de placidez sino de tempestades. Los años que van de 1931 a 1936 permitieron que brotaran a la superficie las enormes contradicciones de la sociedad española hasta el punto de demostrar que no se trataba de un país, sino de varios que, a lo largo de esos años, pugnaban encarnizadamente por el predominio del uno sobre el otro.

De un lado se proclamaba el fin del dominio oligárquico, un cambio social y económico radical, mientras del otro se resistía para preservar ese poder, con el respaldo del Ejército y de la mayoría de la Iglesia católica. Son los años de Gallegos en España. Cuando se disponga a regresar a Venezuela en 1936, a la muerte de Gómez, el aire que se respira es el de la preguerra civil que estallará ese mismo año, con una fuerza devastadora. Poco importaba que los asilados venezolanos, el escritor a la cabeza, se mantuvieran al margen: el clima español era igual para todos.

La oligarquía percibió que sólo el recurso de la violencia le permitiría retomar el control de la sociedad y del Estado. El 18 de julio, cuan-

do Gallegos ya esté en Caracas, los militares se levantarán en armas contra la República reformista y democrática, y le pondrán punto final al proceso en una guerra civil cruenta y brutal que se prolongará hasta 1939 con el triunfo del generalísimo Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco y Bahamonde, y el establecimiento de una dictadura feroz hasta su muerte, en 1975.

España no es apenas el mirador desde el cual se aprecia la tragedia de Europa, sino la tierra donde esa tragedia mundial tiene también sus raíces. Los años de Gallegos en España son los de una Europa en donde el paso de ganso de las huestes de Benito Mussolini y los soldados del Führer presagiaban tempestades.

Eran los tiempos en que Mussolini pretendía convertir a Stalin al fascismo, echar las bases de un nuevo Imperio Romano, mientras Hitler postulaba un dominio de mil años. La alianza desigual y diabólica entre el novelista de una novela anti-clerical y pornográfica (el Duce), cuya figura central era un cardenal lujurioso, y el más mediocre de los pintores dominicales (el Führer), ponía al mundo en jaque. Era el tiempo de los totalitarismos de todos los signos, el tiempo del desprecio y de la asfixia. Todos los exiliados venezolanos eran antifascistas, aunque algunos diferenciaban un totalitarismo del otro.

Uno de los exiliados venezolanos que compartieron aquella época con Gallegos fue Gonzalo Barrios. Cederle la palabra para describir la escena parece conveniente, como el testimonio personal de un político ilustrado:

Vivíamos todos sin embargo mucho más la política española que la venezolana. Los agitados debates de las Cortes; la presión de una prensa en constante ejercicio de excitación; la tumultuosa actividad de los sindicatos y, como telón de fondo, la tremenda contienda ideológica que se extendía por toda Europa en víspera de la gran catástrofe, no dejaban lugar para la indiferencia ni para la imparcialidad. Venezuela en cambio era un remoto y silvestre campo de concentración de donde llegaban pocas y tardías noticias y cuya gente parecía –porque aquello era más apariencia que realidad– vivir en un limbo sin ideas y sin inquietudes sociales que no fueran las provocadas y al mismo tiempo silenciadas por una opresión de fisonomía primitiva. Por eso la actividad política de los venezolanos exiliados en España consistía fundamentalmente en esperar, con esporádicos períodos de animación, que la tiranía madurara y cayera por su propio

peso. Así ocurrió en diciembre de 1935 con la muerte de Juan Vicente Gómez. Como compensación de tantos años de oscuro inmovilismo los desterrados en Madrid gozamos una experiencia común a todos los perseguidos del mundo: el júbilo incomparable que produce el fin de un despotismo.

Gallegos llegó a España con el renombre que le otorgaba el premio obtenido por *Doña Bárbara*. Sin embargo, y a pesar de sus tres novelas, los ingresos que le producían no eran suficientes para vivir. Logró un cargo como jefe de ventas de la *National Cash Register Company*. Los Gallegos vivieron, así, alternativamente en Barcelona y en Madrid, con temporadas en Galicia, a donde escapaban de los rigores del verano. En Barcelona estudiaban entonces Isaac J. Pardo y Rafael Vegas. El autor de *Fuegos bajo el agua*, en sus recuerdos de Gallegos, refiere cómo un día en Barcelona ambos fueron a visitar una exposición de Picasso, “donde se ofrecían los rostros de facciones desarticuladas en medio de violentos contrastes de colores, Rómulo dio un respingo y abandonó la exposición a zancadas”. Si se trataba del arte africano de Picasso, de “Las señoritas de Avignon”, por ejemplo, al admirador y amigo de Manuel Cabré (sobre quien escribió una bella página), debió sacudirlo aquel arte desafiante, y no lo disimuló. Sin embargo, en Madrid solía visitar el Museo del Prado y admirar a Velásquez y Goya, y cuando viajaba a Toledo, no dejaba de ver al Greco.

La casa de los Gallegos en Barcelona, Madrid o Galicia fue el centro de los desterrados que a ella acudían, transeúntes o no, entre los cuales estaban Gonzalo Barrios, Isaac J. Pardo, Rafael Vegas, Juan Oropesa, Nelson Himiob, Enrique García Maldonado, Raúl García Arocha, los Jiménez Arráiz, y el gallego Alberto Fernández Mezquita, viejo amigo del novelista. Más un joven venezolano de ingrata memoria, Carlos Delgado Chalbaud. A ellos se vinculó el escritor mexicano Andrés Iduarte. Éste escribió un breve libro, *Veinte años con Rómulo Gallegos*, que permite conocer más de cerca el mundo español del novelista.

Iduarte escribió sobre *Cantaclaro* y *Canaima*, y diversas notas sobre Gallegos, una carta (desde Nueva York, donde era profesor de literatura en Columbia University) cuando fue derrocado el novelista, así como un discurso en México con motivo de los 25 años de *Doña Bárbara* y los 70 del escritor. Sus notas contribuyen a la comprensión de la vida del

novelista en el exilio. Su texto “Rómulo Gallegos en España” es lo mejor y más completo que se haya escrito sobre esa etapa y sus protagonistas. Iduarte cuenta que conoció a Gallegos en Madrid, por 1933, en un soleado apartamento de la Casa de las Flores, en las calles de Hilarión Eslava. Pero fue en Galicia donde verdaderamente intimaron, como lo recordó Gallegos en México en 1954:

Nos conocimos sufriendo destierro tú y yo, nos acercamos la mutua intimidación, atormentada y dolorida, en la dulce Galicia pescadora y labradora de ría serena y frutosa huerta; oímos la canción andariega por los floridos senderos de monte abajo, hacia el marino remanso donde hubiese fondeado la barca del pescador que algo traería, o de cuesta arriba, a través de la serena soledad del pinar, con silbos de mirlo adornado el saudoso silencio, y a la tonada morriñosa del cantar marinero y campesino en la vieja lengua añoradora, le acercamos la nostalgia de tu México y mi Venezuela, para que nos la acariciara.

Alrededor de Gallegos confluían los desterrados y los radicados en Europa que visitaban España. Era como el punto de referencia. Estudiantes del mismo Madrid –cuenta Iduarte–, de Barcelona, París, Nueva York, unidos por el común denominador del exilio y de las prisiones; hombres maduros de tendencia liberal, familias enteras radicadas en el extranjero, y otras de paseo por Europa, etc. etc., desfilaban por la residencia de Gallegos. El novelista evadía sistemáticamente las tertulias literarias, a pesar de que tenía buenos amigos entre los escritores de España, como Gabriel Miró. Un día visitó a Ricardo Baeza y a Enrique Díez Canedo, integrantes del jurado que le otorgó el premio a *Doña Bárbara*. Se reencontró con Gabriela Mistral. Cuando algunos amigos intentaron presentarle a don Ramón del Valle Inclán que andaba cerca, Gallegos los desanimó diciéndoles muy lacónicamente: “Conozco sus libros”. Habría sido seductor, en todo caso, un diálogo entre los novelistas sobre *Tirano Banderas* y sobre *Doña Bárbara* tirana. El anecdotario indica a las claras que Gallegos era celoso con su tiempo, de modo que una lectura de capítulos inéditos de *Canaima* en la Sociedad de Escritores y de Artistas de Madrid, figura como algo digno de ser registrado, por lo excepcional.

Los cuatro años de la residencia de Gallegos en España fueron fecundos; cumplía con su menester de jefe de ventas de las máquinas regis-

tradoras que le permitía vivir con discreto confort, mientras el resto del tiempo lo dedicaba con disciplina y tesón a la escritura. En 1934, Araluce editó *Cantaclaro*, en 1935, *Canaima*; el novelista avanzó resueltamente en *Pobre Negro*, la novela sobre los borrascosos tiempos de la revolución federal que debió concluir antes de fin de año. “Cuando yo salí para Madrid en septiembre de 1935, dijo Iduarte, lo dejé de cabeza en *Pobre Negro*, pues se había marcado como plazo para terminarla el mes de diciembre”. Obviamente, poco o nada se dijo en Venezuela de las dos grandes novelas publicadas en España. En su país, Gallegos era un nombre prohibido.

Si Gómez no hubiera muerto por entonces, Gallegos se habría quedado en Galicia, según Iduarte, porque fue la región española que más amó, aun cuando en un momento pensó viajar a México. Solían decir que su pasión por esa tierra podía explicarse por sus dos apellidos, Gallegos y Freire, “del rastro de sangre galaica de que ellos hablan, así como de la suavidad del paisaje de las rías y de la dulzura de la gente...”. Allá pasó tres veranos. El escritor mexicano dejó esta página de la vida en Beluso:

Ocupaban una excelente casa del pueblo, de renta moderada y mucha comodidad, con terrazas a la espléndida ría, con patios y traspacios sombreados de robles –donde yo preparé un temido examen de Derecho Mercantil, mientras hurtaba y me comía fresquísimos huevos del gallinero que había instalado la señora Gallegos, con servicios higiénicos que eran la envidia y la tentación de los que no teníamos buen alojamiento. Beluso estaba a un kilómetro de Bueu, por camino pintoresco, que de noche se iluminaba con las olas plateadas que golpeaban las rocas. Nuestra sociedad diaria la hacían los pescadores y los obreros del pueblo que formaban las treinta familias que poblaban su única calle, a la orilla del mar.

Recuerdo sobre todo a Jesús Regueira, marinero viejo y diestro que había navegado por tierras lejanas y visitado grandes puertos cuyo nombre y lengua había olvidado –en Irlanda, en Inglaterra, en Noruega, en los Estados Unidos–, padre de una familia de muchachones y niños pobres, decididor y original, vecino mío y mi más querido amigo en la localidad, que llamaba a Rómulo “Don Rómbalo”, y así lo llamó siempre, sin enmienda posible; a José Torres o de la Torre, calafate que me rentó en el segundo verano los altos de su casa, en donde estudiaba yo a Humboldt y a Alamán en medio de las sacudidas y los ruidos del martillo y del torno, y de la lectura que en voz alta hacía José de los

“papeles” de Madrid y de Vigo; a Ángel o Pepe Estévez, dueño de la única tienda cantina donde los jóvenes nos reuníamos, que había corrido por el mundo, vivido en Buenos Aires y que, como buen indiano, no conocía Madrid. Otras caras rugosas, curtidas y amables, y otras estampas de pobre ropa y alma valiente y generosa, que nos contaban sus ásperas tareas diarias y que nos hacían magníficos relatos de las rías y de las islas de Cíes, Ons y Tambo, o sobre la pesca de la sardina y del bacalao en mares cercanos y lejanos, están también frente a mis ojos nostálgicos, como lo estarán también ante los de Gallegos y sus compañeros venezolanos.

1934, Cantaclaro

En 1934, la editorial Araluce presentó la cuarta novela de Gallegos: *Cantaclaro*. Fue una sensación. Como *Doña Bárbara*, ésta también transcurría en las inmensidades del Llano y, sin embargo, era absolutamente distinta. *Doña Bárbara* era el drama, la sordidez humana, la violencia y la muerte; *Cantaclaro* es la poesía, la mejor prosa venezolana de todos los tiempos y, en efecto, abre sus páginas como el gran poema sinfónico de la geografía y de la tierra:

La sabana arranca del pie de la cordillera andina, se extiende anchurosa, en silencio acompaña el curso pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan hacia el Orinoco, salta al otro lado de éste y en tristes planicies sembradas de rocas errátiles languidece y se entrega a la selva. Pero quien dice la sabana dice el caballo y la copla. La copla errante. Todos los caminos la oyeron pasar. Y mire que hay caminos en el llano. Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos, y a veces se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuestras. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro a la porfía de los cantadores alardosos.

*Desde el llano adentro vengo
tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado.
¿Quién se atreve a replicar?*

Cantaclaro es a *Doña Bárbara*, escribió Mariano Picón Salas, lo que la *Odisea* a la *Íliada*. “Cabal obra de estilo, la más hermosa que Gallegos haya escrito. El artista alcanzaba en ella su plenitud. Era el arte apolí-

neo después de la noche dionisiaca; uno de los libros que perdurablemente vivirán porque no se ha dicho sobre el alma rural venezolana nada más bello”, concluyó el ensayista. Es el mundo de Florentino Quitapesares, al que no le asustan los espantos si se le aparecen de noche, “pero si me salen de día todo el cuerpo se me descompone”. El mundo de las tierras donde “vagan en el limbo del silencio todas las palabras que van dejando por el camino los que viajan hablando a solas”. *Cantaclaro* es precursora del realismo mágico. Los que viajan de punteros con el ganado, cabresteando, son los que viajan más y menos. Y, ¿cómo así?

—Aguárdate. Ya te lo voy a explicar. Más, porque va mirando lo que después caminará y son como dos viajes; menos, porque quien sabe lo que falta para llegar al sesteadero no se lo anda preguntando, que es lo que cansa más, y porque como lleva el canto y el silbido, con ellos les va quitando a las jornadas los pedazos fastidiosos. ¡Qué les dicen así! Porque de mí te aseguro que no hay cosa más sabrosa que un camino largo por delante y en la sabana silenciosa, iese canto del cabrestero que se acuesta y se estira!

Un mundo fantasmal alienta en las páginas de y en los personajes de *Cantaclaro*. En primer lugar el propio Quitapesares; igual, Juan Crisóstomo Payara, el terrateniente civilizado, el de la guerra fugaz y el matrimonio desgraciado con Ángela Rosa, madre de Rosángela, concebida en un acto de amor con el enemigo de Payara, días antes del matrimonio, y Juan Crisóstomo se la cobró como se lee en “El corrido del ahorcado”, uno de los capítulos de mayor tensión de *Cantaclaro*. A ella, una vez que dio a luz, le colocó un veneno en la mesa de noche y así tuvieron fin quienes lo habían engañado. Los otros personajes tienen esas mismas dimensiones fantasmales, de algún modo testigos pero ajenos al drama, al desenlace final entre Rosángela y Florentino. Ellos son paradigmáticos: Juan el veguero, y el negro Juan Parao, el cuatrero más famoso, ahora “degenerado en caporal de sabana que trabajaba para otro”, caporal de Hato Viejo, pero cuya historia de hazañas sobrevive, magnificado, en las coplas de Florentino.

A Juan Parao, cuatrero, se le metió en la cabeza libertar a los esclavos de verdad verdad (no como lo había hecho Monagas), pero perdió el tiempo tratando de aprenderse de memoria una proclama, y entre

tanto se fue quedando solo porque dejó de robar ganado y sus hombres lo fueron abandonando. Le pregunta Florentino: ¿Para qué proclamas? y el negro le responde: “-Sí, catire. Pero yo quería hacé mis cosas con todas las reglas del arte. Como las hacía Napolión cuando las peleas de las pirámides”. Mientras Juan Parao ensayaba su proclama, los muchachos pensaron que se estaba volviendo loco, y comenzaron a dejarlo solo. Terminó en caporal el que quiso ser libertador de los esclavos, Juan Parao, “El del caballo jerrao / con el casquillo al revés, / pa que lo busquen po un lao / cuando por el otro se fue”. Cuando el Profeta que viene desde las tierras altas del Uribante anunciando el fin del mundo, porque ha llegado la “hora del apocalisi”, al grito de: “Llanero, no comas carne, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme”, Juan Parao desapareció de Hato Viejo y se fue detrás del Profeta. “Se lo llevó la sabana, que hacía días estaba llamándolo”.

Juan Liscano, ensayista y poeta, observó al igual que Picón-Salas las diferencias entre *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*. Todo lo que se ve en la primera sucede como si desfilara sobre un tablado, pero en *Cantaclaro* está rodeado de magia y suspenso. ¿Quién podía prever la llegada del Profeta, la desaparición repentina de Juan Parao? Esto pensaba Liscano:

En Cantaclaro las cosas parecen reflejadas dentro de un espejo. Doña Bárbara es acción, Cantaclaro es leyenda: la más hermosa fábula escrita sobre el llano de nunca y, por eso mismo, de siempre, tierra donde se puede aún porfiar con el Diablo que viaja en su bongo invisible pero rumoroso, donde se habla en versos, donde las palabras dichas en soledad vuelan y zumban en torno a los viajeros extraviados o íngrimos, donde los fantasmas salen del hombre vivo y vuelven a entrar en él, donde todo cobra una personificación singular, única. Obra tierna, lírica y mesiánica que se contrapone a Doña Bárbara como el estar despierto al estar soñando.

1935, *Canaima*

Gallegos presintió que estaba llegando al final su tiempo español, y por eso trabajó con obsesión. De *Cantaclaro* pasó a *Canaima*, y ese año de la verdadera alborada de 1935, apareció la gran novela editada por Araluce. En otras palabras, el novelista estaba listo para celebrar la muerte del dictador y regresar al país con una obra trascendente. Ga-

llegos no perdió un minuto en España, pues mientras las prensas imprimían *Canaima*, él avanzaba en la redacción de *Pobre Negro*. No es de descartar que entonces imaginara que, al retornar a Venezuela, otras tentaciones (las políticas) demandarían su tiempo, como efectivamente sucedió. Nadie, ningún escritor, fue ajeno a los apremios de la transición de la dictadura a la democracia.

A inicios de 1931, ya con la idea de viajar al exilio, Gallegos visitó Barlovento (para documentarse sobre *Pobre Negro*) y luego a Guayana para adentrarse en el mundo de la selva. El 15 de enero tomó un pequeño avión de la *Compagnie Général Aeropostale* que cubría la ruta Maracay-Ciudad Bolívar-Guasipati-Tumeremo, y desde Ciudad Bolívar exploró varias zonas de la región, indagando sobre la geografía y la gente. En su magnífico ensayo *Y Gallegos creó Canaima*, el escritor Manuel Alfredo Rodríguez investigó los pasos de Gallegos en Guayana, al prologar los borradores de la novela. Allí estuvo hasta el 9 de febrero.

“Más que una novela, *Canaima* parece un poema cosmogónico”, escribió Picón-Salas. Es la novela de un hombre llamado Marcos Vargas, centro de una trama de aventuras y violencias en medio de un paisaje imponente que Gallegos magnifica con su estilo singular y poderoso. Es la lucha del bien y del mal en desafíos de muerte. “Guayana de los aventureros”, donde Marcos Vargas es el “hombre macho” que se mide con otros no menos audaces o temerarios que él, pero a quienes termina venciendo, como los Ardavines, el Cholo Parima, personajes sordidos que dictan su propia ley y no conocen otra. Marcos Vargas termina desafiando al dios Canaima. “Contra Marcos Vargas –escribió Orlando Araujo–, el hombre que osa desafiarlo, Canaima envía la Tempestad, que se retira vencida por el hombre y por el árbol: envía a los hombres que son su hechura, y de nuevo aquel resulta vencedor”. Tampoco lo destruye la aventura del caucho ni la fiebre del oro. Es el combate sin fin entre Canaima, el dios malo, dios frenético, y Cajuña, el dios bueno, que se disputan la selva. El desafío toma otros ámbitos. Araujo describe así el duelo entre el dios malo y el hombre:

Entonces el dios lo ataca desde adentro. En los silencios misteriosos de la selva, cuando el espíritu se recoge en sí mismo y el hombre parece un árbol, Canaima invade el alma de

Marcos Vargas, se apodera de él y dirige sus acciones. Comienza aquel loco navegar por los ríos vertiginosos, en un constante desafío a la muerte; aquel ensimismamiento entre los árboles, hasta semejar él mismo uno más entre ellos. Es el Marcos Vargas de la leyenda, personaje de cuentos y aventuras en boca del pueblo. El Marcos Vargas real, vencido por Canaima, se sepulta en una tribu; y en un último esfuerzo contra el dios, que es también la postrera afirmación del hombre en esta lucha entre lo humano y lo salvaje, envía a su hijo a Gabriel Ureña para que éste lo haga civilizado. Marcos Vargas abriga la esperanza de que este hijo cumpla la misión que él equivocó.

Gallegos retrata de esta manera al dios maligno:

Es él quien ahuyenta las manadas de dantas, que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso; quien enciende de cólera los ojos como ascuas de la arañamona, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaima del veneno veloz, azuza el celo agresivo y el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva, y desencadena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos. Y fue él quien, bajo la forma de aquel extraño silencio que de pronto se había producido, se asomó aquella noche a la linde del bosque para conocer a Marcos Vargas, cuyo destino ya estaba en sus manos...

Existen diferentes maneras de leer *Canaima*. Entre mis preferencias está la de abordarlo como el gran geógrafo de Guayana, más allá de la anécdota o de la trama, de la novela misma. Como el escritor que conoce la selva por dentro, su zoología, los pájaros que vuelan hacia el mar cada amanecer. Como el estilista singular del capítulo de "La Tempestad". Como el hombre que navega imaginariamente todos sus ríos e interroga el cielo en los espejos coloreados de sus ríos. Como este canto al Orinoco y a las aguas que recorren extensas regiones venezolanas para agigantar su cauce:

¡Agua de monte a monte! ¡Agua para la sed insaciable de las bocas ardidas por el yodo y la sal! ¡Agua de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco!

Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron desde la remota Parima; de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acababan de brotar

por allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza, ya próximo al mar inevitable, el Orinoco se ensimisma en los anchos remansos de las bolinas del Delta para arreglar sus cuentas confusas, pues junto con las propias, que ya no eran muy limpias, trae revueltas las que le rindieron los ríos que fue encontrando a su paso. Rojas cuentas del Atabapo, como la sangre de los caucheros asesinados en sus riberas; turbias aguas del Caura, como las cuentas de los sarrapieros, a fin de que fuese riqueza de los fuertes el trabajo de los débiles por pobres y desamparados; negras y feas del Cunucunuma, que no es el único que así las entrega; verdes del Ventuari y del Inírida, que se las rindió el Guaviare; revueltas del Meta y del Apure, color de la piel del león; azules del Caroní, que ya había expiado sus culpas en los tumbos de los saltos y con las desgarraduras de los rápidos... Todas estaban allí cavilosas.

Cuando Marcos Vargas se interroga sobre los caminos y los ríos, sobre el gran laberinto de la selva, Gallegos los conoce como un viajero de muchos andares:

El curso de los grandes ríos de Guayana y la manera de pasar de unos a otros por el laberinto de sus afluentes, caños y arrastraderos que los entrelazan, las escasas vías transitables a través de bosques intrincados y sabanas desiertas, el incierto derrotero, ya sólo conocido por los indios y apenas indicado por el arestín que crece sobre los antiguos caminos fraileros para ir hasta Rionegro evitando los grandes raudales del Orinoco y todos los rumbos que los aborígenes saben tirar desde un extremo a otro de aquella inmensa región salvaje y cuáles de estos indios eran buenos gomeros, cuáles mañoqueros y en las riberas de qué ríos o cabeceras de qué caños habitaban. La geografía viva, aprendida a través de los relatos de los caucheros, mientras que para la muerta que podían enseñarle en la escuela, así como para todo lo que allí quisieran meterle en la cabeza, no demostraba interés alguno.

Escribiendo estas novelas venezolanas con obsesión, Cantaclaro, Canaima, Pobre Negro, como si contara el tiempo, Gallegos consideró cumplida su misión de escritor desterrado. Al amanecer de 1936, el novelista regresó a su país. Atrás dejaba España, la tierra grata que le había dado sombra amiga, en vísperas de perecer en una de las más brutales guerras civiles del siglo.

1936, la noche **quedó atrás**



Rómulo Gallegos en una
de sus intervenciones públicas

Juan Vicente Gómez, la muerte al fin

El 17 de diciembre de 1935, a las 11 y 45 minutos de la noche, murió en Maracay el general Juan Vicente Gómez, luego de 35 años en el poder, y a los 27 de haber establecido una dictadura personal que según la nota de *The New York Times* donde se reporta su muerte, marcó récord como el régimen personal más prolongado de América Latina. El *Times* fue generoso en espacio y en palabras con el general, a pesar de que no silenció la crueldad que había caracterizado su dilatado paso por el poder, como tampoco sus vastas riquezas. En una nota editorial del 19 de diciembre se lee:

En otro tiempo, el mundo lo habría llamado déspota, aunque un déspota muy trabajador, dejándolo de ese tamaño. Pero hoy en día oímos decir que la libertad es un concepto anticuado y que los resultados económicos son la única prueba de rectitud en el gobierno de los pueblos. Por lo tanto, es más difícil censurar a los Gómez. Las fuerzas armadas, el campo de concentración y el pelotón de fusilamiento están ganando reconocimiento en los más respetables rincones de la civilización como los principales medios de gobierno. El Gómez de Venezuela no actuó tan mal bajo estos nuevos pragmáticos patrones. Se mantuvo en el poder durante casi treinta años, lo cual parece ser la principal prueba de virtud en los regímenes autoritarios.

Los campos de concentración de Adolfo Hitler estaban ya a la vuelta de la esquina, pero *The New York Times* no los vislumbró. Para garantizar su dominio, se lee en la nota “Gen. Gómez dead; dictador 27 years”; el dictador estableció “uno de los más eficientes servicios de policía secreta en el mundo”. A esto añadió, se observa allí mismo, la más estricta censura contra la libertad de expresión:

Algunos años antes de su muerte fue reconocido como el segundo hombre más rico en América del Sur y el más grande de los latifundistas del continente. Su singular riqueza fue una de las acusaciones más graves que le hicieron sus enemigos; su riqueza, sin embargo, fue grandemente exagerada porque la había invertido en tierras que apenas tenían un valor ficticio, y eran más un compromiso que un bien por las inversiones que él persistía en hacer.

No obstante, lo que al *Times* le interesaba resaltar de manera especial era la política petrolera del general, y lo hizo en estos términos en otra nota del mismo día, “Gómez ruthless in his long rule”:

Uno de sus más grandes servicios prestados a su país fue la promulgación de sus leyes petroleras, leyes de incuestionable equidad, capaces de atraer hacia Venezuela centenas de millones de dólares de capital extranjero. (...) Virtualmente todas las ganancias obtenidas por el petróleo, Gómez las invirtió en la construcción de carreteras, hospitales, cuarteles, hoteles y escuelas.

Algo más mereció encomio en el recuento del *Times*, y fue la política exterior del general, “basada en relaciones armoniosas” con los poderosos de la tierra, marcando una abierta diferencia con las camorras internacionales de don Cipriano. Según el *Times*, la mayoría de las acusaciones más graves que se formulaban contra el dictador “eran invenciones de sus enemigos”.

A partir de la gravedad del dictador, a diferencia del diario de Nueva York, los periódicos venezolanos fueron armándose de gran cautela. *El Nuevo Diario*, órgano oficialista, guardó silencio durante todo el mes de noviembre y diciembre hasta la noticia de la muerte, al extremo de no darle cabida a noticias venezolanas, como si el país no fuera parte de este mundo. Quienes navegaban en *El Nuevo Diario* sabían que fatal-

mente irían a la tumba con el general, y el silencio fue su último tributo. Así sucedió.

Los desterrados no esperaban otro desenlace que la muerte del general. “En marzo de 1936, Rómulo Gallegos y un grupo que llamaremos de sus discípulos tomamos un barco en Barcelona, el barco que nos condujo a La Guaira”, según el testimonio de Gonzalo Barrios, uno de los viajeros. Así ocurrió el reencuentro con la tierra. El general Eleazar López Contreras ensayaba políticas de apertura y equilibrio desde la Presidencia de la República para capear los temporales de la transición entre los dos fuegos, el del gomecismo que no se daba por vencido, y el del país que estallaba en los entusiasmos de la libertad. Gallegos regresó a Venezuela rodeado de gran prestigio intelectual y de una respetabilidad política poco común. El Presidente López Contreras lo designó Ministro de Educación porque supuso que Gallegos tendría la influencia necesaria entre los partidos de izquierda que no habían tenido ni el historiador Caracciolo Parra Pérez ni ninguno de los otros que se consumieron en semanas o meses en el Ministerio más complejo del gabinete. No resultó así, y Gallegos lo comprendió sin tardanza, renunció al Ministerio, apenas tres meses después. Gonzalo Barrios describió la situación de una manera objetiva, con observaciones capitales sobre el desenlace y las posibilidades perdidas:

Salió entonces a la superficie el elemento de contradicción subyacente en las relaciones de Rómulo Gallegos con muchos de sus compañeros de exilio, que ganados muy infantilmente a la tesis revolucionaria, creyeron llegada la hora de plantear una crisis de fondo en busca de una alternativa al régimen lopecista. Tal fue la significación de la llamada huelga de junio que logró inicialmente un auge inesperado. Gallegos recibió del Presidente López la misión de mediar y ofrecer concesiones. Actuó con lealtad creyendo en el buen éxito de sus gestiones y me utilizó como emisario. Pero su gestión no obtuvo resultado alguno por la intransigencia sin asidero de los dirigentes de la huelga que ilusoriamente se imaginaban reeditando “los diez días que estremecieron al mundo”. El movimiento fracasó finalmente y también fracasó con él la colaboración de Rómulo Gallegos con los propósitos reformistas de López Contreras.

Se puede especular ahora sobre lo que hubiera ocurrido si Gallegos logra hacerse escuchar. Seguramente hubiera sido menos traumática la evolución de Venezuela hacia la democracia y probablemente nos hubiéramos evitado acontecimientos tales como la di-

solución de las fuerzas políticas progresistas y la famosa expedición del "Flandre", que a 47 de los antiguos exiliados nos condujo de nuevo a playas extrañas. Y tal vez también el 18 de octubre no hubiera entrado en la historia.

Como se trata de un episodio de connotaciones históricas, conviene consultar el testimonio del protagonista principal de la historia: el propio López Contreras, quien en *El triunfo de la verdad* refirió por qué invitó a Gallegos a participar en el Consejo de Ministros y por qué el escritor se vio precisado a renunciar. No dudo que Gallegos aceptaba la versión del Presidente, coincidente en líneas generales con la de Barrios.

No hay regreso a la Torre de marfil

Si la experiencia ministerial del escritor fue fugaz, no así lo fue la parlamentaria. Entre sus experiencias políticas de relieve debe anotarse el paso de Gallegos por el Congreso como diputado de Caracas entre 1937 y 1940 elegido por el Concejo Municipal, como era la norma de entonces.

Fue justamente en el Congreso, con motivo de su defensa de los partidos políticos, cuando la figura del Gallegos parlamentario conquistó relieve nacional con su discurso pronunciado el 30 de abril del 37, con motivo del debate sobre el decreto de disolución de los partidos de izquierda y la expulsión del país de 47 dirigentes democráticos. Amigo de muchos de los desterrados, compañeros algunos de su propio exilio español, pidió la rectificación de esa medida. Fue el primer parlamentario que cuestionó una decisión gubernamental en la era post-gomecista. Así habló el diputado Gallegos:

Pero, si es cierto que el remedio de las necesidades materiales constituye el vivir, como dijo el antiguo y ayer repitió el ciudadano Presidente, también es cierto que en las colectividades humanas no se puede proscribir ni postergar el pensar, porque entonces el vivir se convertiría en vegetar, y este pensar no se puede ventilar sino en el campo de las ideas políticas. Hay dos formas de violencia que hacen imposible el vivir. La violencia contra el cuerpo, necesidades insatisfechas, prisiones, torturas, vejámenes, y la violencia contra el espíritu, impedir la libre manifestación de la personalidad. Exhorto, pues, a la Cámara y especialmente a los diputados que forman la Comisión de Relaciones Interiores para que cuando estudien las razones aducidas por el Ministro en pro de las mencionadas medi-

das, se sitúen en un punto de vista humano. Yo, por encima de lo político, que considero accidental y transitorio, pongo lo humano, que es lo sustantivo y permanente.

Desde luego que sus exhortaciones cayeron en el vacío. Los 47 “culpables” fueron expulsados de Venezuela. El escritor expresó también: “Advierto que no soy político, y que la lucha política no me interesa, por lo contrario repugna a mi temperamento, más bien inspirado en normas de moderación conciliadora, pero la verdad es que el problema político está planteado tácitamente en esta Cámara”. Ese discurso de abril fue clave en el pensamiento de Gallegos y en la comprensión del periodo de transición, cuyas dificultades reconoció dentro del contexto de la historia venezolana. Este discurso proyectó la figura de Gallegos en la política y dio origen a su posterior protagonismo en la historia venezolana de los años por venir, dándole perfiles de figura presidencial.

Editados en dos volúmenes, sus discursos y papeles revelan a un parlamentario infatigable que no elude la toma de posiciones polémicas, pero siempre desde un tono de altura y reflexión. Dijo que no le interesaba que se le considerara “diputado de oposición”, ni siquiera “hombre de izquierda”; lo suyo era Venezuela y lo mejor para Venezuela. Estuvo entre los primeros en plantear en 1937 problemas ecológicos de la tierra venezolana. La reforma de la educación fue el tema que dominó su trabajo, cuestión más que obvia. Fue siempre la primera de sus prioridades. Pasión y sabiduría. Objetividad y experiencia.

Pidió el sufragio popular y abogó por una política petrolera nacionalista y por la “defensa de los principios de autodeterminación de los pueblos débiles y solidaridad con la democracia, mundialmente amenazada por el auge inquietante de los regímenes totalitarios y las dictaduras”.

Cuando se pretendió discutir una ley de prensa, en julio de 1937, dijo:

A nadie podrá sorprender que yo me adelante a tomar la palabra con motivo de esta ley... Soy de los hombres que están dispuestos a hacer siempre el debido sacrificio por tratar de que se conserve en el país la libre expresión del pensamiento, sin más limitaciones que las naturales y las legales; pero entiendo por legales aquellas que obedezcan a

leyes que estén de acuerdo con la naturaleza de las cosas y que no correspondan a un capricho o una arbitrariedad humana.

Cuando en 1937 el canciller Esteban Gil Borges solicitó al Congreso que Venezuela no se retirara de la Sociedad de las Naciones, contra una opinión reaccionaria prevaleciente, Gallegos respaldó la tesis del Canciller. Fueron derrotados. De la Sociedad de las Naciones dijo que era “una institución destinada a poner un freno a la violencia del fuerte contra el débil, y Venezuela es un país que, por su tradición y por sus sufrimientos internos, tiene que estar siempre representado donde haya algo que hacer en contra de la violencia del fuerte contra el débil”.

En 1938 se debatió el proyecto de ley de hidrocarburos presentado por el ministro Néstor Luis Pérez. Gallegos estuvo entre los pocos que defendieron al Ministro y a su ley contra el silencio de los diputados del Gobierno, más preocupados en no malquistarse con las compañías petroleras que en responder a los intereses de la nación. Al ministro Pérez le sucedió con López Contreras lo mismo que a Gumersindo Torres con Juan Vicente Gómez: salió del gabinete por las presiones de las compañías petroleras. Muy lejos estaba el diputado Gallegos de ser técnico petrolero, pero sus intervenciones sobre la “Ley de Hidrocarburos y demás minerales combustibles” demostraron, por una parte, su permanente vigilia de parlamentario, y, por la otra, que nunca estuvo en Babia.

Para una exploración del pensamiento político del escritor, sus discursos de parlamentario infatigable constituyen material de primer orden. Intervino siempre con independencia política, consultando lo que siempre juzgó como los intereses más sustanciales de la nación, manteniendo una consistencia que lo define como uno de los venezolanos que comprendía con mayor claridad las posibilidades y los riesgos de la transición de la dictadura a la democracia. Como diputado, Gallegos no fue un convidado de piedra: marcó pauta por su tolerancia, su tenacidad y su ejemplar capacidad de diálogo.

1937, Pobre Negro

Fueren cuales fueren los avatares y distracciones de la política, el novelista privilegió a toda costa su tarea de escritor. En 1937 apareció

su novela *Pobre Negro* que, como ya se vio, había trabajado en España luego de *Cantaclaro* y de *Canaima*. Es la novela de la Guerra Federal, de todo lo que no resolvió la Guerra de Independencia, los conflictos sociales, el rostro verdadero de aquella Venezuela turbulenta de la sexta década del siglo XIX.

Después del “tambor de la abolición” (como llamó un personaje de *Pobre Negro* al fin de la esclavitud en Venezuela), no todos los negros volvieron al trabajo, muchos se fueron a las montañas para disfrutar en la soledad de su verdadera libertad. “...Se internaron y se instalaron en los montes, aquí y allá, dando origen a la legión de brujos, adivinos y ensalmadores que pronto se hicieron famosos por todas partes”. Entre ellos estaba el negro Tapipa. Así se lee en la novela que Gallegos le dedicó al más depredador, sangriento e inútil de los conflictos del siglo XIX. Así está escrito en las páginas de *Pobre Negro*. En el capítulo “Los piélagos de Tapipa”, el negro brujo leía el futuro. Usaba la palabra “piélago” como una metáfora. Le explicaba al licenciado Céspedes que había distintas mares, la mar de las aguas (que veían allá abajo), y otra no menos turbulenta que era “la mar de los hombres”.

–“Lo que pasa, (le decía el negro Tapipa al licenciado), es que como estamos hundidos en el fondo de ella no la catamos de vé. ¡Sí, señor! Pero cuando uno se aboya en su superficie la domina toa, hasta sus playas más lejas...”.

Para Tapipa, la “mar era una república”. De pronto, el negro le confía al licenciado: “Escuche el piélago, don Cecilio. Dice que la guerra ya viene rozando por ahí. ¡Mala cosa cuando al hombre se le mete en la cabeza el tema de la candela!...¡La candela y la pólvora! Ese es el piélago más mayor de todos los que he escuchao acercarse”.

Los protagonistas de *Pobre Negro* hablaban en 1858, en vísperas de la gran fogata, de las más prolongada, destructora y sangrienta de las guerras civiles, la guerra de la Federación. Volvían los afanes de lo que Gallegos llamó la “Venezuela cuartel”. Aquella guerra se libró en un país cuya superficie (para ese momento) superaba el millón quinientos mil kilómetros cuadrados y su población era exactamente de un millón quinientos mil habitantes. Es decir que había un habitante por cada kilómetro cuadrado. Sin embargo, la guerra (según sus legatarios póstumos) se libró porque las masas carecían de tierras. Así está

escrito en las páginas de “la mar de los hombres” y en los misterios insondables de los “piélagos” de Tapipa.

A los pocos días de la aparición de la novela, Gallegos recibió una carta fechada el 23 de marzo, de un antiguo discípulo que ahora andaba “en la clandestinidad” y se daba el lujo de tutearlo, llamándolo “querido tocayo”. Le habla de las tareas de los diputados, y al final le confía:

Leí ya Pobre Negro. La visión de la guerra federal está magníficamente captada. Y desde un ángulo justo de apreciación, desde el punto de vista de lo social. De tus obras, esta es la que incorpora mejor al pueblo, como elemento activo de la trama. El tipo femenino me parece el mejor logrado por ti hasta ahora. Estas son observaciones de quien sabe poco de literatura y menos de crítica literaria. Soy apenas un observador emocionado ante la creación artística.

La carta termina así: “Saludos a Doña T. y un abrazo afectuoso para ti. R. B.”



Gallegos con López Contreras

1941, la “candidatura simbólica”



Rómulo Gallegos en la década de 1940

Don Quijote vuelve al camino

A los 57 años de edad, Rómulo Gallegos asumió una responsabilidad memorable. La tentación política volvió por sus fueros. En 1941 debía elegirse el segundo Presidente de Venezuela en la era post dictatorial, después de la transición de López Contreras, quien al recortarse su propio periodo constitucional (de siete a cinco años, algo inusual en la política), la precipitaba de alguna manera, pero manteniendo las redes del sistema: el Presidente sería elegido por el Congreso, y el Congreso estaba controlado por el Gran Elector, o sea, el Presidente de la República.

Dos episodios dramatizarán entonces el proceso: en primer lugar, el Presidente López Contreras propone la candidatura del Dr. Diógenes Escalante. Los viejos generales no se lo permiten. No bastaba que el candidato fuera tachirense, debía ser también militar. Así nació la candidatura del ministro Isaías Medina Angarita, y así nació también una malquerencia y unos antagonismos que se prolongarán en el tiempo y harán crisis en 1945, entre el Gran Elector y el elegido a regañadientes.

El otro episodio fue la candidatura llamada “simbólica” (con ironía o sin ella) de Gallegos. El escritor hizo una gran campaña, y por primera vez en el siglo un candidato presidencial tomaba la calle y recorría el país, celebrando grandes concentraciones, como si fuera el pueblo

quien lo iba a elegir. Era una ficción, desde luego. La ficción y el simbolismo ingenuo de 1941 resultaron explosivos en 1945. ¿Quién o quiénes en la oposición podían presentar otra vez un candidato “simbólico”? Con esos mismos procedimientos, el Congreso había “elegido” al general Gómez en 1931, al general López Contreras en 1936, al general Medina Angarita en 1941, y ocurriría lo mismo en 1945. O sea, veinte años después de la última “elección” de Juan Vicente Gómez.

La candidatura del escritor fue lanzada desde las tierras de Doña Bárbara. ¡Otro simbolismo! Gallegos pronunció cuatro grandes discursos en su campaña: el primero en Barquisimeto, el 23 de marzo; luego Caracas, el 5 de abril; Valencia, el 12; Maracaibo, el 13. En Barquisimeto dijo:

Estamos volviendo al camino recto que hace muchos y tristes años abandonamos por el atajo de la revuelta armada y si de ésta regresamos con el mal hábito adquirido de echar los ojos en torno, a la primera dificultad, buscando al jefe que nos dé la orden sin la cual no nos encontramos a nosotros mismos y por nosotros solos capaces de resistir y vencer, también es cierto que una gran porción incontaminada de esa colectividad está dispuesta a apurar, dentro de los severos límites de la ley, del respeto a los principios y a las personas, del orden y de la circunspección ciudadana, las inmensas posibilidades de esta experiencia cívica, grávida del porvenir de la Patria. No importa que seamos tantos y no cuantos. Somos los hombres dispuestos a que por nosotros no falle el decoro en esta página de nuestra historia.

Después de Barquisimeto vino Caracas. En una singular manifestación en el Nuevo Circo, Andrés Eloy Blanco presentó la candidatura del novelista. Con humorismo y agudeza, el poeta habló así:

Viene a consumir el más alto momento de su vida de pueblo; viene a redondear un gesto que será orgullo de los venezolanos de mañana; viene, en una palabra, a decir que ya está cosechado, porque, ajeno a todo interés perentorio, desprendido de todo designio de bienestar inmediato, convencido casi de que apunta la moneda de su voto a una baraja derrotada, viene a postular para la Presidencia de Venezuela a un hombre que no tiene otra cosa que un libro bajo el brazo. (...) Y el nombre del candidato que aquí venís a postular es, por sí solo, un emblema de integración, no sólo de Venezuela, sino del Continente, y aun más, del idioma.

Gallegos abordó los problemas nacionales y los internacionales, porque no debe olvidarse que se vivía en un mundo en guerra, y que la guerra no era ajena ni en lo material ni en lo ideológico. "Política de paz y neutralidad y rechazo de toda ingerencia extranjera en la decisión de los rumbos de nuestras relaciones internacionales". "Defensa de los principios de autodeterminación de los pueblos débiles y solidaridad con la democracia mundialmente amenazada por el auge inquietante de los regímenes totalitarios y las dictaduras". Estos fueron algunos de sus postulados del primer discurso de Barquisimeto. Gallegos formuló entonces su credo democrático, una vez que pronunció la palabra "dictadura", de esta manera:

Y ya he pronunciado la palabra que en mi boca no es recurso de oratoria política. Yo no concibo forma de existencia apetecible sino bajo climas de libertad y dignidad individual, de cabal desarrollo de la personalidad humana en plenitud de sus fueros, sólo posible dentro de un régimen democrático. Igualmente odiosas me son las dictaduras personales de los hombres de presa que por largos años ha sobrellevado Venezuela, desnudas de ideologías, puro apetito desenfrenado, como aquellas que hoy quieren implantar y extender por todo el mundo los partidos totalitarios, tanto los que predicán la lucha de clases prometiendo la dictadura del proletariado —que por otra parte no existe entre nosotros como clase económicamente definida ni políticamente organizable—, como las que nos reservarían el nazismo o el fascismo o como en otros países la den por llamarse y que hoy se esfuerzan en adueñarse del mundo. Yo estaré siempre al lado de los que luchan por el imperio de una democracia respetuosa de la individualidad y al mismo tiempo exigente de la obligación en que todo hombre está de contribuir, con su pensamiento y sus obras, al máximo de sus posibilidades, a que en la colectividad de que forma parte reinen el orden bien entendido y la justicia soberana.

En Carabobo, la tierra...

Gallegos analizó cuidadosamente los asuntos que debía abordar en cada una de las zonas geográficas, según su pertinencia y agudeza. En Valencia, por ejemplo, disertó sobre los problemas de la tenencia de la tierra desde la época colonial hasta Juan Vicente Gómez, pasando por los engaños y frustraciones de la Revolución Federal. No era sólo codicia lo que llevaba al dictador a acumular tierras: era también, o fundamentalmente, una razón política porque en "la propie-

dad de la tierra estaba la condición que hacía posible, de inmediato, la revuelta armada”.

...Y en el Zulia, el petróleo!

Dentro de ese esquema del mapa social venezolano, Gallegos planteó en el Zulia los problemas del petróleo. Las implicaciones para la soberanía del dominio extranjero sobre la industria, advirtiendo que no sería ni podía ser solución idónea “la tesis de la nacionalización inmediata del petróleo, tal como se hizo en México”, porque “carecemos de reservas propias de capital apto para ello y de red distribuidora y de todo el cúmulo de recursos técnicos y materiales requeridos para abordar siquiera la empresa de producir estatalmente los treinta millones de toneladas anuales que arrojan los pozos de la República”. Gallegos postuló la política petrolera en tales términos que el futuro le dio la razón. Veamos apenas un aspecto contemporáneo del asunto:

Pero quien dice petróleo dice guerra en puerta y de nada valdría que nos empeñáramos en cerrar los ojos ante ese cataclismo inminente, de donde por fuerza han de venirse al primer plano de nuestras preocupaciones con la situación internacional, sumamente crítica en estos momentos. Urge apurar todas las posibilidades de unidad latino-americana y de coordinación de un bloque de estas naciones con Estados Unidos, para asegurar contra toda agresión la defensa continental. A buen resguardo, naturalmente, la propia soberanía, que desde el momento del pacto no quede ya lesionada, como ocurriría si nos sobrecogiese nerviosismo entreguista o en desprevenidas manos estuviese la contratación trascendental, extremos de suspicacia infundados en estos momentos.

El desenlace

Si la candidatura de Gallegos fue “simbólica” por las peculiaridades del sistema, sin posibilidad alguna de victoria, puesto que al Presidente lo designaba el Congreso y al Congreso lo manipulaba quien detenía el Poder Ejecutivo, es decir, el hombre de Miraflores, no así lo fue su comparecencia de civilidad en la escena. Nunca tuvo precedentes en la historia política venezolana el hecho de que el candidato de la oposición iniciara su discurso de proclamación (en el Nuevo Circo de Caracas, el 5 de abril de 1941), con un elogio sin límites a quien estaba en el poder, estableciendo una clara y precisa diferenciación entre Juan

Vicente Gómez y el tercer Presidente tachirense del siglo, el general Eleazar López Contreras.

Es posible que López Contreras no hubiera recibido nunca un elogio mejor que el de Gallegos, en aquel preciso momento de transición. Gallegos pasa en su discurso de proclamación a su viejo alegato juvenil de los tiempos de *La Alborada*, sobre los riesgos de los hombres providenciales y sobre la temeridad de dejar el destino de los pueblos al azar. El novelista no se engañó en ningún momento, ni abrigó esperanzas vanas. Sabía de qué se trataba, simplemente de un ensayo pedagógico, de una lección por dar, de una demostración (contra viento y marea) de lo que podría ser un ejercicio ciudadano. Su candidatura fue llamada, con razón, "simbólica". No había otro término más preciso ni más elocuente. Así como había elogiado a López Contreras, Gallegos elogió también a su contendor, y le reconoció al general Medina "tendencias civilistas". Lo cual era cierto, y el novelista no escatimó reconocerlo. Elogió también, vale la pena retenerlo, las palabras de López Contreras en su último discurso en el poder, al abogar porque en 1946 el Presidente de la República fuera elegido directamente por el pueblo.

En aquel extraño momento de la política venezolana, ambos candidatos concurren el 21 de abril a la estación de la Radio Nacional para poner fin a la campaña. Ambos le hablaron al país. Gallegos, como advirtiendo el desenlace, criticó con discreción "la defectuosa forma indirecta, de tercer grado, que al respecto rige entre nosotros, como supervivencia de las componendas de la dictadura con la constitucionalidad encubridora...". No más. Y aludiendo a Medina Angarita, expresó:

Cerca de mí se encuentra en este momento el General Isaías Medina, candidato que conmigo comparte este campo de lucha electoral, cada uno en su posición bien definida, sin que esto impida el acuerdo en que estamos sobre la conveniencia de ponerle término a las campañas de propaganda ante el público por nuestras respectivas candidaturas, ni tampoco levante obstáculos a la personal cordialidad con que siempre nos hemos tratado. Ni él ni yo nos saldremos de nuestras líneas de conducta para entendimientos vituperables a espaldas de la opinión que respectivamente nos rodea y de este momento cordial entre dos hombres señalados por confianza pública y por lo tanto obligados a estricto cumplimiento del deber, no pueden hacerse comentarios maliciosos que tengan acogida en los espíritus que por la propia rectitud juzguen la ajena. De todos modos, no

rehuyo la obligación del entendimiento que a todos los venezolanos se nos impone en estas horas críticas.

Para una interpretación de los sucesos posteriores, los planteamientos formulados entonces por López Contreras tienen categoría de clave. En 1941, como quedó visto, al Presidente lo elegía el Congreso, y era el Gran Elector. Clausurada la campaña el 21 de abril, transcurrieron mayo, junio y julio, hasta que el 28 de ese julio de 1941 y en aquel Congreso de burócratas, donde no había incompatibilidad de funciones, y se podía ser empleado público, ministro, jefe de aduana y senador o diputado simultáneamente, el general Isaías Medina-Angarita fue elegido Presidente de Venezuela por 130 votos, en tanto que el novelista Rómulo Gallegos obtuvo apenas 13. En 1941, Gallegos hizo su campaña hablando en “tiempos imperfectos”; el candidato popular tuvo que cuidarse de decir “sería” por será, o “haría” por haré y, consciente de que aquello también era pedagógico, no sin malicia, dijo: “-Sería, y consiéntaseme que no diga será por aquello del sentido realista que todavía no he perdido...” Una cuestión de gramática.

Anticipándose a este desenlace, e interpretando la inequidad del sistema, al presentar su último mensaje presidencial al Congreso el 19 de abril, López expresó: “Soy el primero en reconocer que aún no hemos logrado llevar a la práctica todas las conquistas de la democracia”. No obstante –dijo– se había avanzado de modo tal que el camino estaba despejado. Estas fueron sus palabras: “...Hemos logrado, pues, una conciencia social preparada para la culminación de las prácticas democráticas, y estoy seguro de que continuando esa proyección del régimen que dejo establecido, lograremos llegar en un día no lejano a conquistas más amplias, en primer término a la instauración del voto directo para la elección del Primer Magistrado Nacional”.

Ese 19 de abril de 1941 sucede un hecho insólito en los anales políticos de Venezuela. Ambos candidatos presidenciales visitan al Presidente López en su residencia de “La Quebradita”, y los tres se abrazan en un gesto de amistad.

En *El Universal*, el propio Gallegos refirió el episodio:

Estuve en "La Quebradita" porque fui invitado por el General López Contreras y porque en anterior ocasión le había manifestado a éste, que el día en que cumpliera su palabra de entregar la Presidencia de la República al vencimiento de su período constitucional, me vería donde sus amigos estuvieren haciéndole la demostración de amistad y de aprecio que con ello se merecería, si de algo estoy orgulloso de mí mismo es de mi natural disposición a hacerle justicia a los hombres que se la merecen, sin ofuscamientos de pasiones y mucho menos de las pasiones políticas que en mi ánimo no tienen sitio.

Estando allí se me acercó el General Isaías Medina, de quien soy antiguo amigo y con quien siempre me he tratado cordialmente. Hay testigos de que fue el General Medina quien se me acercó –y esto habla bien de él– y me invitó a ir ambos a saludar al General López. De lo ocurrido allí no tendré nunca que avergonzarme, sino por lo contrario, motivo para estar satisfecho de mí mismo.



En Miraflores. De pie, el doctor Prieto Figueroa

La vuelta al mundo de las ficciones



María Félix, Doña Bárbara

La otra pasión: *Juan de la Calle*

Después de tan singulares aventuras, Gallegos regresa a su mundo de escritor, y a otra de sus pasiones: el cine. En 1941, funda “Estudios Ávila” en compañía de quienes compartían la afición por los documentales o los ensayos cinematográficos. Bajo la dirección de Rafael Rivero, quizás el de mayor prestigio entonces, se filmó *Juan de la Calle*. Gallegos tiene en mente el cine social. Eso es lo que intenta con este primer film. En los textos recogidos por Ricardo Tirado en *Memoria y notas del Cine venezolano 1897/ 1959*, abundan los elogios para *Juan de la Calle*, unos de admiración verdadera, otros nacidos de la ingenuidad de que ya estuviéramos en Venezuela en condiciones de emular a otros países latinoamericanos. Veamos cómo percibió uno de aquellos críticos al film y a su argumento:

No podía el talento novelístico de Gallegos ofrecer un argumento menos humano y menos venezolano que la historia de esos niños que marchan por las ciudades del país sin amparo de ningún género... (...) Los tipos que desfilan por las escenas de *Juan de la Calle* nos son todos conocidos; en la calle, en los relatos de la prensa, en medio del torbellino de descarrilamiento social que vive el mundo. Es, pues, un argumento nacional con proyecciones humanas que lo hacen universal. (...) Hay vida, hay poesía y hay amplia visión didáctica con proyección al futuro en ese argumento de Gallegos; por otra parte,

nos demuestra cómo el novelista del llano, enfoca por primera vez un aspecto de la gran ciudad, haciéndolo con éxito y con talento psicológico por excelencia...

Lo que más sedujo al comentarista fue la interpretación de los niños: “El conjunto infantil de la película sobresale por encima de los actores adultos. Rafael Bravo, “Morisqueta”, símbolo preciso, patente y cierto de la infancia, aquí y en cualquier lugar del mundo...” (Rafael Bravo tenía doce años). *Juan de la Calle* fue presentado simultáneamente en Caracas y Maracaibo. El diario *Panorama* escribió: “Film digno, patentizó la inquietud de Gallegos por explorar ambientes, tipos y problemas inéditos en el cine venezolano. *Juan de la Calle* intuía lo social de su tema. Sobre todo, encendió claras esperanzas sobre la imagen animada como recurso de expresión”.

Al parecer, uno de los primeros proyectos era llevar *Doña Bárbara* a la pantalla, algo más exigente de lo que se estaba en capacidad de acometer desde los “Estudios Ávila”. La realidad fue más convincente que la afición por el séptimo arte, y Gallegos comprendió que sus afanes estaban en el papel y en los propios fantasmas de su imaginación, donde no necesitaba ni de técnicas ni de capitales.

A partir de entonces, la relación de Gallegos con el cine será menos directa. Escribirá algún guión, pero sobre todo se afanará en la selección de artistas para que le dieran la mejor figura o aproximación a sus personajes, como sucedió con María Félix. Tiempo después, en 1945, Dolores del Río le escribió a su “muy querido y admirado amigo”, entusiasmada porque iba a interpretar *La Doncella*:

Desde hace algún tiempo he estado queriendo escribirle para felicitarlo por su admirable guión de La Doncella, también para expresarle mi gran alegría al saber que al fin voy a interpretar un personaje creado por usted. Todo el mundo sabe el trazo vigoroso y magnífico que usted acostumbra dar a sus personajes, pero en Juana se ha superado y quiero decirle que pondré todo mi esfuerzo, todo mi corazón en interpretar fielmente a su divina Doncella.

Gallegos se asoma a la península de La Guajira

También en 1941, tiempo de tan extraordinarios sucesos personales, Gallegos parece estar inventándose desafíos imprevistos o retomando agendas interrumpidas como la de dibujar en novelas el mapa de Vene-

zuela. Ahora, como antes a los Llanos, a Barlovento o la Guayana, el escritor viaja a las tierras de La Guajira. Ya tenía en la cabeza la novela de la región. Nadie con tantos privilegios para captar y retener ambientes, episodios y personajes como Gallegos. Le bastaba una ojeada, un relato fragmentario, una nota breve en el cuaderno. Esta excursión duró cuatro días; el novelista viajó en compañía de doña Teotiste, de Manuel Matos Romero, y del médico José Leonardo Fernández, hijo de “El Torito”, el gran cacique guajiro. De éste es el relato del viaje. Durante seis horas, según este relato, habló Gallegos con “El Torito”. Sobre las guerras guajiras, sobre el “blanqueo de las majayuras”, de los matrimonios y la forma de concertarlos cuando las jovencitas salían del “blanqueo”, de la Ley Guajira que es inexorable y que nadie osa violar so pena de perecer, de los grandes personajes de la península y de sus hazañas. Y el novelista incansable, imperturbable, escribía de manera incesante, mientras doña Teotiste, lo contemplaba alborozada y silenciosa.

A la orilla de la “Laguna del Pájaro”, en una amplia y polvorienta sabana, vio Gallegos por primera vez las carreras de caballos guajiros que le impresionaron profundamente porque los jinetes, exhibiendo una destreza superior a la que había presenciado en el Llano cuando buscaba imágenes para *Doña Bárbara*, cabalgaban sobre los briosos caballos, a pelo limpio. En el vivo relato del hijo de “El Torito” se asoman prácticamente todos los personajes que veremos en *Sobre la misma tierra*.

Atrapado por la tentación política

A partir de 1941 Gallegos estará definitivamente atrapado por la tentación política. 1941 no sólo fue el año de las grandes expectativas, sino el punto de partida de un proceso que transcurre entre luces y sombras. Es el tiempo de la II Guerra Mundial, de la política internacional democrática del Presidente Medina Angarita, de la seguridad del país petrolero puesta a prueba por los submarinos de Hitler en el mar Caribe, de la unanimidad antifascista del pueblo venezolano que hace de la guerra mundial una especie de luna de miel en la cual se postergan reformas perentorias.

La agenda de Gallegos en 1941 parece una montaña rusa: de los avatares de la candidatura presidencial al cine, a los “Estudios Ávila”, y a

Juan de la Calle; a su peregrinación por los desiertos de La Guajira y, como si todo esto fuera poco, el 13 de septiembre se funda el partido Acción Democrática, y Rómulo Gallegos será elegido, por unanimidad, como Presidente de su consejo ejecutivo; desde esa posición afrontará todas las tempestades más inimaginables y las expectativas más elementales como protagonista de primer orden hasta 1947, pero no abandonará el mundo de sus novelas.

1942, *El Forastero*

Gallegos escribió dos versiones de *El Forastero*, con la particularidad de que terminó publicando la segunda alrededor de veinte años después de la primera, en el 42. Como si fuera una novela distinta, y en muchos aspectos lo es, en 1980 la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar publicó la primera con la advertencia de “novela inédita”. El prólogo de esta versión fue escrito por José Santos Urriola, y ahí se lee la historia o las historias de *El Forastero*.

Entre quienes primero la revelaron estuvo Luis Beltrán Prieto Figueroa en *Apuntes de Psicología*, al abordar el tema de “La fantasía creadora”, donde describió “cómo tuvo Gallegos la primera concepción del relato y cómo elaboró dos versiones consecutivas de la novela”. Esta es la pequeña historia: en 1977, el profesor Enrique Planchart Rotundo, matemático de la USB, le suministró a José Santos Urriola una copia de la novela, la cual, a su vez, le había sido confiada a su padre, Enrique Planchart, por doña Teotiste Arocha de Gallegos porque, a sabiendas de las inconformidades del escritor, ella temió que la destruyera, y quiso ponerla a salvo.

Urriola refiere que cuando Gallegos fue entrevistado por un periodista de la revista *El Debate* de Madrid, en diciembre de 1931, le habló extensamente de la primera novela y de su trama, y cita las confidencias del novelista, pero resulta que, a la postre, vienen a ser novelas distintas, en suma. El crítico anotó, por su parte:

Otro asunto, otra fábula, otra anécdota, otra historia, como se prefiera llamarla. Otra novela... Aunque hay, claro, elementos comunes: el pueblo oprimido, los desmanes del tirano, el crimen impune y el despojo del río; el que un hombre honesto se alíe con el opresor y, quizás, la tragedia final. Pero las diferencias son de tanta monta que resultaría

ocioso analizarlas. En todo caso, aquí o allá, ha de encontrarse una denuncia contra la tiranía y una requisitoria contra el déspota. Algo cuya explicación pudiera buscarse en el contexto en que es concebida la obra, independientemente de los valores literarios de ésta.

La primera versión de *El Forastero* fue escrita en 1921, es la novela más política de Gallegos. El escritor observa que el protagonista, Parmenión Cunaguaro, “se parece física y espiritualmente a Gómez... hasta en las muletillas y los tics”. “Un Gómez, feo, miserable, cruel, rapaz, avaricioso, hipócrita... Como lo ve Gallegos, sin ninguna cualidad positiva”. De modo que entre las razones que alentaron a doña Teotiste a confiar a manos tan seguras como las de Enrique Planchart aquella novela no estaba sólo la salvación de los originales, sino la del propio escritor. En su admirable estudio del primer borrador de *El Forastero*, José Santos Urriola propuso una exhaustiva comparación de las dos versiones, y algo más: “Así como registrar cuánto deben Hilario Guani-pa y Doña Bárbara a Guaviare; Juan Primito a Zaperoco; Melquíades el Brujeador a Comemuerto, y Ño Pernaleta a Parmenión Cunaguaro”. El crítico concluye con estas inteligentes observaciones:

De otro lado, parece indispensable que los estudiosos del hecho político se ocupen de indagar sobre la influencia de Gallegos en el acontecer público de Venezuela. No basta con determinar los contenidos ideológicos en sus novelas, lo que por lo demás se ha intentado con mayor o menor acierto. Hay que investigar seria y desapasionadamente hasta dónde cala esa ideología en la imaginación, el pensar, el sentimiento y la acción de los destinatarios, de esos a quienes Gallegos quería afectar con el hecho de comunicación planteado en sus relatos. He allí, pues, una incitante tarea para los politólogos, que seguramente esclarecería más de un aspecto de nuestra historia contemporánea, cuando la pequeña burguesía se incorpora, primero tímida y después masivamente, a la lucha ciudadana. A lo mejor así se comprueba que el fundamento ideológico de muchos de nuestros dirigentes de los últimos cincuenta años –y no por cierto los de un solo partido– descansa casi exclusivamente en las novelas de Rómulo Gallegos.

En esta primera versión de *El Forastero* abundan las claves políticas. Hay, por ejemplo, un capítulo donde Gallegos ironiza al historiador José Gil Fortoul, y a su discurso como Presidente del Congreso (circa 1914), donde llamó a Gómez el “hombre bueno y fuerte”. Así, justa-

mente, se titula el capítulo de la novela: “El gran hombre bueno y fuerte”. Allí se lee:

Había en El Portillo un escritor de grandes vuelos que redactaba un periódico llamado La Época. Sus lecturas favoritas eran El Leviathan, de Hobbes y El Príncipe, de Maquiavelo, y de ellas había sacado, por aquellos días, una teoría política que expuso en un artículo titulado “El hombre bueno y fuerte”. La tesis era ésta: para lograr la tranquilidad y bienestar públicos hay que renunciar a todo lo que sea espíritu de libertad, de derecho y de justicia y colocarse en un estado de sumisión absoluta bajo un jefe absoluto.

A leguas se descubría que “el hombre bueno y fuerte”, o el “jefe nato”, como también lo llamaba el publicista, era el General Parmenión Cunaguaro, sostenedor de La Época y de los otros vicios y miserias de su redactor....

La versión de *El Forastero* que Gallegos publicó en 1942 no satisfizo, como novela, a uno de sus críticos más consecuentes, el alemán Ulrich Leo, para quien más que novela era un ensayo político. Así dijo: “Leído como ensayo, se podría subtitular *El Forastero* con una denominación de prestigioso sabor medieval y renacentista: “Espejo de déspotas”. Se piensa en Machiavelli, por un lado, en el Conde Castiglione y en Gracián, por el otro, clásicos de la política interna y de las costumbres mundanas”. Leo proponía que en vez de novela se le llamara ensayo, y de tal manera *El Forastero* adquiriría entidad de alto rango: “Ensayo de psicología del despotismo, comenzando por el déspota de cien por ciento, brutal y omnipotente...” Arbitrariedades de crítico, ¿quizás?

Orlando Araujo considera que *El Forastero* es una novela “experimentalmente política... Aquí Gallegos ensaya una técnica distinta a la de sus novelas anteriores: introduce en un pueblo dormido (...) a un forastero inquietante que atrae el halo sugestivo de una revolución lejana y cuya sola presencia y misterio promueve, en espiral, todo un proceso conspirativo que despierta a la comunidad y le va dando conciencia de su fuerza colectiva”. En suma, preferiremos la aproximación de José Santos Urriola: leer ambas novelas y decidir uno mismo, teniendo presente que durante décadas pocos se enteraron de la existencia de una primera versión escrita veinte años antes, y si se enteraron no la conocieron.

1943, *Sobre la misma tierra*

Con *Sobre la misma tierra*, Gallegos cerró el ciclo de sus novelas venezolanas, veintitrés años después de *El Último Solar*. Como somos un país petrolero por excelencia, y sin que el petróleo sea el personaje de la novela, Gallegos asume su presencia y sus implicaciones. Un hecho que se confabula y se confunde con la barbarie política y la inequidad social, que aparece de pronto en la sociedad venezolana para configurar un país complejo, de cuyas entrañas aún feudales salta inesperadamente el manantial poderoso que deforma la vieja fisonomía, y cuyo influjo se sentirá muy pronto en la mente del hombre. Ya no será más Venezuela el país simplemente agrario del siglo XIX. Ha comenzado un nuevo ritmo. Que no es el de Reinaldo Solar, y Gallegos tiene el privilegio de advertirlo y darle ingreso en el “registro de huéspedes” de sus novelas.

En la vasta geografía de Rómulo Gallegos, *Sobre la misma tierra* es la novela del Zulia. Es el drama de la extensa Guajira venezolana, del hombre miserable sobre la tierra miserable, del guajiro que no tiene destino, que ve morir de sed sus ganados o que, simplemente, alguien lo transporta para vendérselo a los hacendados de Santa Bárbara, en las márgenes del Río Catatumbo, en un salvaje mercado humano.

El personaje central de *Sobre la misma tierra* es una mujer, Remota Montiel. Sobre ella dijo el mismo Rómulo Gallegos, al contar anécdotas e historias de las mujeres de sus novelas, en su conferencia “La Pura Mujer sobre la Tierra”:

No es necesario aguzar demasiado el ánimo de crítica para descubrir que es parienta cercana de Doña Bárbara. Como su prima hermana la presento ante ustedes, hija del espíritu aventurero, hermana carnal de la violencia en quien fue engendrada la mujerona de “El Miedo”. Un tirador de faros a la oscuridad de todas las vueltas del rumbo, aquel Demetrio Montiel de los Montieles, despilfarrador de energías; una hechura de sensualidad gozosa la madre, aventurera también.

Todo parecía indicar que Remota iba disparada hacia el despilfarro de sí misma; pero salió quitada de ganas de amores fugaces, con un poco de salvadora sequedad dentro del corazón y su necesidad de ternura maternal buscó más dilatado empleo. No quería pertenecerle a un hombre, pero si de alguno se hubiese resuelto a tomar hijo, no habría sido para devorarlo como su parienta Doña Bárbara, sino, antes bien, para reconstruir-

lo a él mismo en el hijo que le tomase, destinado a llevar a cabo la obra grande que a ella le relampagueaba en la mente, como el faro del Catatumbo en la noche zuliana.

Pero Remota tuvo, además, la fortuna de poder hacer comparaciones vividas en lo propio y triste de su Guajira natal, y lo ajeno, poderoso y gozoso, y a lo suyo volvió con propósito de ser útil.

Sólo que la novela termina (cuenta Gallegos) y no es muy difícil comprenderlo, dice él mismo, cuando “tirando faros el misterioso relámpago del Catatumbo sobre los emporios de la estupenda suerte ajena del petróleo de nuestro subsuelo, viene Remota, con indios de su raza rescatados de esclavitud, navegando río abajo, hacia la obra posible y urgente que la espera en su Guajira natal, asiento del descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra”.

Así habla Gallegos del personaje central de esta novela zuliana. De Remota Montiel, hija de aquel Diablo Contento, tarambana trashumante que fue terror y gozo de la Guajira, de los barrios populares de Maracaibo, del Saladillo, en particular, y de los ríos que caen al mar zuliano por donde navegaba entregado a la venta de guajiros para la esclavitud de las grandes haciendas o, simplemente, al contrabando. Hija, en fin, de Demetrio Montiel de los Montieles y de Cantaralia Barroso, guajira alegre y también aventurera.

Cuando Remota Montiel regresa al Zulia después de su aventura en Estados Unidos, un fenómeno inesperado brota del fondo de la tierra. Era el petróleo que enloquecía y desequilibraba. Y también tocó y enloqueció a su padre, Demetrio Montiel. “El estupendo hallazgo” es el capítulo de *Sobre la misma Tierra* donde aparece el petróleo como un hecho singular y extraño, intruso todopoderoso cuya presencia contrasta con todo lo que hasta ese momento había sido el Zulia, desde la Guajira hasta las tierras que riega el Catatumbo. Con el petróleo comienza entonces una trama sórdida. Se trasladaba al Zulia la guerra secreta del petróleo, librada ya de antes en otros países, guerra sin tregua ni armisticios en donde los grandes consorcios se disputaban la prioridad del descubrimiento.

En una breve frase, Gallegos registra aquel momento de la historia venezolana: la rebatña de las concesiones en torno al dictador omnipotente. El 14 de diciembre de 1922 ocurrió el estallido del pozo Barrosos

número 2, en el campo de La Rosa: una columna de petróleo se lanzaba contra el cielo, hasta el 23 de diciembre. Gallegos lo describió así:

—Y brotó a chorros la providencial calamidad. Aventó válvulas, alzó negra columna gigantesca, inundó tierras, alimentó durante varios días lluvia pringosa esparcida por el viento y bajo la cual se ennegrecieron los campos y pereció ganado; pero hizo brotar también de todas las bocas venezolanas la exclamación esperanzada:

— ¡Petróleo en el Zulia!

Repercutió el estupendo anuncio en la tierra coriana, se oyó en Margarita, resonó en Los Andes, se extendió por los llanos y los recios hombres de las tierras secas, el proceloso mar, la empinada montaña y la tendida llanura pusieron el rumbo y el paso hacia la de promisión, sobre cuyas aguas y campos ya empezaban a metalizar el tierno paisaje los cabrios de los taladros:

—Petróleo o nada!

La aparición del petróleo ha modificado también el lenguaje de Gallegos. En este capítulo de “El Estupendo Hallazgo” habla como podría hacerlo un novelista norteamericano, pero con el dramatismo y la certidumbre de que bajo el gran contraste —allá en el subsuelo de los venezolanos— ocurre algo grave: ¡Misericordia, Petróleo!

El autor lo imprecas, como a un dios implacable. Le pide misericordia a la terrible divinidad que mana, luego de estar dormida y quieta por los siglos de los siglos, desde las propias entrañas de la tierra. Misericordia, ¡Petróleo!, exclama Gallegos cuando el fuego terrible destruye las casas de cartón y hojalata en donde habitan los obreros de Lagunillas, sobre las aguas del Lago, en el gran incendio.

Existe un personaje en *Sobre la misma Tierra*, el yanqui Hardman, que regresa con Remota Montiel desde Nueva York (todavía era ella Ludmila Weimar), y quien habla del petróleo con frialdad. Es un yanqui de Arizona que se enamora de Remota Montiel y que termina yéndose para su tierra decepcionado por los métodos de aquel ente abstracto e implacable que denominan “la Compañía”.

Habría sido preferible como personaje de *Sobre la misma Tierra*, en la hora justa de la aparición del petróleo en Venezuela, un personaje rudo o dominador, sensual y arbitrario, como el Mister Danger de Doña Bárbara a este caballeroso y medio romántico Hardman, de Arizona,

quien no tiene empacho en confesar que es, como perforador de pozos petroleros, parte apenas “de una máquina grande y fuerte que se maneja desde Wall Street”.

Es posible que para los efectos patéticos de la dominación imperialista, la figura de un personaje rapaz hubiera podido funcionar como un símbolo mejor. Pero ante hechos como el petróleo en sí y todo lo que el petróleo implica (la maquinaria que funciona en Wall Street), ya es un personaje lo suficientemente trágico como para que también necesitemos añadirle la configuración humana que encarne sus apencias. No necesita de un símbolo humano ni la idea ni la realidad del predominio imperialista. Por eso, posiblemente, dejó que quien hablara del petróleo en las páginas de su novela fuera un yanqui, sin ánimo de rapacidad.

No obstante, en el capítulo “Keep it quiet”, aparece sin nombre y sin rostro, definido como para que no adquiriera la categoría de símbolo, el americano rapaz, un secreto Mr. Danger, “el rojo hombretón velludo”, íntimamente poseído del fiero orgullo de pertenecer a una brigada de ocupación de un país inferior”. El conflicto moral surge entre dos representantes de la compañía petrolera: entre el hombre sin rostro, rojo y velludo, que piensa que “éste es un país de hombres baratos”, y el sentimental Hardman que prefiere volver a Arizona, por escrúpulos de conciencia.

En *Sobre la misma tierra* el petróleo comparece como un hecho singular, que modifica y condiciona la historia venezolana, que es pasajero como fenómeno económico, que es ajeno como riqueza porque estaba en el subsuelo de un país semicolonial y atrasado, en donde campeaba todavía la barbarie de Juan Vicente Gómez, el todopoderoso dispensador de concesiones al cual Gallegos alude como al poder sombrío e inconsciente que enajena el país sin que tuviera verdadera conciencia del papel que cumplía. Venezuela era un país puesto en la subasta de Wall Street.

El 18 de octubre de 1945



Rómulo Betancourt

La historia es como el agua: nadie la detiene

El 18 de Octubre de 1945 en uno de los momentos más polémicos en la historia venezolana del siglo XX. Examinarlo aisladamente resultaría siempre equívoco. El golpe de Estado tuvo sus orígenes en las dudas y concesiones de 1936, y en la supervivencia en la política venezolana de diversas formas de la autocracia de Gómez. En 1945 el Gran Elector era el general Medina Angarita. Al rehusar una reforma constitucional que abriera el proceso y garantizara el voto directo, universal y secreto para elegir al Presidente (como lo demandaba la oposición democrática desde 1936, el propio López Contreras en 1941 y 1945, e, incluso, algunos personeros del Partido Democrático Venezolano como Mario Briceño Irigorry), el medinismo se encontró de pronto en un callejón sin salida. Así, para septiembre de 1945, pocos dudaban de las grandes posibilidades de López Contreras: había erosionado al partido de gobierno y lo había dividido. Era el hombre que todos tenían en la mente: unos en contra, otros a favor. Medina estaba en el ocaso y su partido sin líderes. Arturo Uslar Pietri, Presidente del PDV y Ministro de Relaciones Interiores (además de diputado por Caracas), era el más poderoso e influyente de los integrantes del círculo presidencial, pero no alcanzó a comprender los desafíos de su tiempo. Tal vez por eso, el gobierno y su partido fue-

ron prolongando la presentación del candidato hasta muy entrado el año 45.

La candidatura de Diógenes Escalante (quien por sus antiguos vínculos con López hubiera podido moderar las aspiraciones del general) contó con el respaldo de Acción Democrática porque se comprometía a emprender la reforma constitucional: elección directa, universal y secreta del Presidente de la República, e incompatibilidad administrativa entre funcionarios ejecutivos y legislativos para no tener un Congreso integrado por funcionarios públicos como el de 1945 que examinaban sus propias cuentas o las de sus jefes. La grave enfermedad de Escalante terminó inscribiéndose como uno de los elementos más fatales de 1945. Todo se dejó al azar. Cuando se anunció repentinamente la candidatura del Dr. Ángel Biaggini la primera semana de septiembre, la sorpresa fue tan grande que el diario *El Tiempo* (del gobierno) demoró dos días para reaccionar ante la noticia. Leyendo los periódicos de la época (*El Tiempo*, *La Esfera*, *El Universal*, *El País*, *Ahora*, *Crítica* o el semanario *Diagonal* de los escritores José Nucete Sardi y Jacinto Fombona Pachano), los documentos y los abundantes testimonios, consultando a historiadores como Mario Briceño Iragorry, Ramón J. Velásquez y Ramón Díaz-Sánchez, la impresión que se recaba es que el Presidente y sus consejeros habían perdido toda perspectiva o se sentían ya derrotados por el general López Contreras.

Las características generales del régimen del Presidente Medina Angarita (como la libertad de expresión, estimulada por un ambiente internacional amenizado por los cantos de sirena de la “Carta del Atlántico” y por la lucha antifascista), contribuyen a aumentar la incógnita de por qué se negó con tanta rigidez y poca visión lo que el país reclamaba desde 1936. En cuanto a la reforma constitucional de 1944, como dijo Manuel Caballero:

...había terminado en esa materia pariendo el acostumbrado ratón que anuncia las más estentóreas montañas: no sólo el Presidente continuaría siendo elegido indirectamente (el pueblo elegía apenas los concejos municipales y las asambleas legislativas, que respectivamente elegían diputados y senadores que, en Congreso pleno, elegían al presidente de la República), sino que se excluía del cuerpo electoral a los menores de 21 años, a los analfabetas y a las mujeres (excepto, magra concesión, para elegir conceja-

les), lo cual equivalía a privar del derecho de voto a la aplastante mayoría de los venezolanos.

Abundaron las propuestas para consagrar la elección directa del Presidente. Todo fue en vano. El último proyecto de reforma fue presentado en julio del 45 por Mario Briceño Iragorry y Rafael Pizani (del PDV), Jóvito Villalba (independiente) y Andrés Eloy Blanco (de AD). Era, pues, una iniciativa que iba más allá de los partidos y respondía a una demanda social crítica.

Los contactos entre militares y civiles a mediados del 45 reflejaron el ambiente que se vivía entonces. El duelo entre medinismo y lopecismo influyó de manera notable en el desenlace de la política venezolana en 1945. La disputa entre los presidentes-generales dividió a los viejos generales, politizó al Ejército y fracturó verticalmente a los jefes castrenses. A la división vertical se añadió la división horizontal entre antiguos y jóvenes. De los generales la controversia pasó a los coroneles, a los teniente coroneles, a los mayores, capitanes y tenientes, con la peculiaridad de que de tenientes coroneles hacia abajo la cuestión ya no giraba en torno al medinismo o al lopecismo, sino simplemente del poder.

La Unión Militar Patriótica fue su resultado. La presencia de Acción Democrática en la conspiración le dio ciertamente una connotación inesperada. Pero antes de la participación de AD en la conspiración mediaron innumerables iniciativas en las cuales fue frecuente la participación de Rómulo Gallegos, como quedó registrado.

Los testimonios

Gallegos abogó infatigablemente por la reforma constitucional y por la apertura del sistema político durante los años 43, 44 y 45. Cuando el Presidente Medina, en 1944, dirigió una carta pública a los dirigentes del PDV, su partido, exhortándolos a llevar a cabo reformas como la eliminación del Inciso VI, el voto directo para elegir los representantes del pueblo, y la nacionalización de la justicia, Gallegos respondió en nombre de AD que, “sin reservas mentales”, advertía en el mensaje del Presidente “disposición de mantener y ensanchar el campo de libertades públicas de que venimos disfrutando”. Era, dijo el novelis-

ta, “un lenguaje que no ha sido empleado desde las alturas del poder en Venezuela y que tiene un valor muy especial cuando se produce al cabo de tres años de ejercicio de ese poder...” A la vuelta del tiempo, la reforma resultó un ensayo a medias tintas.

Cuando el 12 de septiembre de 1947 se presentó su candidatura presidencial en el Nuevo Circo, Gallegos consideró pertinente referir la historia de sus conversaciones personales con el Presidente Medina. Tomó el toro por los cuernos y dijo: “¿Quién pregunta por el entendimiento para el golpe de octubre? He aquí la historia, bien conocida, pero en la cual se puede y se debe insistir...” “Acción Democrática le rindió tributo a las posibilidades de entendimiento propicio a climas de concordia al decidirse a apoyar la candidatura del doctor Diógenes Escalante, figura del régimen a que hacíamos oposición -no de energúmenos, bueno es que se recuerde-, pero en cuyo sentido de dignidad personal se podía depositar confianza, y, frustrada esa candidatura por el infausto acaecimiento de la enfermedad de ese compatriota, merecedor de estimación y respeto, nuestro partido fue aún más allá...” Gallegos relató la historia en sus pormenores como quien desea preservar su integridad:

...Y mirando así hacia delante y aun a sabiendas de que aventurábamos a burlas nuestra buena fe no vacilamos en proponerle al expresidente Medina Angarita, por mi boca, que se allanase a resolver republicanamente el problema de la sucesión presidencial en la única forma decorosa para el país e incluso para él mismo, tomando la iniciativa, óigase bien: procediendo como si fuese suya la ocurrencia de propiciar una reforma de la Constitución Nacional que iniciaran las Asambleas Legislativas de los estados en enero de 1946 y sancionara luego el Congreso en sus sesiones del mismo año, encaminada a restituirle al pueblo el soberano derecho de elegir al Presidente de la República en sufragio directo consecutivo a la antedicha o, universal y secreto, simultáneamente con lo cual invitase él, continúe oyéndose bien, a una conferencia de mesa redonda de agrupaciones políticas que conviniesen en la escogencia, fuera de sus filas, de un ciudadano poseedor de los méritos exigibles para que presidiese el gobierno provisional consecutivo a la antedicha reforma de la Constitución y bajo el cual se realizara, con garantía de imparcialidad, aquella elección popular.

Al relatar los episodios, Gallegos advirtió: “Estoy hablando para la historia”. Refirió que entonces le había dicho a su amigo el Presidente:

“Estás en las vísperas del mejor o del peor momento de tu vida política”. Así quedó escrito. Tiempo después, descartado ya el candidato de unidad por fatalidad del destino, Gallegos escribió en *El País* del 6 de septiembre del 45 una nota titulada “Mi adhesión a Escalante”, un bello testimonio de solidaridad humana y de consecuencia política, donde confesaba la fe puesta en el papel del político tachirense, a quien quería acompañar “en el día su adversidad”.

Una interpretación de tan persistente resistencia a los cambios y a la apertura del sistema la ofreció el historiador Elías Pino-Iturrieta con absoluta claridad:

Los notables pretenden limitar la selección del delfín al interior de su capilla, buscando exclusivamente entre los personajes de la alta burocracia el nombre del continuador del medinismo. Subestiman, pues, una propuesta bien vista por las mayorías, sin darse cuenta de que la estrecha determinación desanda el camino de la apertura.

Las aguas buscan cauce

La Junta Revolucionaria de Gobierno formada a las pocas horas del golpe de Estado fue presidida por Rómulo Betancourt, e integrada por Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto Figueroa y Edmundo Fernández y, por los militares, Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas. Se alegó que el mayor Pérez Jiménez, por estar preso, no fue incluido en la Junta y en su lugar ingresó Delgado Chalbaud. El argumento era poco consistente, y revelaba tempranas reticencias con el personaje: desde ese momento se abrió un duelo que tuvo su primer desenlace el 24 de noviembre de 1948, y el otro el 13 de noviembre de 1950, con la muerte del coronel Delgado. Entre las primeras decisiones de la JRG que inauguraron un nuevo estilo político figuró la prohibición de que ninguno de sus miembros pudiera aspirar a la Presidencia de la República durante el período que se abriría al finalizar el proceso de reformas.

Otra decisión importante tomó la JRG, sólo tres días después de constituirse: por decreto emitido el 22 de octubre, ninguno de los miembros del Ejecutivo podría presentarse como candidato. “Ese decreto fue redactado de mi puño y letra”, confesó tiempo después Rómulo Betancourt. La JRG no perdió tiempo en el propósito de cumplir su

misión en pro de la reforma constitucional y de abrir con amplitud sin precedentes el juego democrático.

Antes de un mes de la revolución, el 17 de noviembre, fue designada una comisión plural de juristas para redactar un Estatuto Electoral y un proyecto de Constitución. Sólo uno de ellos era miembro de AD, Andrés Eloy Blanco; los otros fueron: Lorenzo Fernández, Luis Hernández Solís, Jesús Enrique Losada, Nicomedes Zuloaga, Germán Suárez Flamerich, (de ingrata memoria), Martín Pérez Guevara, Ambrosio Oropeza y Luis Eduardo Monsanto.

El 26 de marzo de 1946 fue promulgado el Estatuto Electoral que consagraba el voto directo y secreto para todos los ciudadanos. “En el curso de escasos meses— escribió Betancourt— fueron legalizados hasta 13 partidos políticos, los cuales atronaron los aires con las voces de sus oradores en millares de asambleas públicas, cubrieron de consignas todo pedazo de muro utilizable y fatigaron los tipos de la prensa, en un disfrute de libertad total, para popularizar sus programas y exaltar sus candidatos”.

No es posible ver al 18 de Octubre como una hoja congelada del calendario. La elección de la Asamblea Nacional Constituyente el 27 de octubre de 1946, en las primeras jornadas electorales verdaderamente populares de la historia del país, los trabajos de la propia ANC, la aprobación de una Constitución democrática en 1947 y, finalmente, la elección del Presidente Rómulo Gallegos y del Congreso mediante el voto directo, forman parte de un proceso de características tales que no tuvieron precedentes en la política venezolana.

Pocos capítulos ha registrado nuestra historia como la Asamblea Nacional Constituyente de 1947. Nunca hombres de tanto talento y de tanta pasión debatieron con mayor libertad y mayor certidumbre. Nunca un organismo deliberante había tenido en su seno representantes de tan diversas corrientes ideológicas. Nadie fue ajeno al gran debate político, como si fuera la primera vez que el país optaba libremente por su destino.

Un presidente en medio de la tormenta



Rómulo Gallegos con el Presidente Harry S. Truman, 1948

Amanecer de fiesta

Si un denominador común puede aplicársele a la historia del trienio 45-48 quizás sea el del vértigo con que se acomete el proceso que, como quedó escrito, abordó la cuestión petrolera, el desarrollo económico mediante fórmulas imaginativas, las reformas sociales (educativa, agraria, fiscal) y las políticas. Veamos: el 26 de marzo de 1946 fue promulgado el Estatuto Electoral que consagraba el voto directo, universal y secreto para los ciudadanos hábiles, mayores de 18 años. En un abrir y cerrar de ojos fueron legalizados 13 partidos políticos, que de la mañana a la noche atronaron los oídos y fatigaron los ojos de la gente. Una explosión de libertad total, desconocida hasta entonces en la historia de Venezuela. Se trataba del vértigo de la libertad que recuperaba, como en un exorcismo, el tiempo perdido. El 27 de octubre de ese año se elige la Asamblea Nacional Constituyente, votan el 92% de los inscritos en un país donde antes votaba apenas el 5%, en elecciones mediatizadas. La Asamblea se instala en enero, y el 5 de julio de 1947 se promulga la Constitución Nacional. El proceso va hasta el 14 de diciembre, elecciones generales para Presidente de la República, Congreso, etc. ¿Era posible concebir mayor premura y más sostenido ritmo? Quizás no. Quizás un paso más pausado habría sido lo discreto.

Gallegos fue elegido Presidente ese diciembre de 1947, obteniendo 871.764 de los 1.183.764 de votos sufragados. Sus contendores fueron Rafael Caldera, de la Democracia Cristiana, quien obtuvo 262.204 votos, y Gustavo Machado, del Partido Comunista, con 36.514. “Una victoria tan sobrecogedora puede ser sólo interpretada como una aprobación popular del programa político, económico y social del partido y una confianza pública sostenida en su liderazgo”, dirá luego el embajador norteamericano Walter Donnelly. Pero una cosa era el apoyo popular y otra los factores reales de poder, como quedaría demostrado con el correr de los días.

Gallegos tomó posesión de la Presidencia de la República el 15 de febrero de 1948. “Quiero ser el Presidente de la concordia”, dijo ese día ante el Congreso. Fue una fiesta de la inteligencia, a Caracas acudieron los más connotados intelectuales del momento en América. Como representante del presidente Truman vino el gran poeta Archibald MacLeish. Del norte vino también Waldo Frank, biógrafo de Bolívar. Con ellos, en la galería de testigos excepcionales, sobresalían los rostros de Fernando Ortiz, Raúl Roa, Álvaro de Albornoz, Nicolás Guillén, Jorge Mañach, Salvador Allende, Andrés Bello, Roberto García Peña, Luis Alberto Sánchez, Juan Marinello y Germán Arciniegas.

La escena podría inscribirse como un capítulo de la historia ideal; la real era otra. El embajador Donnelly reportó al Departamento de Estado el 2 de febrero la conspiración andante que quiso impedir la toma de posesión de Gallegos. Anastasio Somoza, en Nicaragua, y Rafael Leónidas Trujillo, en la República Dominicana, eran los cerebros (si la expresión se permite) del complot, cuyo propósito era bombardear a Caracas en vísperas de la ceremonia.

Una vez oído el mensaje de Gallegos, Donnelly hizo una síntesis para el Secretario de Estado. Un análisis esquemático y preciso, que ponía énfasis en aquellos asuntos que podrían ser de mayor interés para los observadores del Potomac, descifradores de signos. Sobre el tema de las inversiones extranjeras, ésta fue su versión: “Se defenderá la independencia de los capitales venezolanos de todo posible intento por someterlos al control extranjero, pero esto no significa, de manera alguna, una actitud hostil o injustificadamente suspicaz hacia el capital extranjero que de una manera legítima venga a contribuir al desa-

rrrollo del bienestar venezolano”. En cuanto a la política exterior, Gallegos la enunció así:

Serán fortalecidos los lazos de amistad de Venezuela con aquellas naciones cuyos gobiernos descansen sobre el consenso de los gobernados, siendo esta condición nada más que la inevitable consecuencia de la prudencia que demanda el reciente logro de la democracia en Venezuela. Esos lazos serán fortalecidos mediante esfuerzos para crear el entendimiento mutuo, especialmente con los Estados americanos, a través de proyectos económicos, espirituales y culturales recíprocamente beneficiosos.

Una observación final de Donnelly era de interés para Washington: “Pareciera que este programa no difiere en ningún aspecto importante del que fue delineado por Rómulo Betancourt...” Era cierto; además, Gallegos había ratificado a dos de los ministros claves de la Junta Revolucionaria de Gobierno: Juan Pablo Pérez Alfonzo, en Fomento, y Manuel Pérez Guerrero, en Hacienda. De modo que, en cuanto a asuntos como el petróleo, las líneas políticas no variarían con Gallegos.

Gallegos, huésped de Harry S. Truman

En abril, Gallegos recibió la invitación del Presidente Harry S. Truman a visitar Estados Unidos, e inaugurar la estatua de Bolívar donada por Venezuela a la pequeña población que lleva su nombre, en Missouri. Desde semanas antes de emprender Gallegos su viaje, los informes de la Embajada para el Departamento de Estado revelaban la inquietud reinante en el ambiente político. Los rumores de golpe de Estado dominan esos papeles. Los signos inquietan al embajador Donnelly. Los nombres de los encargados del poder le inspiran desconfianza. Para encargarlo de la Presidencia, Gallegos había escogido al Ministro de la Defensa Carlos Delgado Chalbaud; y para suplir a éste, nada más ni nada menos que al coronel Pérez Jiménez, lo cual se interpretó como una concesión (temeraria) a los militares. El embajador terminaba esta nota con una advertencia sombría: “Anything can happen”. Cuando Gallegos finalmente sale para el norte, en la Embajada norteamericana no se disimulan las aprensiones.

Bajo el sol de un verano inclemente

De Washington a Missouri los presidentes viajaron por tren. Durante el viaje, Gallegos “oyó al presidente norteamericano desautorizar públicamente, o sea en presencia de quienes constituían las respectivas comitivas presidenciales, al embajador norteamericano en Caracas que creyó propicia la ocasión para abogar ante Truman contra ciertas políticas fiscales venezolanas que él juzgaba injustas para las compañías petroleras. Sin llegar a aconsejar la nacionalización, el Presidente Truman descartó abiertamente la posición de su embajador diciendo que las transnacionales se caracterizaban por su codicia, y que estaba muy bien que el gobierno venezolano les exigiera más justas contribuciones para nuestro país”. Era el estilo de Truman, cortante e inesperado. Truman andaba por esos días en trajines proselitistas, comprometido en una difícil campaña para su reelección, y esos poderosos intereses que había ironizado se encontraban ostensiblemente en el campo del adversario.

En su diario, *Off the Record, The Private Papers of Harry S. Truman*, el 5 de julio, Truman escribió:

Arribamos a Springfield, Mo. a las 7:15, Central Time. Salida a las 8:15. El Presidente venezolano está buscando dos viejas señoras que fueron atentas con él y con su esposa en 1937, cuando se detuvieron en Springfield luego de un viaje desde Los Ángeles en auto. Ellos tuvieron un accidente en William Ariz., en el cual resultó seriamente herida la esposa. En Springfield, Mo., se detuvieron en una parada turística dirigida por estas dos gratas damas. Encontraron un médico para el futuro presidente venezolano y le prestaron otros servicios a él y a su señora y no aceptaron remuneración. El presidente las ha estado buscando y quiso que ellas fueran a su inauguración en Venezuela. Quiso condecorarlas en este viaje y no se encontraron. Demasiado lamentable.

Llegamos a Bolívar a las 9:45 en punto. Nos saludan el gobernador Donnelly de Mo., y el Alcalde de Bolívar. Vamos a Court Hotel, pasamos revista a una gran parada y vamos al parque a la inauguración de la estatua de Simón Bolívar donada al pueblo de los EE.UU. por el gobierno de Venezuela. Nos sentamos bajo el sol, a 104 grados a la sombra, durante dos horas. Fue una gran ceremonia, pero más caliente que el infierno. El gobernador de Missouri colapsó al final. Vamos de regreso a Springfield. El presidente de Venezuela y su comitiva nos dejan en el aeropuerto de Springfield y parten para Nueva York, en el Independence.

Estas notas del *Diario* de Truman puede que no demostraran más que el respeto y el aprecio personal del Presidente de Estados Unidos. Pero no hay duda de que también expresan simpatía. La cuestión de fondo era mucho más compleja. Pero Truman, como Presidente, tenía una visión clara de los problemas que se debatían en su país y en los países de la periferia. El gobernador que también se llamaba Donnelly, se desmayó como cualquier cristiano, a 104 grados F. a la sombra, después de dos horas de desfiles, himnos, salvas y discursos. Lo que Truman no escribió, quizás por compresión o simpatía hacia Gallegos, fue el hecho de que al Presidente venezolano se le salió la vena latina. Su discurso ante la estatua (bronce a punto de derretirse también) fue inusualmente largo, un medular ensayo sobre el pensamiento de Bolívar.

Truman admiró ciertamente a Gallegos, conocía episodios claves de la historia venezolana, vinculados a la cuestión de la Guayana Esequiba, como lo atestiguan los textos recogidos en su libro *Where the Buck Stops*. Truman, por otra parte, tenía tan alto aprecio del gobierno civil que no desechó ocasión para condenar a los militares que se hacían “políticos”, y que luego pretendían ser estadistas. Conviene leer sus textos “Eisenhower and Generals as Presidents” y, sobre todo, su devastador capítulo “Why I don’t like Ike”, o dicho en otras palabras “por qué no me gusta el general Eisenhower”, quien según Truman, “salió tan ignorante de la Casa Blanca como había entrado ocho años antes”.

En Nueva York, Gallegos recibió de manos del general Eisenhower, Presidente de Columbia University, un doctorado *honoris causa*, el 9 de julio, doctorado que Gallegos devolvió cuando la Universidad quiso honrar a alguien no propiamente llamado a esas distinciones, como fue el coronel Carlos Castillo Armas, golpista guatemalteco. Entre los acompañantes de Gallegos estaba el ministro Juan Pablo Pérez Alfonzo; como era lógico, fue el Ministro más visible y el más interrogado. Con su estilo ponderado, se esmeró en despejar las incógnitas que aún suscitaba la política petrolera. De Nueva York, el Presidente viajó a Knoxville, New Orleans y Houston, escala final de su visita a Estados Unidos. Quizás esos días de julio fueron los únicos felices de Gallegos como Presidente, lejos de Venezuela.

El regreso y la caída

El regreso de Gallegos a Venezuela despejó algunas dudas. Una manifestación popular le expresó su admiración. El encargado de la Presidencia de la República estaba allí, en Maiquetía, esperándolo para devolverle el poder. Con ingenuidad, Gallegos expresó en ese momento que algo extraordinario había ocurrido en esos 14 días de ausencia, algo sin precedentes en nuestra historia: “He dejado encargado de la Presidencia de la República al comandante Delgado Chalbaud, y algunos temerosos o maliciosos quizás se imaginaron que había cometido yo un acto de audacia insólita. No, no fue audacia, fue seguridad, fue confianza. Yo estaba seguro de la clase de hombre, de la calidad humana del comandante Delgado Chalbaud, hombre en quien se puede poner confianza absoluta, y sabía además que ya el Ejército nuestro no es aquello que fue antes, sino otra cosa muy distinta y respetable, una situación que se forma con la carne del pueblo, y que está defendiendo los derechos del pueblo”. Delgado Chalbaud le respondió: “Con excesiva generosidad quizá acaba de expresarse el Presidente, que tuvo confianza en la calidad mía. En la calidad del ciudadano, al encomendarle tan delicada misión. Sin embargo, quiero decir que si bien fue altamente honrada mi persona, ese honor recae íntegramente sobre todas las Fuerzas Armadas por ser yo uno de sus representantes”.

Sobre su viaje a los Estados Unidos, el Presidente le dijo al pueblo que lo recibía: “Yo vengo de presenciar el espectáculo de un gran pueblo dedicado tenaz e inteligentemente a producir su bienestar con su propio esfuerzo. Yo he visto la ancha tierra norteamericana toda trabajando para su pueblo, toda cultivada, y he acariciado la inmensa ambición de que alguna vez no se pueda volar sobre el territorio venezolano sin que se contemple toda la tierra nuestra produciendo bienestar para el hombre venezolano”.

El 20 de julio, el embajador Donnelly calificó el viaje al norte de “visita de éxito extraordinario”, en una nota para Marshall, en la cual se traslucía un desconocido optimismo. Gallegos, Andrés Eloy Blanco y Pérez Alfonzo regresaron reconfortados. Donnelly le confió al Secretario de Estado: “Y siento que en el Presidente Gallegos tenemos un amigo sincero, al igual que en su Ministro de Relaciones Exteriores y

en otros miembros de su equipo, y que las relaciones entre nuestros dos países continuarán mejorando como resultado de la visita. Si el Presidente Gallegos logra instrumentar reformas basadas en las ideas recogidas en Estados Unidos, las relaciones de amistad se reforzarán y Venezuela se transformará en una nación más fuerte...”

Tan buenos auspicios naufragaron más pronto que tarde. Agosto, septiembre y octubre no conocieron sino agitación y duelos políticos, intrigas militares y suspicacias de todo género, en un gran suicidio de la democracia. En el mes de los difuntos de 1948, la suerte del gobierno constitucional ya parecía condenada sin remedio. El 19, Donnelly le informa al Secretario de Estado: “Army in full alert”. El 24 de noviembre, el presidente Gallegos es hecho prisionero en su residencia, y poco después enviado al destierro, en La Habana.

Desde la capital cubana, el depuesto Presidente le escribe al Presidente Truman sobre las inconveniencias del reconocimiento de Estados Unidos al régimen militar, el 15 de diciembre. Allí le dijo Gallegos:

Pero viene a ocurrir ahora, –y he de plantearlo con absoluta sinceridad–, que si el legítimo gobierno de Su Excelencia, en uso de su soberano arbitrio, de todo mi respeto, llegare a reconocer el gobierno espúreo de mi país o con él continúe manteniendo relaciones amistosas, toda esa obra hermosa de la política de Buena Vecindad habría sido esfuerzo frustrado y tendríamos que contemplar la ruina definitiva de nuestras aspiraciones a entendimientos cordiales, tanto en la paz, para los esfuerzos comunes creadores de bienestar y de felicidad colectivos, como ante las amenazas de guerra que pongan en peligro la unidad material y espiritual de nuestro Continente.

Harry S. Truman le respondió 3 de febrero 1949 al Presidente Gallegos:

He sido sinceramente conmovido por su carta del 15 de diciembre. La caída del gobierno que usted presidió ha producido una fuerte impresión en mí, y ello me ha tenido personalmente preocupado desde su comienzo.

Me complace que usted haya aceptado las sinceras manifestaciones emitidas por nuestro Departamento de Estado respecto a la no participación ni de intereses americanos ni de miembros de este gobierno en el golpe de Estado, y deseo reiterarle estos testimonios personalmente en esta oportunidad. Fue estimable de usted el hacer pública su aceptación de esas explicaciones.

Creo que el uso de la fuerza para efectuar cambios políticos es no solamente deplorable, sino también contrario a los ideales de los pueblos americanos. El gobierno de los Estados Unidos se propone hacer todo lo posible, de acuerdo con sus obligaciones internacionales, para fortalecer las fuerzas democráticas en el hemisferio.

Decir, por tanto, que Gallegos no tuvo paz ni un momento no es una metáfora: fue un Presidente asediado tanto por la oposición civil y política, por una prensa insensata que luego navegó en el silencio y muchas veces en la complacencia, como por la más temeraria insurgencia militar que convirtió a los cuarteles en lugar de antagonismos y deliberaciones. Para extremar las ironías de la historia, el 12 de noviembre de 1948, doce días antes de su caída, Gallegos le puso el eje-cútese a la ley de Reforma del Impuesto sobre la Renta, en la cual se consagraba el principio del 50-50 para el reparto de las ganancias entre las petroleras y el Estado, con la cual la democracia le dejaba a la dictadura una bonanza fiscal sin precedentes.

Betancourt logró culminar su período como Presidente de la JRG contra viento y marea. Pero Gallegos era diferente. Maquiavelo no lo habría reconocido entre sus apóstoles. Su gobierno duró apenas de febrero a noviembre. La oposición civil no le dio cuartel, ni desde afuera ni desde adentro. Ebrios de libertad, los partidos olvidaron en qué país estaban. Los militares fueron cortejados a extremos tales que la conspiración se hizo inevitable. No obstante, si en 1941 Gallegos había sido el “candidato simbólico”, en 1948 fue el Presidente cuya presancia la conferirá un capítulo de dignidad a la historia venezolana.

Dos mensajes dirigió Gallegos al Congreso: el primero en su toma de posesión, donde expuso los lineamientos fundamentales de su gobierno. El segundo, el 29 de abril en ocasión de la presentación de Memorias ministeriales y de la acción de gobierno. En este mensaje, Gallegos analizó cuestiones fundamentales de política exterior, como la Conferencia de Bogotá, la lucha contra los totalitarismos, la política petrolera y los ingresos del Estado, la reforma agraria, la obra extraordinaria de reformas y proyectos administrativos emprendidos por la JRG que él continuaba. Ya se habían iniciado, dijo, los trabajos de la autopista Caracas-La Guaira, y estaban en vísperas de iniciarse los trabajos de la Avenida Bolívar, obras reivindicadas luego por la dictadu-

ra, que habían quedado definidas y cuyo financiamiento ya estaba garantizado.

No hubo paz en los nueve meses que sobrevivió el régimen constitucional de Gallegos. Su gobierno avanzó en las reformas y trató por todos los medios de conciliar antagonismos, pero la tempestad terminó por imponerse, por abatir aquel ensayo extraordinario con un Presidente extraordinario. Intereses creados, desde los todopoderosos intereses petroleros que resentían la política de “No más Concesiones”, que se oponían a las políticas impositivas que rescataban para el país una participación razonable. Las rivalidades políticas y la exaltación de las ambiciones crearon un clima propicio para la aparición de los grandes árbitros del destino nacional: los teniente coroneles, con la complicidad civil siempre presente y siempre oculta a través de la historia.

Por el camino del azar de las disensiones políticas, vino el 24 de noviembre de 1948. En las vísperas del golpe de Estado, su antiguo amigo, el Ministro de Defensa Carlos Delgado Chalbaud, le había presentado en nombre de los militares un ultimátum de cinco puntos, como ya se vio en el capítulo “Los funerales del poder civil” con que se abre esta biografía. Zarandeado por el vendaval de las pasiones, el Teniente Coronel terminó rindiéndose ante los enemigos del Presidente que eran también sus enemigos que terminaron dándole muerte en otro noviembre fúnebre.

El Presidente prisionero

El 24 de noviembre, Gallegos estaba en su quinta “Marisela” en Los Palos Grandes, en compañía del doctor Isaac J. Pardo. Estaban solos, mientras la tormenta política se expandía por la ciudad. Habían renunciado los ministros, fueron suspendidas las garantías. ¿Por qué, en momento tan crucial, el Presidente estaba solo, en su residencia personal y no en el palacio? ¿Resignado, quizás, al fatalismo de la fuerza militar? En su texto “Visión personal de Rómulo Gallegos / El hombre que yo conocí”, el doctor Pardo registró ese momento:

El 24 de noviembre, casi a mediodía, me convocó a su casa para ofrecirme el Ministerio de Sanidad en un nuevo Gabinete, con el cual esperaba el superar la crisis. Estábamos solos Gallegos y yo en la salita de la Quinta “Marisela” cuando Pedro Gallegos, su

hermano, llegó para anunciarle que se había producido el golpe de Estado y que varios ministros estaban presos. Hoy soy la única persona que puede dar testimonio de aquel momento tan grave... Hoy digo que la fortaleza ejemplar del Maestro en tan amarga ocasión puede asociarse con un párrafo del capítulo "Tormenta", en la novela *Canaima*: "La inmensa selva lívida allí mismo sorbida por las tinieblas compactas y el pequeño corazón del hombre, sereno ante las furias trenzadas."

El ex Ministro de Educación Humberto García Arocha, médico personal del Presidente, dejó este testimonio fundamental para la comprensión de la crisis:

Cinco días después de la entrevista con los tres oficiales en Miraflores, el 24 de noviembre de 1948, los militares dieron su artero golpe. El gobierno constitucional fue derrocado. En la mañana de aquel funesto día, efectivos de las Fuerzas Armadas al mando del Teniente Coronel Hernán Albornoz Niño allanaron la quinta "Marisela" en Los Palos Grandes, residencia de Gallegos. En la tarde de ese mismo día 24, el Presidente fue conducido prisionero a la Academia Militar por el Comandante Raúl Castro Gómez, director de la ya nombrada institución.

Como médico y amigo del Presidente, García Arocha solicitó visitarlo diariamente, y así le fue concedido por el director de la Academia Militar. "Me aseguré que había hecho todo lo que estaba a su alcance para brindarle comodidad y atención al depuesto Presidente", y refiere su encuentro con el prisionero:

Tras el abrazo con que siempre nos saludábamos, Gallegos pasó a darme a conocer su estado de ánimo. El sentimiento que en él predominaba era el de la indignación, no estaba abatido, por lo contrario se mostraba furioso por la traición de que había sido objeto, especialmente le llenaba de incontenible ira la conducta de su Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, quien presidía ya, en unión de Pérez Jiménez y Llovera Páez, la constituida Junta Militar de aquel ilegal gobierno.

En la visita del 2 de diciembre, Gallegos le entregó a García Arocha su último mensaje para los venezolanos, escrito de puño y letra, porque no tenía a mano su vieja Remington de toda la vida. El domingo 5, antes del amanecer, fue expulsado rumbo a La Habana. Se trata de un

texto político para la reflexión permanente. “Salgo del país expulsado por las Fuerzas Armadas que se han adueñado del gobierno de la República y de las cuales he sido prisionero desde la mañana del miércoles 24 de noviembre de 1948. No he renunciado a la Presidencia de la República a que me llevó el voto del pueblo en la jornada democrática de las elecciones efectuadas el 14 de diciembre del año anterior”.

Gallegos, en horas tan aciagas, registra sus reflexiones sobre el proceso que se inició el 18 de Octubre, y de cómo desde el primer momento se bifurcaron en el seno de las Fuerzas Armadas las tendencias entre civilistas y militaristas hasta los asedios de estos últimos en los momentos de la crisis. Pero había algo más que el factor militar, y el Presidente prisionero lo señaló de esta manera:

Paralelo a ese antagonismo entre el poder civil y el poderío militar que tiene en Venezuela carácter histórico, venía desarrollándose y acentuándose el que se planteaba entre los tenedores de las fuerzas económicas más poderosas del país y la política de democratización de la riqueza y de justa remuneración del trabajo que por medio de créditos fáciles y baratos, en auxilio del pequeño industrial, del campesino y del obrero necesitado de vivienda propia, mediante una justa aplicación de la Ley del Trabajo amparadora de las legítimas reivindicaciones obreras, iba firmemente adelantando mi gobierno constitucional. Fuerzas de raigambre reaccionaria, aquellas, en la mayor parte de sus componentes humanos –porque hay sin duda honrosas excepciones– que no podían cruzarse de brazos ante esa mencionada política y a los cuales yo acuso, sin mínimo temor de incurrir en imputación calumniosa, de haber sido animadoras de esta concitación de las Fuerzas Armadas contra los derechos del pueblo en lo político y contra sus legítimas conquistas logradas en lo económico y social. Poderosas fuerzas económicas, las del capital venezolano sin sensibilidad social y, acaso también las del extranjero explotador de la riqueza de nuestro subsuelo del cual no era dable esperar que aceptase de buen grado las limitaciones que les hemos impuesto en justa defensa del bienestar colectivo con el aumento de sus contribuciones al fisco nacional y con la determinación de no continuar prodigando nuevas concesiones petroleras que han de ser reservas de la riqueza del porvenir de Venezuela, han sido ellas –no vacilo en denunciarlas, repito– las que han influido la gana tradicional de poderío que alimentaban los autores del golpe militar hoy victorioso.

Evidentemente, Gallegos entendía con lucidez, y desde muy joven, la política como juego y contraposición de ideas, pero se sintió perturbado

bado por aquella política del poder, rapaz y brutal, que le oponía tan serios desafíos. Su reacción frente a los militares en vísperas de su caída no demostró que Gallegos no comprendiera las complejidades del momento que le correspondió vivir como Presidente de la República, pero si hubiera sido así, ¿desdice de Gallegos o desdice de la política, si así puede llamarse aquella insurgencia, la reaparición cíclica de Pedro Carujo? El Presidente carecía obviamente de aquella “astucia afortunada” de que hablaba Maquiavelo.

Frente a un mundo de arbitrariedades y barbarie como fue el que conoció en los años primordiales de su vida, él opondría una actitud ética de la política. En las palabras de su último mensaje quedó señalada la alianza militares-círculos reaccionarios que hizo posible su derrocamiento. Como un profeta antiguo, le pidió a sus adversarios políticos abstenerse de celebraciones, porque las campanas doblaban para todos, y así ocurrió, en efecto: “Penetren con ánimo sereno en el verdadero sentido de este acontecimiento y adviertan que no es cosa de que pueda regocijarse ningún partido político nutrido de sentimiento venezolano y realmente puesto al servicio de la democracia”.

En los años del prolongado exilio, Gallegos persistió en su combate contra la dictadura. Dejó dos novelas como testimonio de sus vigiliias; primero en Cuba, y luego en México, Gallegos escribiría *Una brizna de paja en el viento* y *Tierra bajo los pies*, novela la una, sobre asuntos cubanos (las luchas universitarias, las desviaciones del “gatillo alegre”, la herencia de la dictadura de Gerardo Machado, el “asno con garras”) y, la otra, sobre México y sus conflictos agrarios (las luchas de los campesinos por sus tierras), y el viejo y común drama latinoamericano del hombre de la tierra que resiste y, a veces, insurge contra el despojo, sin gran suerte, por lo general. Ambas novelas atestiguan no sólo la pasión del escritor, sino su comprensión de los países que le dieron abrigo en tiempos adversos.

Cuando Gallegos viajó a París en 1955, en donde fue huésped de Juan Liscano, le confió al amigo su intención de escribir una novela sobre Venezuela, la cual se titularía *Devuélveme mi miedo*. En una carta posterior de Juan, del 15.XII.55, le dice: “Le insto a escribir la novela *Devuélveme mi miedo*. Eso es Venezuela. Eso es lo que se le debe echar en cara. No tenga Ud. también miedo en regañar ese país tan ‘sinvergüenzado’. El

que mucho quiere, mucho castiga. La totalidad de noticias que me llegan o que me traen, coinciden en señalar el pánico que impera en Venezuela”. Pánico sí, indiferencia y conformismo también. Reinaldo Solar lo había sentenciado treinta y cinco años antes: “...somos una nación de Pilatos donde todos estamos constantemente lavándonos las manos”.

La perspectiva histórica, la visión del protagonista fiel

Para una comprensión del periodo 45-48 y de los nueve meses del gobierno de Gallegos, convendría analizar la carta muy extensa que le escribió al Presidente derrocado, desde Nueva York, en enero de 1949, el doctor Manuel Pérez Guerrero. Desde marzo de 1947, cuando Betancourt le ofrece el Ministerio de Hacienda, Pérez Guerrero jugó un rol capital en la política venezolana hasta el 24 de noviembre del 48. De modo que este documento no es el testimonio de un testigo, ni siquiera el de un testigo comprometido, sino el de un protagonista de primera magnitud, y así debe verse y entenderse.

En primer término, hace un análisis de lo que llama el progreso político del país, las reformas que se llevaron a cabo sin demora: el Estatuto Electoral, la elección de la Asamblea Nacional Constituyente, la promulgación de la nueva Constitución Nacional, la elección directa del Presidente de la República, de senadores y diputados, la política petrolera, la cuestión agraria, la educación, la intervención democrática del Estado, el pluralismo, en suma, el contraste fundamental con lo que la política había sido, como coto cerrado de las elites, hasta 1945.

Pérez Guerrero le formula a Gallegos esta reflexión: “La fuerza de nuestra causa se mide por la vehemencia de sus detractores. La verdad es que éstos derribaron su gobierno constitucional no por los defectos que naturalmente poseía, sino por los progresos que firmemente venía realizando”. Esta carta tiene connotaciones históricas y constituye uno de los mejores testimonios sobre los años 1945-1948. Cinco días después, el 15 de enero, Gallegos le responde con realismo y lucidez. Su derrocamiento no fue circunstancial. Retengamos estas palabras:

Yo no me hago cálculos alegres sobre la duración del imperio de la fuerza, de nuevo enseñoreada en Venezuela, porque lo que está ocurriendo allí no es el resultado acci-

dental de un golpe afortunado o bien concertado, sino una reiterada manifestación de un estado social no superado todavía y que se caracteriza por el fácil predominio de las armas, manera de tiempos bárbaros, en la propicia oportunidad del pánico de las fuerzas reaccionarias ante los progresos de los movimientos democráticos que persiguen fines de justicia social, aun mediante uso pacífico de derechos; pero acepto como destino suficientemente honroso para una vida encaminada a buena aplicación, la parte que me corresponde en el de precursores, a que quedásemos reducidos, de la era de soberanos y firmes ejercicios de derechos que algún día ha de reinar en nuestra patria.

No se hizo Gallegos, en efecto, “cálculos alegres sobre la duración del imperio de la fuerza”, pues se prolongó durante una década, la década que marcó su último destierro en La Habana primero, y en México, después. Tuvo claro su papel: fue un precursor. La tentación política de Gallegos es un mundo por explorar. Un mundo de gran riqueza, desde *La Alborada*, su paso de noventa días por el Ministerio de Educación, sus discursos en el Congreso del 37 al 40, sus discursos de campañas presidenciales (1941 y 1947), sus mensajes al Congreso como Presidente de la República, hasta las cartas y textos escritos en el exilio, sus cuentos y novelas.

Últimos años de soledad

Gallegos, caída la dictadura, regresó a Venezuela el 2 de marzo del 58 (estuve entre quienes viajaron a México para acompañarlo en el viaje de retorno). Un reencuentro de euforia, matizado de tristeza porque también regresaban con el novelista los restos mortales del único y grande amor de su vida, doña Teotiste. Todo el país se esmeró en desagraviarlo. Las universidades le rindieron tributo. La Constitución de 1961 lo consagró como Senador vitalicio, y, así, compartió tardes en el Congreso con su amigo el general López Contreras, el otro ex Presidente constitucional que detentaba tal privilegio.

El presidente Raúl Leoni creó el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, ganado por primera vez en 1967 por el novelista Mario Vargas Llosa con *La Casa Verde*. Gallegos estuvo en la ceremonia de entrega en el Museo de Bellas Artes, ya visiblemente agotado y un poco ausente, tanto que le dijo a Mario: “¿Por qué no me dan el premio a

mí?” Mario no supo responderle sino con una amplia sonrisa, y sigue repitiendo esa sonrisa cada vez que entre amigos reaparece el episodio.

Fueron los últimos once años de la vida de Gallegos, cada día más retirado, en busca de la soledad, al pie del Ávila de sus excursiones juveniles, de sus metáforas deslumbrantes, de su amor pasional por la tierra. Su corazón se fue rindiendo, tenía 85 años. A las 2 y 20 minutos de la madrugada del 5 de abril, Sábado de Gloria de 1969, murió el primer venezolano del siglo XX, en los brazos de sus hijos Sonia y Alexis.



Simón Alberto Consalvi con Rómulo Gallegos

Directa

- **Gallegos, Rómulo.** *Obras Completas.* (Prólogo de Jesús López Pacheco). Vol. 1 y 2. Madrid: Aguilar, 1958.
 _____. *Una posición en la vida.* México: Ediciones Humanismo, 1954.
 _____. *Rómulo Gallegos Parlamentario.* (Prólogo de Gonzalo Barrios). Vol. 1 y 2. Caracas: Ediciones Centauro, 1981.
 _____. *Programa político y discursos del candidato popular Rómulo Gallegos. Ecos de una campaña.* Publicaciones del Comité Central. Caracas: Editorial Élite / Lip. y Tip. Vargas, 1941.
 _____. *La primera versión de El Forastero.* Prólogo de José Santos Urriola. (Novela inédita). Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 1980.
- **López Contreras, Eleazar.** *El triunfo de la verdad. (Documentos para la historia venezolana).* México: Edición Genio Latino, 1949.

Indirecta

- **Abreu, José Vicente.** *Alborada / Introducción, selección y notas.* Caracas: Fundarte, 1983.
 _____. *Rómulo Gallegos / Ideas educativas en La Alborada.* Caracas: Centauro Ediciones, 1977.
- **Araujo, Orlando.** *Lengua y creación en Rómulo Gallegos.* Buenos Aires: Editorial Nova, 1955.
- **Archivos Nacionales de Washington.** *Papeles de los embajadores Frank P. Corrigan y Walter J. Donnelly, años 1945-1949.*
- **Betancourt, Rómulo.** *Venezuela, política y petróleo.* México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
 _____. *El 18 de Octubre de 1945 / Génesis y realizaciones de una revolución democrática.* Barcelona-Caracas: Seix Barral, 1979.
- **Briceño Iragorry, Mario.** *Su Presidencia del Congreso de la República y otros testimonios, 1945-1954.* Caracas: Edición del Congreso de la República, 1985.
- **Caballero, Manuel.** *Gómez, el tirano liberal.* Caracas: Monte Ávila, 1993.
- **Castillo D'Imperio, Ocarina.** *Carlos Delgado Chalbaud.* Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana, 2006.
- **Castro Leiva, Luis.** *El dilema Octubrista, 1945-1987.* Caracas: Cuadernos Lagoven, 1988.

- **Catalá, José Agustín.** Editor. *El golpe contra el Presidente Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones Centauro, 1983.
- **Consalvi, Simón Alberto.** *Auge y caída de Rómulo Gallegos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.
 _____. *El perfil y la sombra*. (Ensayos) Caracas: Tierra de Gracia Editores, 1997.
 _____. *Manuel Pérez-Guerrero: 1945-1948 / Un documento que (no) hizo historia*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 1998.
- **Dunham, Lowell.** *Rómulo Gallegos / Vida y obra*. México: Ediciones De Andrea, 1957.
 _____. *Cartas familiares de Rómulo Gallegos*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1990.
- **Ewell, Edith.** *Venezuela. A Century of Change*. Stanford: Stanford University Press, 1984.
- **García Arocha, Humberto.** *Rómulo Gallegos, maestro y ejemplo de generaciones*. Caracas: Comisión centenario del natalicio de Rómulo Gallegos, 1984.
- **González Rincones, Salustio.** *Antología Poética*. Caracas: Monte Ávila, 1977.
 _____. *Salustio González y la Generación de La Alborada*. (Introducción de Jesús Sanoja Hernández). Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1998.
- **Howard, Harrison Sabin.** *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- **Iduarte, Andrés.** *Veinte años con Rómulo Gallegos*. México: Ediciones Humanismo, 1954.
- **Liscano, Juan.** *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1961.
- **Lombardi, John.** *Venezuela, the Search for Order, the Dream of Progress*. New York-Oxford. Oxford University Press, 1982.
- **López-Maya, Margarita.** *EE.UU. en Venezuela, 1945-1948 / Revelaciones de los archivos estadounidenses*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1996.
- **Mistral, Gabriela.** *Prosa escogida*. (I y II) Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1979.

- **Pardo, Isaac J.** *A la caída de las hojas*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1998.
- **Picón-Salas, Mariano.** *Los días de Cipriano Castro*, Caracas: Ediciones Garrido, 1953.
 _____. *Formación y proceso de la Literatura venezolana*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1940.
 _____. *Obras selectas*. Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1962.
- **Pino Iturrieta, Elías.** *Venezuela metida en cintura. (1900-1945)*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1988.
- **Planchart, Enrique.** *La pintura en Venezuela*. Edición privada, Caracas, 1957.
- **Planchart, Julio.** *Temas críticos*. Presidencia de la República, Caracas: 1972.
- **Rodríguez, Manuel Alfredo.** *Y Gallegos creó Canaima / Fotos Thea Segall*. Ciudad Guayana: Ediciones Corporación Venezuela de Guayana, 1984.
- **Sullivan, William.** *The Rise of Despotism in Venezuela*. Ann Arbor: University Microfilms, 1974.
- **Tirado, Ricardo.** *Memoria y notas del cine venezolano / 1897-1959*. Caracas: Fundación Neumann, s/f.
- **Truman, Harry S.** *Off the Record: the private papers of Harry S. Truman*. (Edited by Robert H. Ferrel). New York-London: Penguin Books, 1982.
- **Ulrich, Leo.** *Rómulo Gallegos y el arte de novelar*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- **Subero, Efraín.** *Gallegos / Materiales para el estudio de su vida y de su obra*. Caracas: Centauro 80, 1980.
- **Varios.** *Relectura de Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- **Varios.** *Iconografía / Rómulo Gallegos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- **Velásquez, Ramón J.** (Director): *Pensamiento político venezolano del siglo XX: Gobierno y época del Presidente Isaías Medina Angarita / 1941-1945. Gobierno y época de la Junta Revolucionaria de Gobierno / 1945-1948. Gobierno y época del Presidente Rómulo Gallegos / 1948*.
- **Vila Selma, José.** *Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1954.

Los funerales del poder civil	9
El discurso de las armas y las letras	9
El ultimátum	11
El profeta desarmado	14
Las pantuflas no se usan para correr	15
Las primeras tentaciones	17
Tiempos contrarios	17
Agosto, 1884	18
Los 20 años	19
Un solo y grande amor	20
1909, <i>La Alborada</i>	27
Un paréntesis inesperado	27
El país sin Castro	28
“Éramos cinco...”	30
Los textos de Gallegos	32
La clausura	40
Gómez echa las redes del poder	50
Luna de miel con epitafio, 1914	50
El escritor de cuentos: 1913, <i>Los aventureros</i>	53
La revuelta del Círculo de Bellas Artes	56
Una pequeña república subversiva	58
Vidas paralelas: el profesor Gallegos, 1912-1930	58
Encuentros con la Esfinge	62
El mundo imaginario	66
1920, <i>El último Solar</i>	66
1925, <i>La Trepadora</i>	70
1929, <i>Doña Bárbara</i>	73
“A tierra extraña donde goce las libertades de vivir”	78
Escala en Nueva York	78
Manhattan, 1931	80
El cacharro y el ánfora	80
En las Españas turbulentas	86
Cae un rey, cae un dictador	86

1934, <i>Cantaclaro</i>	91
1935, <i>Canaima</i>	93
1936, la noche quedó atrás	97
Juan Vicente Gómez, la muerte al fin	97
No hay regreso a la Torre de marfil	100
1937, <i>Pobre Negro</i>	102
1941, la “candidatura simbólica”	105
Don Quijote vuelve al camino	105
En Carabobo, la tierra...	107
...Y en el Zulia, el petróleo!	108
El desenlace	108
La vuelta al mundo de las ficciones	112
La otra pasión: <i>Juan de la Calle</i>	112
Gallegos se asoma a la península de La Guajira	113
Atrapado por la tentación política	114
1942, <i>El Forastero</i>	115
1943, <i>Sobre la misma tierra</i>	118
El 18 de octubre de 1945	122
La historia es como el agua: nadie la detiene	122
Los testimonios	124
Las aguas buscan cauce	126
Un presidente en medio de la tormenta	128
Amanecer de fiesta	128
Gallegos, huésped de Harry S. Truman	130
Bajo el sol de un verano inclemente	131
El regreso y la caída	133
El Presidente prisionero	136
La perspectiva histórica, la visión del protagonista fiel	140
Últimos años de soledad	141
Bibliografía esencial	143

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de octubre de 2006, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Rómulo Gallegos

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Simón Alberto Consalvi

Con "Los funerales del poder civil" se inicia esta penetrante biografía de Rómulo Gallegos. En otras palabras, desde el primer capítulo –vívida descripción de las asechanzas de la fuerza en torno a la dignidad de un Presidente civil y civilista-, la escena está servida para que sobre el lector se enseñoree la sensación de estar redescubriendo a Gallegos en sus más disímiles facetas, comenzando por la del Presidente que salvó en aquella encrucijada del Golpe de Estado de 1948 lo único que le era dable salvar: su dignidad.

Quienes le prometían dejarlo en el poder a cambio de que traicionara sus principios actuaban convencidos de que a favor de ellos obraba la tradicional impotencia del poder civil en Venezuela. Se equivocaron en cambio al no contar, en las etapas iniciales de su plan conspirativo, con el carácter y temple de Gallegos. Es sobre esta faceta del novelista llamado a actuar en política donde mejor se afinan los encantos del libro: con una prosa al servicio de la agudeza, Simón Alberto Consalvi va siguiéndole los pasos a quien supo ver desde su temprana actividad como intelectual que, en un mundo como el venezolano, la tentación de la política no podía serle ajena.

Desde luego que Gallegos no podría ser Gallegos sin que en esta biografía, Venezuela y los temas venezolanos fueran principio y meta de sus desvelos. A fin de comprobar lo que significó para el autor de *Doña Bárbara* haber tenido el oído puesto sobre las palpitaciones del país, desde la etapa de *La Alborada* hasta su última novela venezolana, Consalvi conjuga el estudio de los afanes ciudadanos del biografiado y la plenitud de su compromiso político con un seductor análisis, obra por obra, de quien ha sabido leer con fruición el ciclo fundamental que para nuestra literatura encierra la narrativa de Gallegos.

Edgardo Mondolfi Gudat



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE

